



AN AGE GAP  
MAFIA ROMANCE

# FRACTURED

PERFECTLY IMPERFECT SERIES

*Love*

NEVA ALTAJ



FRACTURED  
PERFECTLY IMPERFECT SERIES  
*souls*

NEVA ALTAJ



## SINOPSIS

### Asya

No puedo volver con mi familia.  
No soy digna de ellos,  
Nunca podría volver a ser una de ellos.  
La hermana que conocen, aman y recuerdan,  
no existe.  
Ya no.  
Soy una cáscara de la persona que una vez fui.  
Hasta él ....  
Quien me acogió,  
me curó de mis demonios,  
mis miedos,  
Mis cicatrices,  
Reconstruyéndome,  
poco a poco.

### Pavel

No me apega a la gente,  
Y ciertamente no necesito a nadie.  
Hasta ella...  
Ahora, ella es todo lo que quiero,  
Todo lo que necesito.  
El bastardo egoísta en mí,  
quiere robarla,







Toda para mí.  
Pero ella ya no me necesita.  
Tengo que dejarla ir,  
Dejarla volar,  
Sin romper las alas que la ayudan a volar.  
Ella no es mía para conservarla.  
Para amarla,  
Para tenerla.  
¿Puedo enseñar a mi alma fracturada a sobrevivir sin ella?

### Nota

Este libro contiene temas que pueden resultar difíciles para algunos lectores, como una agresión sexual en la página (incluida una violación, pero no entre los personajes principales), trastorno de estrés postraumático (TEPT), mención de intento de suicidio, mención de esclavitud sexual, mención de consumo de drogas, escenas explícitas de violencia y tortura, y sangre. Si usted es un superviviente de abusos sexuales y/o físicos, algunas partes de esta historia pueden desencadenar recuerdos que pueden causarle estrés o tristeza.

Nuestra heroína afronta su situación confiando en la fuerza y el apoyo de nuestro héroe. Aunque creemos que el amor puede curar, ten en cuenta que esta historia es una obra de ficción.





## CRÉDITOS

Esta traducción fue realizada sin fines de lucro, por lo cual no conlleva remuneración alguna. Es una traducción hecha exclusivamente para fans. Cada proyecto se realiza con el fin de complacer al lector dando a conocer al autor y animando a adquirir sus libros. Por favor comparte en privado y no acudas a fuentes oficiales de las autoras a solicitar las traducciones de fans. Preserva y cuida el esfuerzo que conlleva todo el trabajo.







## Notas sobre los personajes

Asya —pronunciado como ['a:zja].

Pasha —apodo ruso (forma abreviada) de Pavel, utilizado en ambientes informales.

Pashenka —variación (diminutivo cariñoso) del nombre Pavel/Pasha, utilizado como término cariñoso por familiares cercanos.

Mishka: término cariñoso ruso que significa osito u osito de peluche.





## PLAYLIST

"Moonlight Sonata" by Ludwig van Beethoven

"Flight of the Bumblebee" by Nikolai Rimsky-Korsakov

"Gymnopédies" by Erik Satie

"In the Hall of the Mountain King" by Edvard Grieg

"The Rain Must Fall" by Yanni

"Für Elise" by Ludwig van Beethoven

"River Flows in You" by Yiruma







## PRÓLOGO

— — — — —  Asya  — — — — —

Está nevando.

El suelo está frío en mi espalda, rozándome los omóplatos, mientras miro por encima del hombro del hombre la oscura extensión que hay sobre mí. Todo parece borroso. No distingo los copos de nieve, pero los siento caer sobre mi rostro. Frágiles. Delicados. Me recuerdan a las notas de una de las piezas de Erik Satie, así que tarareo la melodía mientras un dolor punzante sigue desgarrándome las entrañas.

¿Debería doler tanto? Sé que al principio debería doler, pero nunca imaginé que seguiría doliendo.

El hombre gruñe y el peso desaparece de repente. Deslizo la mano por mi vientre y por encima de la tela de mi vestido roto para presionar la palma entre mis piernas. Humedad. Mucha. Demasiada. Levanto mi mano frente a mi rostro, mirando fijamente mis dedos cubiertos de sangre mientras la melodía sigue sonando en el fondo de mi mente.

—Bueno, has terminado siendo todo un encanto, cariño —dice la voz masculina—. Al principio le eché el ojo a tu hermana. Puede que tengáis el mismo aspecto, pero hay algo en ella que rezuma clase. Los clientes tienden a preferir a las más refinadas, pero tú servirás.

El pánico, como nunca antes había sentido, estalla en mi pecho, sacándome del estupor en el que había caído. Ruedo hacia un lado hasta tumbarme boca abajo en el suelo. La energía fluye por mis venas, poniéndome en pie. Y entonces, corro.







El dolor entre las piernas es insoportable. Con cada paso que doy, siento una fuerte punzada. Me tiembla todo el cuerpo, pero no sé si es por el frío, el dolor o la conmoción. Tal vez sea el horror de lo que hizo y dijo. Echo un rápido vistazo por encima del hombro y un gemido sale de mis labios cuando veo que mi violador me sigue y se aproxima a mí.

Hay farolas a cierta distancia delante de mí, así que cambio de rumbo para correr en esa dirección. La tenue y lenta melodía que suena en mi cabeza se transforma en una marcha combatiente, como si me instara a ir más deprisa. El suelo es irregular, lo que dificulta la carrera. No dejo de tropezar con las raíces de los árboles cercanos y los pequeños arbustos difíciles de ver en la oscuridad. Mi visión es borrosa -he perdido las gafas-, pero me concentro en la luz que puedo ver a través de las ramas como si fuera mi único salvavidas y sigo corriendo. Las sensaciones de desgarró y ardor en el bajo vientre son casi demasiado fuertes para ignorarlas, pero aprieto los dientes e intento mantener el ritmo. El aire sale de mis pulmones en breves ráfagas mientras los copos de nieve caen sobre la piel expuesta de mis brazos. Solo faltan unas decenas de metros para llegar a la calle. Puedo oír el ruido de los vehículos. Solo necesito llegar a la calle y alguien se detendrá y me ayudará.

Ya casi estoy llegando cuando mi pie descalzo se engancha en algo y tropiezo, cayendo con la cara golpeando el frío y duro suelo. ¡No! Me levanto con la intención de seguir corriendo hacia la luz salvadora cuando un brazo me rodea por detrás.

— ¡Te tengo! — El hijo de puta se ríe.

Grito, pero su otra mano me tapa la boca, ahogando el sonido.

— Parece que van a tener que reeducarte, cariño — me dice junto en mi oído —. Puede que vuelva a visitarte cuando estés más dócil. El jefe me deja follarme gratis mis hallazgos una vez al mes.

— Por favor — gimoteo en su palma mientras pataleo con las piernas.

— Perfecto. — Suelta otra risa perversa —. Ves, ya estás aprendiendo.

Intento golpearlo con el codo y casi escapo de su agarre cuando siento el pinchazo de una aguja en un lado del cuello.





El hombre me hace callar.

—Tranquila. Solo unos segundos y todo irá mejor.

Mi visión se nubla hasta que solo queda oscuridad.

La música se detiene.







## CAPÍTULO 1



*Dos meses después*

Las luces de neón iluminan a la gente apiñada, moviéndose al ritmo de la música procedente de los altavoces. El olor a alcohol y a otras fragancias impregna el aire, incluso aquí arriba, en mi oficina. Me acerco a la pared de cristal del suelo al techo y cruzo los brazos sobre el pecho, observando a la multitud en la pista de baile. Aún no es medianoche, pero está atestada y apenas hay espacio para respirar.

Un alboroto en la esquina más alejada de la pista atrae mi atención. Vladimir, uno de los porteros, sujeta a un hombre por detrás de la camisa y lo arrastra hacia las escaleras que conducen a la planta superior. Si el hombre hubiera empezado una pelea, los de seguridad lo habrían echado. Debe ser algo más serio si me lo traen a mí.

La puerta detrás de mí se abre cinco minutos después.

—Sr. Morozov. —Vladimir empuja al hombre dentro de la oficina—. Hemos pillado a este traficando delante de los baños.

Camino hacia el hombre tendido en el suelo y apoyo la suela de mi zapato derecho sobre su mano

—¿Distribuyendo drogas en mi club?

El hombre gimotea e intenta quitarme el pie con la mano libre, pero yo aprieto más.

—Habla.





—Solo fueron unas pastillas que me dio un amigo —se atraganta y me mira—. Dijo que era algo nuevo que había birlado de su trabajo.

Ladeo la cabeza hacia un lado.

—¿Su trabajo? ¿A qué se dedica?

—No lo sé. Nunca habla de ello. —Trata de liberar su mano de nuevo, pero falla—. Lo siento mucho. No volverá a ocurrir.

Le hago señas a Vladimir para que me alcance la bolsita de plástico que lleva en la mano y la examino. Dentro hay una docena de pastillas blancas.

—¿Has probado esto?

—No ...Yo ...No me van las drogas —dice el hombre, y luego gimotea cuando ejerzo más presión sobre su mano.

—Así que las trajiste aquí para venderlas. Muy inteligente. —Le devuelvo la bolsa de plástico a Vladimir—. Llévale esto a Doc. Tenemos que comprobar qué hay en esa mierda.

—¿Qué hacemos con el traficante? —Vladimir asiente hacia el hombre que está en el suelo.

Por la mirada de pánico del hombre y el temblor de su mano, no tardaría mucho en quebrarlo. Podría llevarle al almacén e interrogarle. Pero tenemos reglas en la Bratva de Chicago, y mi ámbito de trabajo no incluye la extracción de información.

—Creo que le disfrutaría charlar un poco con Mikhail. Quítalo de mi vista —digo y dándome la vuelta para volver a la pared de cristal que da a la pista de baile.

Oigo un griterío y mucho jaleo detrás de mí mientras Vladimir arrastra al hombre. El alboroto cesa cuando la puerta se cierra tras ellos. Observo a la gente arremolinada y bailando, y me detengo en la cabina de la esquina izquierda. Yuri, el hombre al mando de los soldados de la Bratva, está sentado en el centro con una mujer de cabello rubio a su lado. A su otro lado, riéndose de algo, están los hermanos Kostya e Ivan, que llevan las finanzas en nuestra organización. Parece que algunos de los chicos tienen la noche libre.







Suena el teléfono de mi bolsillo. Lo saco y veo el nombre de Yuri en la pantalla.

—¿Ocurre algo? —pregunto cuando cojo la llamada.

—No —dice, mirándome desde la cabina—. Baja y tómate algo con nosotros.

—Estoy trabajando.

—Siempre estás trabajando, Pasha. —Sacude la cabeza.

Tiene razón. A menos que esté durmiendo o haciendo ejercicio, estoy en uno de los clubes de la Bratva. Pasar tiempo en mi apartamento vacío desde que me mudé de la mansión Petrov una vez que la esposa del pakhan tuvo un hijo siempre ha resultado duro. Pero en los últimos años, se ha vuelto aún más duro. El hecho de llevar dos clubes nocturnos durante los últimos siete años, pasando la mayor parte del tiempo rodeado de gente, debería ser suficiente para que quisiera buscar la soledad. Pero no es así. Solo me recuerda que no tengo a nadie con quien volver a casa.

—Vamos, solo una copa —me insta de nuevo Yuri.

La risa profunda de Kostya llega a través de la línea. Parece que está bromeando otra vez. Siempre tan embaucador.

—En otra ocasión, Yuri —digo.

Termino la llamada, pero no me alejo de la pared de cristal, observando a mis camaradas pasándose en grande. Quizá debería unirme a ellos. A veces estaría bien relajarse y hablar de tonterías, pero nunca puedo. El problema es que, en las pocas ocasiones en que he salido con ellos, he acabado sintiéndome aún más solo.

La Bratva es lo más parecido a una familia que he tenido nunca. Sé con certeza que cada uno de ellos recibiría una bala por mí. Como yo lo haría por ellos. Y aun así, incluso después de diez años en la Bratva, no me permito acercarme demasiado a mis amigos. Con mi pasado, imagino, esto podría esperarse. Cuando te descartan las personas que deberían haber sido tu puerto seguro, es difícil permitirse acercarse a nadie porque, en algún momento, ellos también se irán.

Tarde o temprano, todos se van.





Me quedo un buen rato mirando cómo se ríen los chicos, luego me doy la vuelta y vuelvo al trabajo.

## Asya

Entro en la oficina donde me detengo en el centro de la habitación. Dolly, la encargada de las chicas, está sentada detrás de su escritorio, con la atención centrada en el librito encuadernado en piel que tiene delante.

—Esta noche entretendrás al señor Miller —dice mientras garabatea algo en su libro de contabilidad—. Él lo prefiere lento. Empieza con un masaje y sigue a partir de ahí.

—Sí, Dolly —Asiento.

—Oh, y nada de mamadas. Al Sr. Miller no le gustan. —Cierra el librito y camina alrededor del escritorio, sus tacones repiquetean contra el suelo. Inclino la cabeza y centro la mirada en el suelo para que no me vea los ojos. Sus tacones rosas brillantes entran en mi campo de visión cuando se detiene justo delante de mí.

—Es un cliente muy importante, así que asegúrate de satisfacer todas sus necesidades. Si le gustas, puede que te vuelva a solicitar. Tiene modales muy suaves. No pega a las chicas a menudo, lo que es raro como ya sabes. Y no olvides el preservativo. Ya conoces las normas.

Vuelvo a asentir y levanto la mano con la palma hacia arriba. Dolly me coloca una única pastilla blanca en la palma.

—¿Y el resto? —pregunto—. Necesito más. Por favor.

—Siempre la misma cantinela con vosotras —ladra—. Tendrás el resto cuando termines con el cliente. Eso ya lo sabes.

—Solo una más —ruego.

—¡He dicho que cuando acabes! —grita y me da una bofetada en la mejilla—. Vuelve a tu habitación y prepárate en una hora. Llevas casi una semana fuera de servicio. Estamos perdiendo dinero.







—Sí, Dolly —digo en voz baja y me giro hacia la puerta.

—Oh, y no olvides quitarte las gafas. Al Sr. Miller no le gustan.

—Por supuesto —digo.

Después de salir del despacho de Dolly, giro a la izquierda y me apresuro por el pasillo, pasando por delante de las puertas de otras habitaciones. Soy una de las cinco chicas que hay aquí en este momento. Antes éramos seis, pero hace dos días una de las chicas desapareció. Dado que intento mantenerme al margen, no la conocía más allá de haberla visto de pasada. Recuerdo que llevaba el cabello largo y rubio trenzado a la espalda. Nadie sabe lo que pasó, pero escuché a las otras chicas cotillear sobre su encuentro con un cliente conocido por su rudeza.

Llego a la última puerta del pasillo y entro. Tras echar un rápido vistazo y asegurarme que mi compañera de piso no está, me apresuro hacia el pequeño cuarto de baño que hay al otro lado de la habitación. Cierro la puerta y me giro hacia el inodoro.

Abro mi mano derecha y contemplo la pastilla blanca en mi interior. Una cosa tan pequeña. De aspecto inofensivo. ¿Quién diría que algo tan pequeño puede mantener a una persona voluntariamente esclavizada, viviendo en una prisión sin barrotes? Sería tan fácil metérmela en la boca y simplemente... soltarla.

Siempre es la misma preparación. Una pastilla antes de la reunión con el cliente. Tres más después de terminar. La primera es para mantenerme drogada y, por lo tanto, más obediente. No hace que duela menos, pero hace que no me importe. También es altamente adictiva. Si la tomo, me aseguraré de volver corriendo a por las tres pastillas siguientes para satisfacer el anhelo provocado por la primera. El ciclo se repetiría. Una y otra vez. Manteniendo mi cerebro en una nebulosa, constantemente en algún nivel de subidón, necesitando más cada vez, incapaz de pensar en otra cosa.

Me he convertido en una adicta. Igual que el resto de las chicas de aquí.

Aprieto la pastilla en la mano, la tiro en la taza y tiro de la cadena. La pastilla hace dos círculos antes de desaparecer por el desagüe, pero yo sigo ahí de pie, mirando fijamente al inodoro.





Han pasado seis días desde que dejé de tomar los medicamentos. Ocurrió por accidente. La semana pasada cogí una gripe estomacal y durante tres días vomité sin parar. Mi cuerpo no podía retener nada, incluidas las pastillas que Dolly seguía metiéndome por la garganta. Cuando me sentí mejor, mi cerebro estaba libre del estupor inducido por las drogas por primera vez en dos meses.

Ese día fue el más duro. Aunque no dejaba de tener frío -Dios, no recuerdo haber pasado tanto frío en mi vida-, sudaba. Me dolía todo. La cabeza, las piernas, los brazos. Era como si me hubieran destrozado todos los huesos del cuerpo. Y luego vinieron los temblores. Intenté controlar los temblores por miedo a que se me partieran los dientes, pero no pude. Dolly pensó que era la fiebre, pero no era así. Era el síndrome de abstinencia. Las ganas de tragarme las pastillas que me había dado eran demasiado fuertes y solo la obstinación me impidió sucumbir.

Después fue más fácil. Seguía teniendo escalofríos al azar, pero no eran ni de lejos lo que experimenté aquel primer día sin drogas, por lo que las extremidades y la cabeza me dolían bastante menos. Fingí que me tragaba las pastillas y me aseguré de actuar igual que antes, pidiendo más todo el tiempo, mientras tiraba las drogas en secreto. Sorprendentemente, mi engaño funcionó. Ahora solo es cuestión de cuánto tiempo podré seguir fingiendo antes que alguien se dé cuenta.

Me quito las gafas y las dejo junto al lavabo. Ni siquiera tienen la graduación correcta, son algo que Dolly me regaló para que dejara de tropezar y entrecerrar los ojos. Las mías se perdieron durante mi última noche en Nueva York.

Dejo a un lado el recuerdo, me quito la ropa e introduzco el pie en la ducha. Pongo el agua a una temperatura abrasadora, me coloco bajo el caudal de agua y cierro los ojos. En la pequeña repisa a mi derecha hay una esponja. Me froto la piel con ella hasta enrojecerla, pero no sirve de nada. Sigo sintiéndome sucia.

No entiendo por qué no he luchado más. Sí, las drogas mantenían mi cerebro en una nebulosa, pero siempre he sido consciente de lo que ocurría. Aún así, he capitulado. Que me vendan, noche tras noche, a hombres ricos dispuestos a pagar una enorme cantidad de dinero por follarse a una muñeca bonita y elegante. Porque eso es lo que somos. Nos







depilan, nos arreglan las uñas y el cabello, y se aseguran que vistamos ropa cara. El maquillaje es obligatorio, y se emborrona muy bien cuando una chica llora después de la sesión. A muchos hombres les gusta vernos llorar.

No he llorado una sola vez. Tal vez algo se rompió dentro de mí esa primera noche. Un millón de partículas de mi alma fracturada se mezclaron con la nieve y la sangre. Simplemente ya no me importaba.

El chófer viene a recogerme una hora más tarde y, durante el trayecto, miro sin comprender por la ventanilla a la gente corriendo por las desconocidas aceras. Cuando me llevaron, al principio pensé que me tenían retenida en algún lugar de las afueras de Nueva York, pero ahora sé que he ido a dar a Chicago. Mientras veo pasar la 'vida normal', por primera vez en dos meses, siento la tentación de agarrar la manilla e intentar escapar. Me repugna darme cuenta que he tardado tanto en plantearme huir. Pero ahora lo considero. Quiero volver a sentirme limpia. Puede que eso nunca ocurra, pero quiero intentarlo.

He oído lo que les hacen a las chicas que intentan escapar. Mientras seamos obedientes, nos dan las pastillas, porque a los clientes que pagan mucho no les gustan las chicas con marcas de agujas en el cuerpo. Pero en el momento en que una chica crea problemas, cambian a la jeringa. Y se acabó. ¿Fue eso lo que le pasó a la chica que desapareció?

Reclinada en el asiento, entrecierro los ojos y exhalo. Seguiré fingiendo ser una putita obediente, dispuesta a soportarlo todo y a esperar mi oportunidad. Solo tendré una oportunidad, así que será mejor que me asegure que valga la pena.

\* \* \*

Siempre llevan traje.

Miro al hombre sentado en el borde de la cama de la lujosa habitación a la que me acompañó el chófer. Alrededor de los cincuenta. Con entradas. Lleva un traje gris impecable y un reloj caro en la muñeca. Dos teléfonos en la mesilla. Probablemente un banquero. De nuevo.





La habitación es la esperada para un cliente como él. Pesadas cortinas de lujo en rojo intenso -el color de la sangre- y una cama de cuatro postes con sábanas de seda negra para ocultar las manchas de sangre. Una lámpara alta en cada esquina y una barra móvil de madera surtida con diferentes licores. Solo las mejores etiquetas, por supuesto. Ya he estado en esta habitación una vez, y recuerdo que el cuarto de baño es igual de elegante, con una gran bañera y una ducha. Allí hay un botiquín de primeros auxilios debajo del lavabo. El chófer lo utilizó porque el cliente con el que estuve aquella noche me dejó un feo corte en el labio.

El Sr. Miller me hace un gesto para que me acerque. Recorto la distancia que nos separa y me sitúo entre sus piernas, intentando desprenderme de lo que vendrá después. Con las pastillas resultaba mucho más fácil.

—Preciosa —dice y me coloca la palma de la mano en el muslo, justo debajo del dobladillo de mi corto vestido blanco. Parece que es el color favorito de todos los clientes—. ¿Cuántos años tienes?

—Tengo dieciocho, señor Miller.

—Qué joven. —Su mano viaja hacia arriba, tirando de mi vestido—. Llámame Jonny.

—Sí, Jonny —murmuro.

—Dolly dijo que te llamas Daisy. Pequeña y dulce. Muy apropiado. —Un escalofrío recorre mi cuerpo al oír el nombre que me pusieron porque el mío les parecía demasiado raro. Lo desprecio. Solo oírlo me dan ganas de vomitar.

El señor Miller sube mi vestido por encima de mi cabeza y lo arroja al suelo. Cae como un pequeño fardo blanco a mis pies. No sé por qué, pero los clientes que me quitan el vestido siempre me golpean más fuerte que cuando me quitan las bragas. Cada vez que ocurre, siento como si me arrancaran la última capa de mi defensa. Me estremezco.

—¿Me encuentras atractivo, pequeña Daisy? —rodea mi cintura con sus manos.

—Por supuesto que lo creo, Jonny —digo automáticamente. Me lo habían grabado a puñetazos en el cerebro durante mi primer día de entrenamiento.







—Hmm... —Sus manos aprietan mi cintura, luego tiran de mi tanga de encaje, blanco también, hacia abajo por mis piernas—. Normalmente me gusta despacio. Pero eres demasiado dulce. No creo que pueda esperar.

Tan pronto me ha quitado las bragas, me tira sobre la cama. Me tumbo, inmóvil, y lo veo quitarse la chaqueta. Después le toca a la corbata, y mi cuerpo se estremece cuando afloja el nudo. Uno de mis clientes anteriores me ató la corbata al cuello mientras me follaba por detrás, tirando de ella cada vez que me penetraba, cortándome el aire. Cierro los ojos aliviada cuando el Sr. Miller tira la corbata al suelo. Empieza con la camisa de vestir, pero solo se desabrocha los dos primeros botones y pasa a los pantalones. Mi respiración se acelera. Al menos se ha quitado la corbata. Puedo encargarme de la camisa.

—Abre bien las piernas, abejita —dice mientras se pone el condón. El tipo que dirige la organización es muy estricto con la protección, pero se trata más de garantizar la seguridad de los clientes que de las chicas.

El Sr. Miller se arrastra por la cama hasta que se cierne sobre mí. Le palpita la vena del cuello. Me mira con los ojos muy abiertos, luego inclina la cabeza y lame mi pecho desnudo. Aprieto los dientes, dispuesta a no retroceder. No acaba bien cuando retrocedo. Espero que suene la música para que esto sea más fácil de ignorar. Pero no llega. La última vez que oí música fue aquella noche nevada. A veces, cuando estoy en la cama intentando dormir, tamborileo con los dedos sobre la mesilla como si eso me ayudara a llamar a la melodía. Pero ya no la oigo como antes.

Las manos carnosas del Sr. Miller me agarran por dentro de los muslos y me separan las piernas. Al momento siguiente, su polla me penetra de golpe.

Eso duele. Siempre duele, pero sin las drogas que me confunden, es mil veces peor. Levanto la cabeza y miro al techo mientras me penetra de nuevo. En momentos así, intento desconectar, alejarme mentalmente y buscar un recuerdo feliz, con la esperanza de distanciarme de otra violación.

Gracias a Dios, un recuerdo aparece en mi cerebro.

*Es el verano anterior a mi segundo año de instituto. Estoy sentada en el jardín, leyendo, mientras mi hermana gemela persigue a su bichón maltés por el*





*césped. Pobre animal. Hasta le ha puesto un lazo de seda amarilla en la cabeza. Cuando Sienna dijo que quería un perro, estaba segura que Arturo diría que no. Nuestro hermano no es partidario de tener animales dentro de casa. No sé cómo consiguió convencerlo que le dejara tener uno.*

*— ¡Asya! — grita Sienna — . ¡Ven!*

*Le hago un gesto con la mano y sigo leyendo. El misterio del asesinato se está desvelando y estoy ansiosa por ver quién es el culpable. Estoy segura que es...*

*Un chorro de agua fría golpea mi pecho. Grito y salto de la silla, mirando a mi hermana. Lleva una manguera de riego en la mano y se ríe como una loca.*

*— ¡Estás muerta! — Me río por lo bajo y corro hacia ella. Cuando la alcanzo, aún está doblada de la risa. Agarro la manguera, tiro del cuello de su blusa y disparo el chorro de agua por su espalda.*

*Sienna chilla y se da la vuelta, luego agarra la manguera e intenta dirigirla hacia mí, pero acaba rociándole la cara. Todavía me estoy riendo cuando levanto la mano libre para limpiarme el agua de los ojos, pero me detengo en seco. Tengo la mano roja. Miro la manguera en mi mano. Está derramando líquido rojo sobre el suelo alrededor de mis pies. Sangre.*

*Abro los ojos mirando fijamente al techo blanco que hay sobre mí mientras el olor a sudor se infiltra en mis fosas nasales. Sí... el truco del recuerdo feliz nunca funciona tan bien.*

*El Sr. Miller sigue machacándose, su respiración agitada sopla en mi rostro y gotas de sudor gotean sobre mí. Gruñe con fuerza, el sonido me recuerda al de un enorme animal enfurecido. De repente, se detiene y se retira. Su peso desaparece. Levanto la cabeza de la almohada y lo veo desplomado de rodillas a los pies de la cama, con las manos agarrándose el pecho. Respira con dificultad. Su rostro está enrojecido, mirándose con los ojos muy abiertos.*

*— Las... píldoras — se atraganta — . En ...la chaqueta.*

*Me quedo mirándolo unos instantes antes de levantarme de la cama y correr hacia su chaqueta, dejada en el respaldo de una silla. Encuentro un frasco anaranjado en el bolsillo izquierdo y lo saco. El Sr. Miller está desplomado a cuatro patas, intentando respirar.*

*— Dame... — jadea, levantando el brazo en mi dirección.*







Miro el frasco en mi mano y vuelvo a mirar hacia arriba, observando su rostro nervioso y sus ojos reumáticos. Lentamente, doy un paso atrás. Los enormes ojos del Sr. Miller me fulminan con la mirada. Retrocedo unos pasos más hasta sentir la pared a mis espaldas.

Y entonces, observo.

Dura menos de dos minutos. Respiración sibilante. Respiraciones superficiales y entrecortadas. Y finalmente, un sonido asfixiante. El Sr. Miller se desploma de lado sobre la cama, su cabeza inclinada hacia mí, los ojos desorbitados. Parece que intenta hablar, pero las palabras son confusas. No entiendo lo que dice, pero lo veo en su rostro. Está suplicando. No me muevo del sitio, agarro el frasco de medicamentos con la mano y veo cómo un hombre agoniza ante mis ojos. Cada vez que respira, siento que los restos de mi alma, o lo que queda dentro de mí, mueren un poco más. Hasta que no queda nada, solo un agujero negro.

La puerta de mi izquierda se abre de golpe y mi chófer irrumpe en el interior. Corre hacia el cuerpo del Sr. Miller, tendido inmóvil sobre la cama, y coloca los dedos sobre el cuello del hombre.

—¡Joder! —escupe el chófer y se vuelve hacia mí—. ¿Qué has hecho, zorra?

Lo ignoro. Por alguna razón, no puedo apartar los ojos del cuerpo sobre la cama. Sus ojos siguen abiertos y, aunque no puedo verlos con claridad, parece que aún me miran directamente. Recibo una bofetada en la cara.

—¡Despierta, joder! Tenemos que irnos —ladra el conductor.

Como no me muevo, me agarra del brazo y empieza a zarandearme. Un momento después, siento el pinchazo de una aguja en el brazo.

¡No!

Ese pinchazo despierta lo que queda de mi instinto de conservación. El frasco de pastillas cae de mi mano. Aparto el brazo, me doy la vuelta y salgo corriendo al pasillo.

Es bien entrada la noche y el interior de este lugar parece desierto. Las dos anchas rayas amarillas que recorren la alfombra me ayudan a orientarme y las sigo, recorriendo varios pasillos en busca de una salida. Se me nubla la vista y empiezo a marearme. Cada paso que doy es más





duro que el anterior, y siento como si las piernas me pesaran con bloques de hormigón. Doblo la esquina y sigo corriendo hasta que veo una puerta al fondo. Encima hay un cartel iluminado en verde. No puedo leer las letras, pero solo puede ser una cosa. La salida.

Apenas llego a la puerta, agarro el pomo y salgo corriendo. Es una escalera de incendios. Veo doble y la cabeza me da vueltas, mareándome a cada segundo que pasa, pero al tercer intento consigo agarrarme a la barandilla. Me agarro al hierro frío y bajo los escalones a tuestas, milagrosamente sin caerme. Nada más tocar el suelo con mis pies descalzos, giro a la izquierda y corro hacia un callejón oscuro. Suena el claxon de un coche a mi derecha y me giro justo a tiempo para ver unas luces cegadoras iluminándome el rostro antes que la oscuridad me trague.

*Pavel*

—¡Mierda!

Abro la puerta del coche y salgo corriendo hacia la parte delantera de mi vehículo. En la carretera, a un palmo del parachoques delantero, hay una mujer completamente desnuda. Sé que no la he atropellado. Conseguí frenar el coche antes de alcanzarla, pero parece que algo le ocurre. Su cuerpo tiembla como si tuviera fiebre.

Me agacho y la cojo en brazos. El olor a colonia masculina rancia invade mis fosas nasales mientras ajusto mi agarre. La piel de la mujer está inusualmente fría y tiembla tanto que, si no la tuviera agarrada al pecho, se me escaparía. Giro sobre mis talones y la llevo hasta el coche. Desplazando su escaso peso entre mis brazos, consigo alcanzar la manilla y abrir la puerta trasera. No tengo manta, así que, cuando la dejo suavemente en el asiento, me quito la chaqueta y la envuelvo sobre su cuerpo desnudo. Inmediatamente se acurruca en posición fetal mientras los temblores siguen sacudiendo su delgada figura. Apenas vuelvo a







ponerme al volante, pulso la tecla de marcación rápida de mi teléfono y piso el acelerador.

—¡Doc! —ladro en el momento en que coge la llamada—. Tengo a una chica en el coche que parece estar teniendo un ataque. ¿Debería intentar hacer algo o conducir directamente a un hospital? ¿O te la llevo a ti? Estoy a cinco minutos.

—¿Síntomas?

—Está temblando mucho, le tiemblan los brazos y las manos. —Le lanzo una mirada por encima del hombro—. No parece coherente.

—¿Se le hace espuma en la boca? ¿Vómitos?

Vuelvo a mirar a la chica.

—No. De momento no.

—Tráela aquí —dice—. Si vomita, tienes que parar el coche y asegurarte que no se ahogue. Podría ser un ataque epiléptico o una sobredosis.

—De acuerdo. Tiro el teléfono en el asiento del copiloto.

Por suerte, el tráfico es ligero, así que tardo menos de cinco minutos en llegar al edificio donde el doctor tiene una pequeña clínica en la planta baja, justo debajo de su apartamento. Como la mayoría de las veces hace visitas a domicilio para la Bratva, solo la utiliza cuando alguien necesita una ecografía o una radiografía.

Aparco delante y levanto a la chica del asiento trasero. Sus extremidades siguen temblando sin control, pero no vomita. Con ella en brazos, envuelta aún en mi chaqueta, corro hacia la puerta de cristal que el médico mantiene abierta.

—Ponla en la camilla —dice y corre hacia el gabinete médico—. ¿Por qué está desnuda?

—Ni idea. Salió corriendo de un edificio, desorientada, y se desplomó en medio de la calle. Casi la atropello con mi coche.

El médico se acerca con una jeringuilla, se inclina sobre la chica y le abre el párpado.

—Sobredosis. Aléjate.





Retrocedo un par de pasos y observo cómo le pone una inyección de algo y procede a colocarle una vía intravenosa con suero en el brazo.

—Le tomaré una muestra de sangre para saber qué ha tomado. Pero no tendré los resultados antes de mañana. Supongo que será una de las drogas comunes, así que le he dado algo para contrarrestarla. Revertirá los efectos. —Coge una manta y la coloca sobre la chica—. A menos que sea una gran consumidora, debería estar bien en un par de horas. Llévala a un centro de acogida o algo así y deja que se ocupen de ella.

Miro a la chica. Largos mechones castaño oscuro caen sobre su rostro, ocultándosela. Sigue temblando bajo la manta, pero no se agita. Su respiración también suena un poco mejor. ¿Qué coño le ha pasado?

—La llevaré a mi casa por esta noche —digo sin apartar los ojos de la chica—. Cuando esté mejor por la mañana, la llevaré a su casa.

—¿En serio?

—Sí. —Levanto la vista y encuentro a Doc mirándome fijamente.

—No puedes llevar a una drogadicta a tu casa.

—No voy a dejarla en el refugio como si fuera un saco de desechos, Doc. —Cojo su pequeña mano y la meto bajo la manta junto a su costado—. Y de todas formas será solo por esta noche.

El médico suspira y sacude la cabeza.

—Si es una adicta, que estoy bastante seguro que lo es, sufrirá síndrome de abstinencia. Con la medicina que le di, probablemente empezará enseguida. Dependiendo de lo que haya tomado y de lo adicta que sea, podría tardar entre un par de días y dos semanas en pasársele.

—Está desnuda, su cabello está limpio, y sus uñas están cuidadas. Es más probable que alguien la drogara mientras intentaba agredirla sexualmente o que escapara de una pareja que la maltrataba.

El médico me observa y asiente.

—De acuerdo. Veré si tengo un kit de violación. También haré un examen básico. Espera fuera.

Miro a la chica, quien parece estar durmiendo, y me dirijo hacia la salida. Ha empezado a nevar. Me apoyo en la pared, mirando fijamente la







calle que tengo delante, preguntándome qué demonios le habrá pasado a esa chica.

Quince minutos después, sale el médico y se sitúa a mi lado.

—¿Y?

Al principio no dice nada, se limita a mirar hacia la noche.

—Doc?

—No intentaron violarla — dice finalmente —. La destrozaron, Pavel.

Mi cabeza se inclina hacia un lado. —Explícate.

—Alguien la desgarró, sin duda hay indicios de trauma forzado. Parece que tampoco es la primera vez. Tiene cicatrices más antiguas. Tomé muestras para las pruebas de ETS e hice un test de embarazo. — Suspira, quitándose las gafas—. La he tratado lo mejor que he podido, pero necesitará analgésicos. Comprobaré si tengo algo no adictivo que pueda tomar y que no reaccione con los medicamentos que le di para revertir la sobredosis. También tiene hematomas, pero al parecer de hace varios días. Solo hay una marca de aguja en su antebrazo, y es reciente. Probablemente le inyectaron lo que le provocó la sobredosis.

—Envíame los resultados de las pruebas en el momento que los tengas — digo apretando los dientes.

—¿Realmente la vas a llevar a tu casa?

—Sí. Vuelvo adentro.

—Pavel, —Doc me llama—. No sé cuál será su estado mental cuando despierte. No le preguntes qué ha pasado, llévala con su familia. Y diles que necesitará ayuda psicológica.

—De acuerdo. —Asiento con la cabeza.

\* \* \*

Me siento en el sillón reclinable y observo a la niña dormida acurrucada en medio de mi cama. Al principio pensé en colocarla en uno de los otros dos dormitorios, pero decidí no hacerlo. Mejor estar cerca por si su estado empeora.





Parece estar mejor. Su respiración suena normal y los temblores han cesado por completo. Inclino la cabeza y observo su pequeño cuerpo bajo el grueso edredón. Sigue desnuda bajo las sábanas. No quería arriesgarme a mover sus brazos y piernas para meterla en uno de mis pijamas. ¿Y si se despertaba y pensaba que quería hacerle daño?

Me aferro a los lados del sillón reclinable y respiro hondo. ¿Qué clase de bastardo enfermo abusaría de una mujer de esa manera? Especialmente a alguien tan pequeña. Cierro los ojos e intento dominar el impulso de correr hacia mi coche, conducir hasta donde la encontré y buscar al hijo de puta que la lastimó. Pero no puedo arriesgarme a dejarla sola. ¿Y si tiene otro ataque? Pero encontraré al hombre que se atrevió a golpearla y violarla, o cualquier otra tortura a la que el maldito enfermo la sometió. Y se lo haré pagar. Me agarro con más fuerza a los reposabrazos y oigo el leve chirrido de la madera. La muchacha se agita y suelto el sillón, sin querer despertarla.

No sé por qué decidí traerla a mi casa. Podría haberla dejado fácilmente en un hospital y decirles que me enviaran la factura de los servicios. No tiene sentido, pero no podía obligarme a dejarla en algún sitio. Hacía años que no sentía ningún tipo de conexión con una persona, ni siquiera con las más allegadas. Pero ver a esta chica, tan herida y desprotegida, despertó algo en lo más profundo de mi alma. La necesidad de protegerla de cualquier cosa que pudiera intentar hacerla de nuevo surgió visceralmente, pero con ella, también tuve el impulso de destruir. Es extraño que, después de tantos años, esta sed de violencia vuelva a surgir dentro de mí.

La chica rueda hacia su otro lado y una de sus piernas se escapa de debajo del edredón. Me levanto y la vuelvo a meter bajo las sábanas.

De momento parece estar bien, profundamente dormida, así que decido darme una ducha rápida. Dentro del vestidor, al otro lado de la habitación, uso la linterna de mi teléfono para encontrar un pantalón de pijama negro y unos bóxers. Ya estoy en la puerta del baño cuando se me ocurre algo y vuelvo al armario para coger también una camiseta. Cuando estoy en casa, suelo llevar solo el pantalón del pijama, pero la chica podría asustarse si ve toda la tinta que tengo en el torso.







Probablemente se asuste cuando se despierte en un lugar extraño, y no hay necesidad de angustiarla más de lo necesario.

Pongo el agua fría en la ducha, con la esperanza que me ayude a deshacerme de las persistentes ganas de matar a alguien. No sirve de mucho. Aprieto las palmas de las manos contra la pared de azulejos, levanto la barbilla y dejo que el chorro de agua fría me dé justo en la cara. Mientras el agua helada recorre mi cuerpo, escarbo en mi cerebro, sacando el recuerdo de una de mis últimas peleas. La más violenta, ya que necesito alguna forma de lidiar con este impulso de destruir a alguien. Mi oponente metió un cuchillo en el ring y consiguió hacerme dos cortes en el costado antes de dominarle. Me aseguré que supiera lo que pensaba de sus acciones rompiéndole la espalda y enterrándole su propio cuchillo hasta la empuñadura en la base del cráneo. La violencia no es algo que me guste, pero cuando me encuentro en la guarida de una bestia, inevitablemente me convierto en la misma bestia contra la que lucho. No es más que supervivencia. Revivir esa escena ayuda a alimentar mi sed de destrucción. Al menos un poco.

No tardo más de cinco minutos en asearme, así que espero que la chica siga durmiendo a pierna suelta. En lugar de eso, da vueltas en la cama y su cuerpo tiembla. Me acerco rápidamente presiono su frente contra mi mano y, la encuentro caliente. Murmura algo que no puedo descifrar porque le castañetea demasiado los dientes. Inclino la cabeza para intentar captar lo que dice.

—Frío... — gimotea su vocécita —. Tanto, tanto frío.

Cojo la manta doblada a los pies de la cama, se la echo por encima y luego cojo el móvil de la mesilla.

—Doc — digo en el momento en que coge —, la chica tiene fiebre y tiembla como una hoja, diciendo que tiene frío.

—Abstinencia — dice —. Es una reacción normal.

—¿Qué puedo hacer?

—Nada. Su cuerpo necesita pasar por eso. Estará mejor en un par de horas. Pero puede volver a ocurrir en los próximos días. Asegúrate de decírselo a la familia mañana.

—De acuerdo. ¿Algo más?





—Probablemente se sienta mal mañana, pero necesita beber líquidos. Intenta darle agua apenas se despierte —dice—. Ah, y Pavel, probablemente no tenga que decirte esto, pero sería mejor que no la toques ni te metas en su espacio personal. Si se asusta por la mañana, llámame e iré a buscar a Varya. Puede quedarse con la chica hasta que su familia venga a recogerla.

—Gracias.

Cuelgo el teléfono y vuelvo a observar a la chica. Sigue temblando, pero no creo que deba cubrirla con nada más. Tendrá demasiado calor. Vuelve a murmurar, pero está de espaldas a mí, así que es difícil oírla. Apoyo la rodilla en la cama y me acerco, intentando entender. Está llorando. Los gemidos son muy bajos, entrecortados, y ese sonido es tan jodidamente desgarrador.

Doc me ha dicho que no intente tocarla, pero ahora está delirando y probablemente no sepa lo que sucede a su alrededor. No puedo soportar la idea de seguir sin hacer nada. Alargo la mano y coloco la palma en su espalda, por encima de la manta, rozándola ligeramente. Ella no se aparta, así que me tumbo en la cama detrás de ella, asegurándome que mi cuerpo no toca el suyo, y continúo acariciando su espalda. Al cabo de un rato, deja de llorar. Retiro la mano, con intención de levantarme, cuando la chica se da la vuelta de repente y hunde la cara en mi pecho. Me quedo tumbado, sin moverme, sin atreverme a tocarla, pero también incapaz de apartarme. Su aliento caliente abanica mi pecho mientras ella yace con las manos apretadas en puños y metidas entre nuestros cuerpos. Sigue temblando.

Un susurro apenas audible llega a mis oídos. —Más.

La miro, sin saber qué ha querido decir con eso.

—Por favor.

La forma en que lo dice me revuelve las tripas. Es como la llamada de auxilio de una persona ahogándose. Despacio, pongo la palma de la mano donde creo que está la parte baja de su espalda. No puedo asegurarlo, ya que está envuelta bajo las sábanas. Le paso la mano por la espalda, arriba y abajo. La muchacha suspira, se acurruca más y hunde la nariz en el pliegue de mi cuello.







Probablemente ya ha amanecido, pero no estoy seguro porque he corrido las pesadas cortinas de las ventanas. Debería dormir un poco. Esta tarde tengo una reunión con el Pakhan, después de la cual estaré en el club por lo menos hasta las tres de la madrugada. En lugar de hacer lo que seguramente me aconsejaría Doc -ir a otra habitación-, me quedo donde estoy, con una chica cuyo nombre ni siquiera sé, acariciándole la espalda hasta que su respiración se estabiliza y vuelve a dormirse.





## CAPÍTULO 2

— — — — —  Asya  — — — — —

La puerta de la pared opuesta es enorme y está hecha de la madera más oscura que he visto nunca. Ha debido de transcurrir una hora desde que me desperté. Pero no estoy segura. En la pared hay un reloj haciendo tictac, pero no me ayuda porque no puedo ver los detalles de la esfera ni de las manecillas. Por la pizca de luz que se ve entre las cortinas, debe ser mediodía.

Necesito desesperadamente hacer pis, pero me da miedo moverme de la cama. Lo último que recuerdo es haber seguido las líneas amarillas del pasillo después de salir corriendo de la habitación del Sr. Miller y haber encontrado la puerta con la señal de salida. No tengo la menor idea dónde estoy. No sé cómo he llegado hasta aquí. Y no tengo ni la más remota idea qué van a hacer conmigo. Mi cuerpo tiembla. El dolor entre las piernas sigue ahí, pero no tan fuerte, y la cabeza me duele como si me fuera a estallar. Aparte de eso, me siento bien. Físicamente, al menos. ¿Mentalmente? Mentalmente también me siento bien. De hecho, me siento genial.

Eso no puede ser bueno.

La puerta se abre y alguien entra, luego se detiene abruptamente. Es un hombre, eso lo puedo distinguir incluso desde esta distancia. Es alto y muy musculoso, lleva una camiseta negra y unos pantalones negros anchos. Tiene el cabello rubio oscuro o castaño claro. Eso resume todo lo que puedo distinguir. Quedaba una semana para mi segunda operación ocular programada, pero entonces... pasó de todo. El médico dijo que esperaba corregir mi miopía casi por completo.







El hombre se queda ahí de pie, y me pregunto cuánto tiempo piensa quedarse mirándome.

—Buenos días —dice finalmente, y un agradable escalofrío me recorre el cuerpo. Nunca en mi vida había conocido a un hombre con una voz tan grave—. ¿Cómo te encuentras?

Entrecierro los ojos para intentar verlo mejor, pero sigue siendo una silueta borrosa.

El hombre da un tímido paso adelante.

—¿Puedes decirme tu nombre?

Puedo, pero ahora no tengo ganas de hablar. No sé por qué. Simplemente no me apetece. Otro paso. Ahora está en medio de la habitación.

—Tu familia probablemente esté preocupada por ti. ¿Puedes darme su número para llamarlos? ¿Así pueden venir a llevarte a casa?

Sí, mi hermano y mi hermana probablemente se estén volviendo locos. Llevo dos meses desaparecida. Arturo debe estar como loco sin saber nada de mí. Ha sido un padre y una madre para mí y mi hermana desde que teníamos cinco años. Y Sienna, Dios mío, no puedo ni pensarlo. Tengo que llamarlos para decirles que estoy bien.

Las náuseas se abren paso hasta mi garganta. No quiero llamar a Arturo, porque tendría que contarle lo que ha sucedido. Lo que he hecho. No quiero que mi familia sepa que su hermana es prostituta y adicta. Seguramente me dirán que todo irá bien. Mi cuerpo empieza a temblar. No va a ir bien.

Nada volverá a estar bien.

—¿Qué ocurre? —pregunta el hombre y da otro paso hacia mí.

Probablemente creen que estoy muerta. Bien. Mejor así. No merezco que se preocupen por mí. Nunca sería capaz de mirarlos a los ojos. La hermana que conocieron ya no existe. Desapareció. Y en su lugar está esta criatura repugnante y asquerosa que deja que la gente la viole y venda su cuerpo mientras ella no hace nada para impedirlo. Nada. Me castañetean los dientes y no puedo respirar.

—Por favor, dime qué te ocurre.





Su voz es tan tranquilizadora. Debería estar muerta de miedo, teniendo a un hombre desconocido aquí, teniendo en cuenta por lo que he pasado. Pero no lo estoy. La cosa es que me han hecho tantas cosas desagradables que no hay nada que él pueda hacer para herirme. Me da más miedo que Arturo y Sienna se enteren que volver a ser violada. Intento respirar más hondo, pero no puedo. Solo consigo emitir pequeños jadeos.

Una mano entra en mi campo de visión y me sobresalto, esperando que me golpee. En lugar de eso, el hombre coge la manta que se me ha caído de los hombros y me envuelve con ella. Apoya la palma de la mano en mi espalda y la mueve lentamente arriba y abajo. Anoche hizo lo mismo. Recuerdo que me desperté con un frío glacial cuando una mano empezó a reconfortarme la espalda. Me hizo sentir segura, algo que pensé que nunca volvería a sentir. Anoche lo hice.

Mis ojos se centran en la manta que me envuelve porque ahora no puedo mirarlo, pero por fin puedo llenar mis pulmones. Cierro los ojos y una débil melodía suena en algún lugar profundo de mi mente. Las notas son suaves, apenas reconocibles, pero aun así el corazón me da un vuelco. Creí haber perdido mi música. Mientras la mano que tengo en la espalda sigue su camino, subiendo, bajando y volviendo a subir, la música se hace un poco más fuerte. La Sonata 'Claro de Luna de Beethoven'. Profunda. Calmante. Igual que su voz.

—Te traeré un poco de agua —dice el hombre, y su mano desaparece de mi espalda mientras se aleja.

Grito.

*Pavel*

Me paralizó. ¿He tocado accidentalmente su piel o he hecho algo que la ha provocado?







Con cuidado de no tocarla, me alejo de la cama, pero la chica salta de repente hacia mí. Me rodea el cuello con los brazos y me aprieta con fuerza, mientras sus piernas me rodean la cintura. Me quedo de pie junto a la cama, atónito, con la chica aferrada a mí como una cría de koala. Mete la cara en mi cuello y tararea algo. ¿Y ahora qué? ¿Intento volver a tumbarla en la cama? ¿O espero a que decida bajarse?

Espero un par de instantes por si me suelta, pero se aferra a mí sin tregua. Parece que, de momento, estoy atrapado con ella. Con cuidado, rodeo su espalda con un brazo y me inclino para coger de la mesilla el paquete de analgésicos que me dio el médico. Guardo los analgésicos en el bolsillo del pantalón del pijama y coloco la mano bajo su muslo. Como sigue completamente desnuda, saco la manta de la cama y cubro su cuerpo, metiendo los extremos bajo su barbilla.

—Vamos a traerte agua —digo y salgo del dormitorio.

Llevo a la chica a la cocina. No me suelta mientras cojo una botella de agua de la nevera y me dirijo hacia el armario por un vaso. Lo hago con una mano, ya que sigo sujetándola con la otra, por miedo a que resbale y se caiga.

—¿Quieres bajar a beber tu agua? —le pregunto.

Ella aprieta más sus brazos alrededor de mi cuello. Miro el vaso que he colocado en la encimera y luego la botella que está a su lado. De acuerdo. No tengo ni puta idea que hacer.

—Escucha, Mishka, el médico ha dicho que tienes que beber algo. Por favor, no me obligues.

Los brazos alrededor de mi cuello se tensan, luego se aflojan, y la bajo con cuidado. La muchacha está de pie frente a mí, agarrada a la manta con las manos. Tiene la cabeza inclinada hacia abajo y el cabello colgando a ambos lados de su rostro, ocultándolo a la vista.

—Toma. —Le paso el vaso de agua y saco la medicina del bolsillo.

En el momento en que dejo las pastillas sobre el mostrador, la chica retrocede bruscamente.

—Son analgésicos. Mira. —Saco dos pastillas del frasco, me las meto en la boca y le ofrezco una a ella.





Ella se queda mirando la pastilla que tengo en la palma de la mano, retrocede de nuevo y choca contra la isla de la cocina.

—De acuerdo. —Dejo la pastilla y el frasco sobre la encimera y le tiendo el vaso de agua—. Solo agua. Toda, por favor.

Cuando se bebe el agua y me devuelve el vaso, asiento y lo cojo.

—Bien. ¿Quieres ducharte?

La chica no contesta.

No hay mucha luz en la cocina. Normalmente mantengo todas las persianas bajadas durante el día porque es cuando duermo. Inclino la cabeza hacia un lado, intentando ver la expresión de su rostro. Parece confusa. Sé que puede hablar, así que no entiendo por qué no responde a ninguna de mis preguntas.

—¿Quieres ducharte? —Vuelvo a intentarlo.

Se muerde el labio inferior y algo parecido a la frustración atraviesa su rostro, pero no responde. Ni siquiera asiente con la cabeza. ¿Qué voy a hacer con ella? Tiene barro en el hombro derecho, el brazo y el cabello. Probablemente de cuando cayó a la calle.

—Está bien, te llevaré a darte una ducha. Cabecea, Mishka.

Una exhalación sale de los labios de la chica y asiente. Me vuelvo hacia mi dormitorio, pero enseguida siento un tirón en la camiseta y echo un vistazo por encima del hombro. La chica está justo detrás de mí, sujetando la manta con una mano y agarrando el dobladillo de mi camiseta con la otra.

Me sigue por el salón hasta mi dormitorio, agarrándose a mi camiseta durante todo el camino. Cuando llegamos al cuarto de baño, señalo con la cabeza el armario de la derecha.

—Allí encontrarás toallas y algunos artículos de aseo básicos.

La chica se queda detrás de mí, agarrada a mi camiseta. Me giro para marcharme, pero un gemido me detiene en seco. Cuando miro por encima del hombro, veo a la chica con los labios apretados y los ojos muy abiertos, escrutándome la cara.

—¿Quieres que me quede? —le pregunto.







No contesta. No es que esperara que lo hiciera. Pero sus ojos, asomando entre sus mechones oscuros y enredados, se clavan en los míos. Sin pensarlo, alargo la mano para apartar el cabello de su rostro, pero la retiro bruscamente cuando me doy cuenta de lo que estoy haciendo.

—Está bien. Esperaré aquí. —Miro hacia la puerta—. Avísame cuando hayas terminado.

Al principio no pasa nada, pero un par de instantes después suelta mi camiseta. La oigo haciendo orinar y tirar de la cadena. Poco después se abre la ducha.

Miro fijamente la puerta frente a mí, pensando. No soy un experto en salud mental, pero sé que su comportamiento está fuera de lugar. Parece todo lo contrario de lo que esperaría de una mujer que ha sufrido una agresión sexual. Supuse que no querría acercarse a menos de tres metros de un hombre desconocido. No esperaba esto, y no estoy seguro cómo actuar.

Me llega un sonido de respiración acelerada, como si estuviera hiperventilando.

—¿Va todo bien? —pregunto por encima del hombro sin mirar hacia la ducha.

Se oye un resoplido y más respiraciones agitadas. Finalmente miro dentro de la cabina y veo a la chica sentada en el suelo con la manta todavía envuelta. Se frota frenéticamente el interior de las piernas con la toallita. La piel está tan enrojecida que parece estar en carne viva.

—Joder. —Atravieso rápidamente el cuarto de baño, me meto en la ducha y me agacho frente a ella—. Es suficiente. Ya estás limpia. —Tomo su mano y desenredo sus dedos de la toallita. Casi a disgusto, la suelta, aflojando al mismo tiempo la manta. La húmeda manta cae de sus hombros—. No pasa nada.

El chorro de agua que cae sobre nosotros es abrasador, pero su cuerpo tiembla. La cojo en brazos, me acerco al lavabo y la dejo con cuidado sobre la encimera. La toalla que usé antes está colgada en la pared a mi lado. La alcanzo y la envuelvo alrededor de sus hombros.





—Mishka, mírame —le digo agarrándola por la barbilla con los dedos para que levante la cabeza—. Tengo que quitarme la camiseta o te mojaré otra vez.

Mi ropa está completamente empapada, pero no creo que sea buena idea dejarla aquí sola mientras voy a cambiarme.

—¿Está bien? —pregunto.

Sus ojos enrojecidos me miran y van de un lado a otro como si quisiera decir algo, pero sus labios permanecen sellados. Entonces los separa y suelta un pequeño suspiro, seguido del castañeteo de sus dientes. La dura luz led sobre el lavabo la ilumina directamente. Miro su pequeño cuerpo envuelto en la toalla y el pelo castaño oscuro colgando alrededor de su rostro. No había tenido la oportunidad de verla tan bien hasta ahora y me sorprende lo joven que parece.

—Cristo, cariño. ¿Cuántos años tienes? —susurro.

Y, por supuesto, no hay respuesta.

Agarro un puñado de la tela de mi camiseta por la espalda y me la paso por la cabeza, dejándola caer al suelo.

—No tengas miedo. Solo son tatuajes —digo.

La mirada de la chica se desplaza hacia mi torso mientras contempla la multitud de escenas grotescas cubriendo mi piel. Entrecierra los ojos y se inclina hacia delante, examinando las formas negras. Su mirada se desplaza hacia arriba hasta que su rostro queda justo delante del mío, dos ojos castaños mirándome fijamente.

—¿Puedes decir algo, por favor? —pregunto—. ¿Tu nombre?

Nada.

—Soy Pavel. Pero la gente suele llamarme Pasha. Es un apodo ruso.

Sus ojos se agrandan, pero no dice nada.

—De acuerdo. Vamos a llevarte a la cama y calentarte.

En el momento en que las palabras salen de mi boca, ella se aferra a mí de nuevo, envolviendo sus brazos y piernas como antes. Recojo la toalla que ha caído junto al lavabo, la coloco sobre sus hombros y la llevo a mi cama.







—Necesito cambiarme —digo mientras la cubro con una manta—. También te traeré algo para que te pongas. ¿Te parece bien una camiseta?

No sé por qué sigo haciéndole preguntas si nunca contesta. Después de meterla en la cama, cruzo la habitación y entro en el vestidor. Me pongo un pantalón de pijama seco y otra camiseta, y rebusco una camiseta más pequeña. Sé que tengo una que me regaló Kostya hace un par de años, varias tallas, más pequeña. La había encargado a medida con la inscripción 'Con clase pero anal' impresa en la parte delantera. Idiota.

Se oye un ruido y, al mirar por encima del hombro, veo a la chica en la puerta con la manta alrededor. Da un paso dentro y mira la estantería donde guardo mis camisetas. No hay muchas, unas diez en total. Solo me las pongo cuando hago ejercicio. El resto de mi vestuario consiste en ropa interior, pantalones de pijama, camisas de vestir y trajes. No tengo vaqueros, sudaderas ni otras prendas informales. Hace años me juré a mí mismo que nunca volvería a llevar vaqueros.

Su mirada se posa en el estante inferior, donde guardo los zapatos, y luego se desplaza a la derecha, donde hay un perchero que se extiende a lo largo de todo el espacio. De él cuelgan al menos treinta trajes y el doble de camisas. En el momento en que lo ve, se pone rígida, retrocede dos pasos y sale corriendo.

Cojo la primera camiseta de la estantería y salgo del armario, encontrándome a la chica acurrucada en la cama de espaldas a mí.

—Te dejo esto aquí —le digo y pongo la camisa doblada a los pies de la cama. Ella no reacciona.

Debería darle algo de comer, pero puede esperar. Necesita dormir más. Me siento en el borde de la cama y observo su pequeño cuerpo. El borde de la manta le llega hasta la frente. Alargo la mano para ponerla en su espalda, por encima de la manta, y acariciarla. Suelta un pequeño suspiro y se relaja ligeramente bajo mi mano. Está al otro lado de la cama, así que me subo y me tumbo a una distancia prudencial de ella para seguir acariciando su espalda.





\* \* \*

Algo cálido me oprime el costado. Abro los ojos y veo a la chica acurrucada contra mí, con el brazo echado sobre mi pecho y la cara pegada a mi brazo. Parece que los dos nos hemos quedado dormidos. El reloj de la pared del otro lado de la habitación marca las cuatro de la tarde.

Con el mayor cuidado posible, me desenredo de la durmiente y me dirijo al baño a prepararme para ir a trabajar. Cuando salgo, quince minutos más tarde, sigue dormida. Me planteo despertarla para avisarle que tengo que irme, pero decido no molestarla.

No hay mucho en la cocina ni en la nevera porque suelo pedir comida o comer en el trabajo. Encuentro unos huevos, una barra de pan y mermelada, y se lo pongo todo en la encimera. Una vez hecho esto, escribo una nota rápida diciendo que me he ido a trabajar y que debe comer. Luego la dejo en la mesilla, junto a la cama. La manta se ha deslizado por su cuerpo, así que vuelvo a taparla, pero en lugar de irme inmediatamente, la observo durante unos largos instantes.

*Asya*

Frío. Mucho frío. Me envuelvo en la manta y me siento en la cama. No hay nadie cerca. ¿Dónde estará? Quizá esté en otra habitación. Busco sonidos, cualquier sonido, pero solo hay silencio. La lámpara de pie junto a la cama está encendida, iluminando un trozo de papel colocado sobre la mesilla. Lo cojo y me lo acerco a la cara. He sido miope toda mi vida; necesito sostener la nota a un palmo delante de mis ojos para poder distinguir claramente lo escrito.

La nota dice que no volverá antes de la noche. Vuelvo a dejar el papel en la mesilla. Me ha dejado sola en su apartamento. Me estremezco y me envuelvo en la manta. ¿Qué hora es? ¿Cuánto tiempo tendré que







esperar hasta que vuelva? Retrocedo en la cama hasta quedar acurrucada en una esquina, entre el cabecero y la pared, y cierro los ojos.

¿Qué diablos me está pasando? Cuando me desperté esta mañana, me sentía completamente bien hasta que mencionó a mi familia. La sola idea que se enteraran de lo que me había pasado me hizo perder los nervios. Fue como si de repente me arrojaran a un abismo negro. La oscuridad me resultaba demasiado familiar. Era el mismo vacío en el que pasé los dos últimos meses, completamente ajeno a todo lo que ocurría a mi alrededor. O a mí. Sentía que me iba a tragar entera. Como un gas venenoso e invisible, su susurro tóxico rodeaba mi mente, deseando que la dejara entrar. *Sucia, susurraba. Repugnante. Nadie querrá volver a tocarte.* Pero entonces, Pasha acarició mi espalda. Él no me encontraba repulsiva. Las voces se detuvieron, y el agujero negro se cerró.

Me queda la extraña convicción que no volverá mientras él esté cerca. Pero él no está aquí, ahora.

*Cuando tu hermano se entere de lo que ha pasado, se disgustará, me susurra la voz al oído. Ya no te querrá. Nadie puede amar a una criatura tan miserable. Dejándote follar por extraños, mientras tú no hacías nada para defenderte. Repulsivo.*

Inspiro y exhalo lentamente, intentando bloquearlo. No funciona.

*Todo es culpa tuya. Tú te lo buscaste. Fue tu decisión ir con ese tipo.*

Arrastro mis manos por mi cabello y aprieto como si tirar de las raíces fuera a arrancar la voz de mi cabeza. Pero continúa.

*Pensaste que era agradable. Era un depredador sexual que te violó y te metió en una red de prostitución, ¡y te pareció simpático! No eres capaz de razonar.*

Alargo la mano para coger la nota que ha dejado Pasha y me centro en las dos primeras líneas.

*— Cuando te despiertes, puedes explorar el apartamento. Deje algo de comida en la encimera de la cocina. Come.*

Es una instrucción. No una pregunta. No tengo que tomar la decisión yo misma. Solo tengo que seguir lo que ha dicho. Suspiro, aliviada. Con la nota en la mano, bajo de la cama y, cogiendo la camiseta que me ha dejado, salgo de la habitación.





La casa de Pasha es muy lujosa. Todo -desde los modernos muebles oscuros hasta las suaves y gruesas alfombras y las pesadas cortinas- tiene aspecto carísimo. No hay desorden, ni baratijas en las estanterías, ni nada por el estilo. Encontré otras dos habitaciones, bastante más pequeñas que aquella en la que dormí. No parecen utilizarse.

La sala de estar es el espacio más grande del apartamento, con un televisor montado en la pared y un sofá y dos sillones reclinables frente a él. Me detengo en medio de la habitación y miro a mi alrededor. Una estantería. Varios cuadros modernos en las paredes. Es bonito, pero todo parece preparado como para una revista de interiorismo o una sala de exposiciones. Es extraño estar en un lugar así.

En casa, todas nuestras estanterías y paredes están cubiertas de fotos de Sienna y mías, con una al azar de Arturo cuando conseguimos convencerlo para fotografiarse con nosotras. Las revistas de moda de Sienna y mis partituras están por todas partes. Los cojines del sofá no hacen juego. Hay juguetes de perro por todas partes. Productos para el cabello y bálsamos corporales desparramados por lugares extraños, como la encimera de la cocina o la estantería de la tele. Algo me oprime el pecho cuando pienso en mi propia casa. Me parece extraño, como si mi casa perteneciera a otra persona.

Aprieto el papel con más fuerza y me dirijo a la cocina. Las encimeras son brillantes y negras, con un horno de cristal con aspecto de no haberse usado nunca. El tamaño del frigorífico negro parece que podría almacenar comida suficiente para diez personas durante una semana, pero cuando lo abro, el único contenido son varias botellas de agua, un cartón de leche, tres tomates y un paquete de queso sin abrir.

La encimera ocupa toda la pared, pero lo único que hay es una cafetera. No hay tarros de especias, ni soportes para tazas. No hay nada. Solo una cafetera. En la isla, me dejó algo de comida para el desayuno. ¿Debería cocinar unos huevos o simplemente comer mermelada con el pan? Un cosquilleo desagradable se extiende por mis entrañas. O huevos o mermelada; no creo que pueda comer las dos cosas. Pero cuando pienso en elegir uno, la ansiedad en mi estómago se intensifica.

¿Qué demonios me pasa que no puedo tomar una decisión tan idiota? Lo mismo sucedió esta mañana cuando Pasha me preguntó si







quería ducharme. Estaba sucia. Necesitaba una ducha. Pero cuando me preguntó, no pude tomar la decisión. Me agarro al borde de la isla y miro las cosas que me ha dejado. ¿Huevos o mermelada? Es una elección sencilla, ¡maldita sea! ¿Por qué narices no puedo decidirme?!

Después de veinte minutos mirando fijamente, acabo friendo los huevos mientras me como una rebanada de pan con mermelada y sintiéndome idiota todo el rato.

Al menos se me ha pasado la fiebre que tenía.

Cuando termino de comer, ya ha oscurecido y no sé qué hacer. La nota decía que explorara y comiera. No qué hacer después. Podría volver a dormir o tal vez leer algo. Hay un montón de libros en la estantería del salón. No puedo ver la tele sin gafas a menos que me ponga justo delante. ¿Leer? ¿Dormir? Tengo que volver a tomar una decisión, ¡pero no puedo!

Me agarro de los lados de la cabeza, me tiro del pelo y un quejido frustrado sale de mis labios. Vuelvo a leer la última parte de la nota.

*– Me fui a trabajar y no volveré hasta las 3 a.m. Si estás pensando en huir, por favor no lo hagas. Espera a que vuelva.*

Dijo que lo esperara. Simple. Directo. Incuestionable. La presión en mi pecho se disipa. Me detengo a un par de pasos de la puerta principal. Y espero. Cualquiera que me mire ahora podría pensar que está viendo a un perro amaestrado. Me importa una mierda. Lo único que me importa en este momento es dejar de sentir esta ansiedad abrumadora. Otro día me ocuparé de mi jodida psique. Me siento en el suelo, me rodeo las piernas con los brazos y miro fijamente la puerta de entrada.

*Pavel*

Suena mi teléfono mientras aparco el coche al final de la larga fila de vehículos estacionados frente a la casa del Pakhan. El último de la fila es una gran moto roja. Debe tratarse de algo importante, porque Roman ha





llamado a los altos mandos, incluido Sergei. Cojo el teléfono del asiento del copiloto y atiendo la llamada.

—¿Doc?

—Tengo los resultados de la chica. En lo que respecta a ETS, está limpia. Negativo en el embarazo, también. El análisis de sangre muestra que está un poco anémica, pero eso es todo.

—¿Qué hay de las drogas?

—Bueno, esa es la parte interesante. La sustancia encontrada en su sistema no está en la lista. Parece que puede ser algo nuevo, algo que no ha llegado al mercado principal, todavía.

—Eso es extraño.

—Espera, hay más. Llegó la prueba de las pastillas que Vladimir dejó el otro día. Es lo mismo.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—¿Se lo dijiste a Roman?

—Lo hice. Acabo de hablar con él.

Me pongo rígido.

—Así que... ¿le contaste lo de la chica?

—Por supuesto. ¿Por qué? ¿No debería haberlo hecho?

—No, solo preguntaba —digo, apretando el volante hasta quedar blancos los nudillos. El hecho de haberle hablado a Roman de la chica no me sienta bien, y eso no tiene sentido. Nunca he sentido la necesidad de ocultarle nada al Pakhan.

—¿Cómo está? —continúa el doc—. ¿Ha venido su familia a buscarla?

—Todavía está en mi casa.

—¿Qué? ¿Por qué no llamaste a sus padres o a alguien?

—No quiere hablar. De hecho, no ha dicho una palabra.







—Mierda. Debe estar cagada de miedo. Deberíamos haber hecho que Varya se quedara con ella hasta que su familia pueda venir. Probablemente deberías mantenerte alejado mientras ella esté allí.

—Sobre eso. —Me froto el cuello—. No parece que me tenga miedo. De hecho, ha estado pegada a mi lado desde que se despertó esta mañana. No me pierde de vista. Incluso insistió en que me quedara en el baño mientras ella se duchaba.

—Hmm. Esta no es mi especialidad, pero sé que las víctimas de asalto pueden reaccionar de múltiples maneras. ¿Se estremece cuando te acercas?

—Cuando intenté salir de la habitación para traerle un vaso de agua, gritó y saltó a mis brazos. Desnuda —digo—. ¿Tienes algún consejo sobre lo que debo hacer? ¿Cómo comportarme hasta que llegue a su familia?

—Ni idea. No soy psicólogo. Pero, haré algunas llamadas y te haré saber lo que averigüe.

—Gracias, Doc.

Guardo el teléfono en la chaqueta y miro el reloj. No debería haberla dejado sola, pero todo esto es nuevo para mí. Nunca he tenido que preocuparme por nadie. Nunca he tenido que cuidar de nadie. Y nunca nadie cuidó de mí, así que no tengo idea de qué estoy haciendo.

\* \* \*

Como supuse, casi todos los miembros del círculo superior de la Bratva están aquí.

El jefe de seguridad, Dimitri, se encuentra junto al escritorio de Roman, mientras que Mikhail está sentado en la silla cerca de la ventana. Mikhail supervisa las operaciones de transporte de los productos farmacéuticos de la Bratva y también se encarga de la extracción de información. En otras palabras, de la tortura, cuando es necesario. Sergei, el hermanastro del Pakhan, está apoyado en la pared junto a la puerta, moviendo la hoja de un cuchillo entre sus manos. Se encarga de las





negociaciones con nuestros proveedores y compradores. Y los mata de vez en cuando.

—La hija de Fyodor, Ruslana, ha sido encontrada muerta —dice Maxim, el segundo al mando, y coloca una carpeta amarilla delante de Roman—. El cuerpo fue encontrado en un contenedor de basura en los suburbios. Un vagabundo tropezó con él.

—¿Causa de la muerte? —pregunta Roman.

—Sospecha de sobredosis.

—Ruslana era una buena chica. Estudiaba segundo año en la universidad. No parece propio de ella mezclarse con drogas. —Roman asiente hacia la carpeta—. ¿Cuándo desapareció?

—El mes pasado. Su padre dijo que fue a una tienda y nunca volvió.

—¿Presentó un informe de persona desaparecida?

—Sí. No pasó nada. Fue como si se hubiera desvanecido de la tierra. Pero eso no es lo más extraño. —Maxim saca un papel de la carpeta y se lo pasa a Roman—. Aquí está el informe del forense. Estaba drogada con heroína, pero también encontraron restos de una sustancia no identificada. Moví algunos hilos e hice cotejar los resultados con las pastillas que le quitaron al traficante en Ural. Lo mismo.

Tras echar un breve vistazo al contenido, Roman pregunta.

—¿Crees que la heroína es una tapadera?

—Probablemente. —Asiente.

—Las drogas no son helados. No puedes crear un nuevo sabor en la cocina de alguien. —Roman tamborilea con los dedos sobre el escritorio y mira a Mikhail, sentado a mi derecha—. ¿Conseguiste algo del traficante que pilló Pavel?

—Solo repetía lo que le había dicho a Pasha —dice Mikhail—. Un amigo le dio las pastillas a cambio de la condonación de una deuda. No sabía cómo había conseguido su amigo las drogas ni qué eran. No tenemos nada, solo el nombre de este amigo. Pero, al parecer su amigo ha desaparecido. Yuri tiene hombres vigilando su casa. Tan pronto como aparezca, lo traerán.







Vi a Mikhail trabajar sobre un tipo una vez hace unos años. Hizo de la tortura un arte. Si Mikhail no pudo extraer nada más del traficante, significa que no quedaba nada.

Roman deja la carpeta a un lado y se inclina hacia delante, apoyando los codos en el escritorio.

—Ahora pasemos a la segunda cuestión. ¿Qué cojones os pasa a todos por recoger mujeres inconscientes al azar y llevarla a vuestra casa?

Todas las cabezas se volvieron hacia Sergei, quien está sentado a mi derecha.

—¡Oh, a mí no me mires! —Se ríe—, la mía la conseguí hace años y he terminado.

—¿Y no recordamos todos, la monumental cagada que supuso? —Suelta Roman—. Las especulaciones siguen desatadas en todo México acerca de lo sucedido en el complejo Sandoval. Hay gente que no se cree la mierda que dice el gobierno que fue un terremoto y piensan que fue un meteorito.

—Bueno, como Pasha no sabe una mierda de explosivos, yo diría que estamos bien. —Sergei me sonrío—. ¿Quieres compartir algo sobre la chica que Roman me dijo que tienes en casa?

La atención de todos cambia inmediatamente hacia mí.

—No tengo idea quién es. No quiere hablar —le digo—. Pero cuando la encontré, estaba drogada con la misma mierda que se vendía en Ural.

—Necesito información actualizada sobre este nuevo medicamento —dice Roman—. Quiero saber quién la fabrica y con qué fin. Y quiero que nos encarguemos de ellos. La hija de Fyodor era una buena chica. Todos los que estuvieron de alguna manera implicados en su muerte pagarán por ello. Con sangre.

Mueve la cabeza hacia la puerta, lo que significa que la reunión ha terminado. Kostya y Mikhail salen de la oficina primero, y los demás los seguimos.

Cruzo el vestíbulo hacia la puerta principal cuando oigo gritos agudos de mujer. Me doy la vuelta y veo a Kostya encogido en un rincón,





protegiéndose con las manos en la cabeza. Olga y Valentina lo tienen inmovilizado, llorando y golpeándolo con trapos de cocina. Al parecer aún no han superado el que rompiera con ambas. El pobre bastardo tuvo que mudarse de la mansión el mismo día que les dijo que habían terminado para evitar daños corporales. Dejo a Kostya con su miseria y salgo.

Suena mi teléfono mientras subo al coche. Es el Doc.

—¿Dónde estás?

—Saliendo de la casa del Pakhan, en dirección a Ural —digo—. ¿Por qué?

—Acabo de hablar con una amiga que es psicóloga. Suele trabajar con víctimas de agresiones. Le he explicado la situación y le he hablado del comportamiento de la chica.

—¿Y? —cambio el teléfono a manos libres y pongo la marcha atrás—. ¿Tiene ella alguna idea de lo que está pasando?

—No se sorprendió e intuyó que la chica ha desarrollado un apego hacia ti —dice—. Al parecer, algunas víctimas de agresiones tienden a alejarse de los hombres. Sobre todo, de los desconocidos, pero a veces incluso de los familiares. Otras, sin embargo, forman un fuerte vínculo con quien las ha salvado. Se aferran a su protector, aunque sea un varón.

—No entiendo —digo.

—El trauma de sufrir una agresión sexual es una experiencia llena de violencia. Transforma la sensación de seguridad de una persona, su forma de ver el mundo y sus relaciones con otras personas. Parece que esta chica empezó a asociar la sensación de seguridad contigo. Ella ve al resto del mundo como inseguro. Como su salvador, te has convertido en su 'lugar seguro'.

—Yo no la salvé. Se salvó a sí misma. Salió corriendo de ese edificio.

—Hablando con realismo, sí. Pero a sus ojos, tú eres quien la salvó. No sabemos cuánto tiempo estuvo cautiva y fue atacada sexualmente. Llevarla a tu casa podría ser la primera vez que se siente segura en días. Semanas. Tal vez meses.

—Jesús, maldita sea.







— Ve a casa. Habla con ella. Necesita ayuda profesional, y necesita a su familia — dice con voz grave—. Y no debería quedarse sola.

Tan pronto corto la conexión, llamo a Ivan y lo mando a Ural. Desde casa de Roman hasta la mía hay una hora de camino, y durante todo el trayecto reflexiono sobre lo que ha dicho el doc. Debería haberme quedado con la chica. Debería haberme quedado con la chica. ¿Y si se despertaba y se asustaba porque yo no estaba? Nadie en su sano juicio habría dejado a la chica en ese estado sola en un lugar extraño. No estaba pensando.

Golpeo el volante con la mano y piso con más fuerza el acelerador.

\* \* \*

Cuando abro la puerta, el interior está completamente oscuro. ¿Estará durmiendo todavía? Alcanzo el interruptor, enciendo las luces y me detengo en seco. La chica está sentada en el suelo, a unos pasos de la puerta, con los brazos rodeando sus piernas. Su cuerpo tiembla sin control.

—Mierda. —Me agacho a su lado con la intención de cogerla, pero tan pronto la alcanzo, salta a mis brazos. Vuelve a rodearme como un koala y hunde la cara en mi cuello.

Sujetándola por debajo de los muslos, la llevo a mi dormitorio. Mi intención de bajarla suavemente a la cama no sale como había planeado cuando sus brazos y piernas me aprietan con fuerza.

—Siento mucho haberte dejado sola —susurro y me siento en el borde de la cama.

Hay una manta envuelta a mi lado, así que la cojo y la envuelvo alrededor de los hombros de la chica. Ella no se mueve, solo se aferra a mí, todavía temblando.

—Estás a salvo. —Coloco mi mano en su nuca y acaricio su espalda con la otra en lo que espero sea un movimiento tranquilizador—. Estás a salvo.

Un pequeño suspiro sale de sus labios y su cuerpo se relaja entre mis brazos. Sigo acariciándola durante al menos media hora antes que





levantando la cabeza de mi hombro. Acerco la mano a la lámpara que hay junto a la mesilla de noche y giro el regulador de intensidad para subir un poco más la luz. La chica parpadea un par de veces, probablemente para adaptarse a la repentina luminosidad, y luego me mira a los ojos.

—¿Te sientes mejor? —pregunto.

No responde, solo me observa fijamente durante un par de segundos. Santo Dios, es tan joven. Retira sus brazos de mi cuello y desliza las manos por mis hombros, bajando por mi pecho y deteniéndose en las solapas de la chaqueta de mi traje. Sus ojos bajan hasta el lugar donde están sus manos y su cuerpo se pone rígido de repente. Sigo su mirada y veo que se centra en mi corbata. Vuelve a temblar y un gemido sale de sus labios.

—¿Qué ocurre?

La respiración de la chica se vuelve cada vez más rápida y superficial, y sus ojos siguen mirando horrorizados mi corbata.

—Mírame. —Sujeto su rostro con mis palmas y elevo su cabeza hasta conectar nuestras miradas. Hay pánico en sus ojos castaños oscuros—. Bien. Ahora respira.

Lo intenta, pero respira entrecortadamente. Otro intento. Su labio inferior tiembla y oigo un suave susurro, pero no consigo descifrar lo que dice.

—No te oigo, cariño. ¿Puedes volver a intentarlo?

Cierra los ojos y se inclina hacia delante. Sus palabras se oyen débiles junto a mi oído.

—Ellos siempre... llevaban trajes.

Tardo unos segundos en entender a qué se refiere. En el momento en que lo entiendo, un escalofrío recorre mi espina dorsal. Ha dicho 'ellos'. Plural. Pensé que había tenido una relación abusiva con un psicópata que la había drogado.

Suelto su rostro y me quito rápidamente la chaqueta, tirándola hacia el centro de la habitación, donde ella no la vea. Luego empiezo a desabrocharme la corbata. La chica baja la mirada, la fija en mis manos mientras tiro del nudo, y el temblor de su cuerpo se intensifica.







—Mírame. —Logro pronunciar las palabras, hablando uniformemente para no asustarla. Es difícil, porque la ira que me invade amenaza con estallar—. Mírame a los ojos. Buena chica. Voy a tirarla, ¿de acuerdo? —Dejo caer la corbata al suelo.

En el momento en que la corbata desaparece de mi vista, su cuerpo se relaja un poco, pero sigue temblando.

—¿La camisa también? —pregunto, y sin esperar la respuesta, empiezo con los botones.

La chica se muerde el labio inferior y asiente.

—Está bien, pequeña. —Desabrocho el último botón y arranco la camisa de un tirón—. ¿Mejor?

La miro fijamente a sus ojos enrojecidos, y Dios, parece tan perdida. Vuelve a bajar la mirada y coloca lentamente la mano sobre mi pecho desnudo. Pasa la punta del dedo por la clavícula, donde empiezan mis tatuajes, y luego baja lentamente. Es un roce apenas perceptible, que delinea las formas tatuadas en mi piel.

—Me temo que no puedo quitármelos, Mishka —le digo.

Sus ojos se vuelven a posar en los míos y, mientras me observa, las comisuras de sus labios se curvan ligeramente hacia arriba.

—¿Es una sonrisa?

Se encoge de hombros.

Era una sonrisa diminuta, pero una sonrisa, al fin y al cabo. Transforma por completo su rostro, me da una idea de la mujer que era antes de todo lo que le ocurrió.

—¿Cómo te llamas, pequeña?

La necesidad de saber su nombre, el más mínimo detalle sobre ella, me ha estado comiendo vivo.

—Es Asya —dice en voz baja. Un nombre inusual.

—Asya —pruebo. Le queda bien—. Es un nombre muy bonito. ¿Y tu apellido?

—DeVille —susurra.

Enarco las cejas.





—¿Eres italiana?

Ella asiente.

El apellido me suena, pero no consigo ubicarlo.

—¿Eres de Chicago?

—Nueva York.

En cuanto lo dice, me doy cuenta.

—¿Eres pariente de Arturo DeVille?

—Es mi hermano. —Muerde su labio—. ¿Conoces a Arturo?

El subjefe de la Cosa Nostra de Nueva York. Mierda. No he conocido a Arturo DeVille, pero Roman siempre se asegura que la Bratva tenga sobre todas y cada una de las personas relacionadas con nosotros de alguna manera.

—Soy miembro de la Bratva rusa, Mishka. La mujer de tu Don es hermana de la mujer de uno de nuestros ejecutores —digo—. Tenemos que llamar a tu hermano de inmediato y hacerle saber que estás aquí.

El cuerpo de Asya se queda inmóvil.

—Por favor... no lo hagas.

—¿Por qué? —pregunto mientras las náuseas se apoderan de mí—. ¿Tiene algo que ver con lo que te ha sucedido?

Niega con la cabeza, me rodea el cuello con los brazos y se acurruca contra mi pecho.

—Probablemente piense que estoy muerta. Quiero que siga siendo así.

—Pero es tu hermano. Probablemente se esté volviendo loco de preocupación. —Paso la mano por sus mechones castaño oscuro—. Tienes que decirle que estás bien.

—¡No me siento jodidamente bien! —arremete, baja de mi regazo y me clava la mirada—. Esa gente me ha estado llenando de drogas y vendiendo mi cuerpo los últimos meses. Y yo se lo permití. No hice nada. ¿Qué clase de ser lamentable deja que eso ocurra sin oponer resistencia?







Está llorando mientras grita. Y yo se lo permito. La ira es buena. Cualquier tipo de reacción es buena. Así que no hago ningún movimiento. No intento calmarla. Me siento en el borde de la cama y la observo en silencio.

—¿Sabes que anoche, cuando me encontraste, fue la primera vez que intenté huir? —continúa—. ¿Quieres que le diga eso a mi hermano? ¡Me educó mejor que para ser un jodido felpudo! Prefiero no volver a verlo a que se entere en qué dejé que me convirtieran.

Respira hondo y coge mi camiseta del suelo, cerca de sus pies. Se sube al borde y tira del material con las dos manos, poniendo todo su peso en la tarea, hasta que la camiseta se rompe. Entonces empieza a destrozarla. La observo con asombro. Pensaba que era mansa y delicada, pero al observar su gloriosa rabia, me doy cuenta de lo equivocado que estaba. Hay fuego en ella y una vida feroz. Las personas que la hirieron, que quebraron su espíritu, no lo han erradicado por completo. Encontraré a cada uno de ellos y los haré pagar.

—¡Los odio! ¡Los odio tanto! —ruge y me mira—. ¿Y tú? ¿Por qué diablos estás ahí sentado? ¿Cómo puedes estar simplemente viendo cómo tengo un colapso mental y no hacer nada? —Me tira un trozo de tela a la cara y grita de frustración cuando no hago nada—. ¿Qué coño te pasa? —Me pone las manos en el pecho y me empuja—. ¿No deberías intentar calmarme?

—No —digo.

—¿No? ¿Vas a ver cómo me desmorono? —me vuelve a empujar. Y luego una vez más.

—No te estás desmoronando, Asya. —Alargo la mano y trazo la línea de su barbilla con el pulgar—. Te estás recomponiendo.

—¿Recomponiéndome? —Sus ojos se agrandan y estalla en una carcajada histérica—. ¡Cuando me desperté, no sabía si comerme los huevos o la mermelada! No podía tomar la decisión más elemental. Me pasé veinte minutos mirando lo que habías dejado en el mostrador y tuve que comerme las dos cosas porque no podía elegir.





Las últimas palabras se pierden en un ataque de llanto. Sus hombros se hunden y contempla sus pies descalzos. Coloco el índice bajo su barbilla y elevo su cabeza hasta que nuestras miradas se cruzan.

—¿Qué quieres? —pregunto.

Parpadea y dos lágrimas resbalan por sus mejillas.

—¿Los quieres muertos?

Respira agitadamente, pero no responde. Reformulo mi pregunta para convertirla en una afirmación.

—Los quieres muertos.

Apretando los labios con fuerza, asiente.

—Morirán —digo—. ¿Qué más quieres?

Sin respuesta.

—No quieres que tu familia te vea así.

Otra inclinación de cabeza.

—Nunca seré la persona que era antes —susurra.

—No. No lo serás. —Le pellizco ligeramente la barbilla—. Y eso está bien. Te querrán igual. Lo que te pasó te cambió, Asya. Cambiaría a cualquiera. Irrevocablemente. Necesitas aceptar la persona en la que te has convertido. Sigues siendo tú. Cambiada, sí, pero eso no debería alejarte de la gente que se preocupa por ti.

Moquea y vuelve a subirse a mi regazo. De nuevo me rodea con sus extremidades y hunde la cara en el pliegue de mi cuello. De sus labios escapan murmullos apenas audibles, e inclino la cabeza hacia un lado para escucharla mejor. Cuando termina, me quedo mirando la pared del dormitorio durante un buen rato, pensando en lo que me acaba de pedir.

Si Roman se entera, no acabará bien. Hemos mantenido una buena relación con la Cosa Nostra, pero si dejo que se quede, puede significar la guerra. Y si el hermano de Asya se entera, probablemente me matará.

Inhalo y asiento con la cabeza.

—De acuerdo, Mishka. Puedes quedarte.







## CAPÍTULO 3

— Asya —

— ¿Está bien la mermelada? — pregunta Pachá y coloca el tarro sobre la encimera.

Agarro con más fuerza el dobladillo de su camiseta mientras se gira para mirarme.

— No tengo nada más aquí, aunque luego iré a la tienda a comprar más comida. Casi nunca como en casa. También encargaremos algo de ropa para ti.

Levanto la cabeza y me encuentro con que me está mirando.

— Gracias.

Llevo otra de sus camisetas sin nada debajo. Sin bragas. Ni sujetador. Es extraño.

Cuando me desperté esta mañana, tenía fiebre otra vez. Pasha me envolvió en una manta y me estrechó contra su pecho. Estuvimos tumbados en su cama durante horas, hasta que mi cuerpo dejó de temblar. Me llevó al cuarto de baño y se quedó allí mientras yo hacía mis necesidades y me duchaba. Después de lavarme los dientes, me envolvió en una toalla esponjosa y me llevó de nuevo a la cama, donde esperé con los ojos pegados a la puerta del baño mientras él se duchaba.

— ¿Quieres café?

Miro la cafetera, sintiéndome el ser más patético de la tierra.

— No sé.





La mano de Pasha presiona suavemente mi espalda, moviéndose arriba y abajo con un movimiento tranquilizador. Respiro hondo y levanto la vista para encontrarme con él mirándome. No hay reticencia en sus ojos. No hay reproche. Ni compasión.

—¿Has tomado café antes?

—No —susurro.

—¿Y té? Tengo manzanilla, creo. —Abre el armario, saca un recipiente de metal y lo coloca delante de mí.

Me quedo mirándolo.

Me levanta la barbilla con el dedo.

—¿Te gusta beber té, Asya?

—Sí.

—Asumamos que todavía te gusta. —Sonríe, y eso es tan hermoso—. ¿Qué te gustaba desayunar antes?

—Cereales con pasas —le digo—. A veces, en cambio, tomaba algunos con trozos de chocolate.

—Entonces compro algunos de esos. ¿Y otras comidas? ¿Cuáles eran tus platos favoritos? ¿Eres alérgico a algo?

Resoplo, intentando reprimir las ganas de llorar. Me hace las preguntas de forma que me resulte más fácil responder. No me pide que elija, lo que aumentaría mi ansiedad, sino que me pregunta sobre hechos.

—Nunca me gustaron el brócoli ni los guisantes verdes. Todo lo demás me parecía bien —le digo—. No tengo alergias alimentarias.

—¿Preferías pedir comida para llevar o cocinar tú misma?

—Me gustaba cocinar.

Asiente.

—Hazme una lista de ingredientes y mañana iré al supermercado. Hoy pediremos algo para comer, pero mañana puedes preparar uno de tus platos.

Me muerdo el labio inferior. Para eso habría que elegir uno de tantos.







—¿Qué tal lasaña para mañana? Creo que nunca he probado una.  
¿Te gustaba hacer lasaña?

El peso que me oprime el pecho se disipa. Asiento con la cabeza.

—Bien. Voy a por mi teléfono para que me hagas la lista, pero antes, vamos a desayunar. ¿Está bien?

—De acuerdo.

Lo sigo por la cocina mientras pone la tetera a hervir y saca el pan. Extiende la mermelada metódicamente, asegurándose que se distribuya uniformemente por toda la rebanada.

Tiene multitud de pequeñas cicatrices que cubren sus nudillos. Sus manos y sus brazos completamente entintados parecen en desacuerdo con el entorno elegante, casi clínicamente impecable. Aprovecho para inspeccionar su rostro un poco mejor, incluyendo su fuerte mandíbula y sus pómulos afilados, notando unas cuantas cicatrices en la frente y varias más también en la barbilla. Por último, lo miro a los ojos. Sin embargo, no puedo distinguir su color, ya que me supera en al menos treinta centímetros.

Pasha deja de hacer lo que está haciendo y me mira. ¿Por qué tiene los ojos tan tristes? Le suelto la camiseta y pongo la palma de la mano sobre su antebrazo. Los músculos bajo mis dedos se tensan y espero que se aparte, pero no lo hace.

Me aferro más a él, inclinándome a su lado y acercarme al calor de su enorme cuerpo. Me llega el débil sonido de la música. Alguien, probablemente un vecino, ha debido poner la televisión demasiado alta y, sin pensarlo, tarareo la melodía.





## *Pavel*

Asya está abrigada. Le di una manta más cuando no dejaba de temblar. Ahora está dormida, mientras yo sigo despierto, escuchando su respiración.

Esta mañana estaba bien, pero después de comer se ha puesto enferma y apenas hemos podido llegar a tiempo al baño. Le he sujetado el cabello mientras vaciaba el estómago en el inodoro, luego la he ayudado a lavarse los dientes y la he llevado a la cama. Le volvió a subir la fiebre, pero no tanto como la primera vez. Como no tengo termómetro, cada cinco minutos le tocaba la frente con el dorso de la mano, pero su temperatura parecía ligeramente alta. Hace una hora que le ha bajado la fiebre y por fin ha dejado de dar vueltas en la cama.

Cojo el móvil de la mesilla y escribo un mensaje a Kostya preguntándole por la situación en los clubes. Un minuto después, recibo la respuesta: un montón de maldiciones rusas y deseos porque muera lenta y dolorosamente. Al parecer, no le hace ninguna gracia tener que sustituirme.

Cuando hoy llamé al Pakhan y le pedí unos días libres, le sugerí que me sustituyera Ivan. Roman se echó a reír y dijo que le daría los clubes a Kostya porque ya iba siendo hora que comenzara a hacer trabajo real en lugar de dedicarse solo a perseguir mujeres y quemar goma con regularidad.

Kostya empezó a trabajar junto a su hermano, ayudando con las finanzas de la Bratva cuando apenas tenía veinte años, pero siempre ha sido un niño problemático. Sin embargo, Roman tiene debilidad por él, ya que Kostya es el más joven del círculo íntimo. Supongo que todos lo tenemos. Kostya es como el hermano pequeño de todo el mundo, y lo utiliza descaradamente en su beneficio, librándose constantemente por su edad. Esperemos que no se le ocurra ninguna locura mientras me sustituye. Si decide transformar mis clubes en clubes de striptease, voy a estrangularlo.







Asya se revuelve a mi lado y rápidamente le palpo la frente. No tiene fiebre, gracias a Dios. Cuando retiro los dedos, me coge la mano y la apoya en su pecho. Parece que volveré a dormir en la misma cama que ella. Me tumbo a su lado y observo su rostro. Entiendo su razonamiento para no dejarme llamar a su hermano, pero no lo entiendo del todo. ¿No sería más fácil para ella volver a casa con su familia? Nunca he vivido la dinámica familiar, pero estoy seguro que su hermano y su hermana lo harían mucho mejor que yo.

Alargo la mano y apago la lámpara, cerrando los ojos. Pero el sueño se me escapa. ¿Cómo acabó Asya en Chicago? ¿Quiénes son las personas que se la llevaron y se la quedaron? ¿Hay alguna conexión con la hija de Fyodor? Tengo muchas preguntas y ninguna respuesta.

Inclino la cabeza hacia un lado y observo a Asya dormida. Sigue agarrando mi mano entre las suyas. Tengo que comprar comida a primera hora de la mañana. No puedo dejar que coma pan y mermelada tres días seguidos. También tengo que comprarle artículos de aseo. Y ropa. Pero me gusta que lleve mis camisetas.

Un mechón de cabello castaño ha caído sobre su rostro, así que estiro la mano y lo muevo con cuidado. ¿Por qué dejé que se quedara?





## CAPÍTULO 4



Me planto delante del espejo del baño. Unos vaqueros grises y una camiseta negra yacen doblados sobre la encimera, junto al lavabo. Me desagradan. No recuerdo cuánto hace que no llevo vaqueros, probablemente más de una década.

El problema no son las prendas en sí, sino los recuerdos de rebuscar entre montones de ropa desechada, sobre todo vaqueros, tratando de encontrar algo que me quedara bien. Todo estaba siempre roto y sucio, y yo no tenía dinero para lavar la ropa antes de ponérmela. La gente me evitaba cuando cogía el metro, lo que hacía que mi vergüenza fuera casi palpable.

Tan pronto comencé a ganar dinero en serio con las peleas clandestinas, cambié todo mi vestuario de segunda mano por pantalones y camisas de vestir. Más tarde me pasé a trajes. Con el tiempo, cambié a ropa más lujosa y añadí relojes caros y otros accesorios. Todo era un medio para olvidar lo que había sido durante los primeros veinte años de mi vida. Basura. Alguien de quien la gente se apartaba rápidamente, ignorando mi presencia. Lo curioso es que, a pesar de haber pasado casi quince años, todavía puedo oler el hedor, ya sea por la ropa o por la comida medio podrida que sacaba de los contenedores de basura de los callejones detrás de los restaurantes, y que me rodeaba siempre.

Observo mi rostro en el espejo, fijándome en las pequeñas cicatrices esparcidas por las sienes, el puente de la nariz y la barbilla. Ahora están borrosas, apenas se notan, pero aún puedo recordar las peleas que me







dejaron cada marca. Ni siquiera estoy seguro de cuántas veces me han roto la nariz. ¿Siete? Probablemente más.

Apenas tenía dieciocho años cuando comencé a pelear por dinero. Al principio era una forma de llevarme comida a la boca, pero con el tiempo se transformó en algo más. La gente que venía a verme, que coreaba mi nombre... alimentaban el profundo anhelo que siempre he sentido en mi alma. La necesidad de pertenecer. A algún sitio. A cualquier sitio. La emoción de la multitud al vitorearme me hizo sentir menos solo.

No sé exactamente por qué dije que sí cuando Yuri se me acercó después de uno de mis combates y me ofreció un puesto en la Bratva. Quizá quería sentirme más cerca de mi herencia. No había niños rusos en las casas de acogida cuando crecí. Cuando salí del sistema, casi había olvidado mi lengua materna. Los años con la Bratva me ayudaron a recuperarla, así que ya no tengo problemas con el idioma. Pero no es lo mismo. Ya no parece mi primera lengua, pero tampoco el inglés.

Trazo la cicatriz más prominente del lado izquierdo de mi mandíbula con el dedo índice. Por mucho que intente ocultar el pasado, algunos recordatorios, visibles o no, siempre permanecerán.

¿Por eso dejé que Asya se quedara? Tal vez, reconocí un espíritu afín tratando de dejar atrás el pasado y quise ayudar. Después de todo, sé lo que se siente al no tener a nadie a quien recurrir. Pero me temo que es solo una parte de la razón. Mi verdadera motivación es mucho, mucho más egoísta. He estado solo toda mi vida y me he acostumbrado a ello. Es la forma en que funciono. Pero después que Asya se cruzara en mi camino, me di cuenta de lo solo que había estado y de lo mucho que disfruto teniéndola aquí, en mi casa. Disfruto del consuelo que me proporciona su presencia. Lo anhele, de hecho, tanto que he aceptado ocultar a su familia que está viva.

Alargo la mano y cojo los vaqueros. Es uno de los cinco pares que pedí ayer por internet después de darme cuenta del efecto que los trajes tenían en Asya. No puedo seguir andando en pijama todo el día, y definitivamente no puedo ponérmelos para ir a la tienda.

Respiro hondo y me enfundo en ellos.





## Asya

Al menos quince bolsas se encuentran sobre el mostrador en una fila perfecta. Pasha compró demasiadas cosas.

Cuando volvió de la tienda hace una hora, tuvo que volver al coche dos veces para subirlo todo. Después de colocar la última bolsa al final de la larga fila, me pidió que guardara la compra que había traído y que preparara el almuerzo. Luego cogió su portátil y, diciendo que tenía trabajo que hacer, desapareció en su dormitorio.

Deshago la primera bolsa de la compra, dejo lo necesario para la lasaña en la isla de la cocina y guardo el resto. Debería haber sido más específica con mi lista de la compra. Supuse que compraría cualquier marca de pasta o salsa de tomate que encontrara primero, pero en lugar de eso, ha debido comprar todos los tipos disponibles en la tienda. En las primeras bolsas hay cuatro marcas distintas de pasta para lasaña, tres salsas de tomate, seis tipos de pasta y al menos diez variedades de queso.

Saco las cajas de cereales de las tres bolsas siguientes y las cuento. Hay doce tipos diferentes: de avena, de soja, de trigo, algunos con frutos secos o pasas, uno es con miel, otros incluyen chocolate, y un par más con almendras.

Miro por encima del hombro hacia la puerta del dormitorio. Esperaba que Pasha se quedara en la cocina o en el salón, pero no ha vuelto. Sin embargo, aunque no esté en la misma habitación que yo, saber que está aquí hace retroceder la terrible voz de mi cabeza.

Cuando termino de guardar la compra, miro las últimas bolsas de la encimera. Son grandes bolsas de boutique con amplias cintas en las asas. Pasha dijo que me compraría algo para ponerme. Yo esperaba unos pantalones de chándal y unas camisetas, pero las bolsas que tengo delante están llenas de ropa. ¿Las deshago? Solo mencionó la compra cuando me pidió que guardara lo que había comprado. Me doy la vuelta y me dirijo a la isla de la cocina para preparar la lasaña.







Hacer la comida llevando solo la camiseta de otra persona y nada debajo es raro. Sobre todo, en la cocina de un hombre al que no conozco. Raro, pero al mismo tiempo liberador. Me concentro en la tarea que tengo ante mí mientras una tenue melodía suena en el fondo de mi mente.

## Pavel

—No, no puedes traer a los compradores a los Urales, Sergei —digo al teléfono y suspiro.

—¿Por qué demonios no? ¿Has mirado fuera? Está helando. Se me van a caer las pelotas si los llevo al almacén sin calefacción y tenga que escuchar sus divagaciones durante más de diez minutos.

—La última vez que dirigiste una reunión en mi club, el equipo de limpieza se pasó dos horas intentando limpiar de sangre y materia cerebral la cabina VIP.

—¡Eso fue hace años, Pasha! —ladra—. Y cambiaste la tapicería a cuero oscuro el mes pasado. Lavar la sangre de eso es pan comido.

—He dicho que no.

—*Mudak*<sup>1</sup> —murmura y cuelga.

Sacudo la cabeza y vuelvo al pedido de licores que he estado revisando en mi portátil. Como no voy a ir al club, tengo que ocuparme de los asuntos más urgentes e informar a Kostya del resto. Puede que se le den bien los números, pero la logística no es su fuerte. Miro la hora en la esquina de la pantalla y veo que es poco después del mediodía. Debería volver a ver a Asya.

Llevo tres horas encerrado en el escritorio de mi habitación, pero he estado echando un vistazo a Asya cada quince minutos para asegurarme que está bien. Parecía inmersa en la preparación del almuerzo, y su

---

<sup>1</sup> Mudak: estúpido, gilipollas, cabrón...





postura relajada indicaba que estaba disfrutando del proceso. La última vez que la vi, la oí tararear una melodía complicada. Espero encontrarla canturreando por la cocina en esta ocasión también, sin embargo, no está a la vista.

—¿Asya? —llamo mientras me apresuro a cruzar el salón, pero no hay respuesta.

Paso junto a la mesa del comedor, donde hay platos y ensaladeras para dos. Entre ellos hay una gran bandeja de lasaña cortada en cuadrados. Doy la vuelta a la isla de la cocina y me detengo. Asya está sentada en el suelo, con la espalda pegada al armario y los brazos rodeando sus piernas. Mira la ventana de la pared del fondo con pánico en sus ojos.

—¿Asya? —Me agacho a su lado y apoyo una mano en su cuello—. ¿Qué ocurre?

—Está... nevando —susurra, sus ojos fijos en la escena frente a ella..

—¿No te gusta la nieve? —pregunto.

—Ya no —es su respuesta apenas audible.

—Asya, dame tus ojos, cariño. —rozo su mejilla con el pulgar—. Por favor.

Respira hondo y gira la cabeza. Tiene una mirada atormentada. Verla me golpea justo en mi pecho.

—Voy a bajar las persianas —digo—. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Cierro rápidamente las persianas de la cocina, me dirijo al salón para echar las pesadas cortinas sobre las ventanas y vuelvo rápidamente. Asya no se ha movido, aunque ahora mira al suelo.

—Lo siento —murmura mirándome fijamente con sus ojos llorosos.

Me agacho frente a ella, acunando su rostro entre mis manos.

—No tienes nada que lamentar.

—Soy una persona tan débil —dice, apretando los labios fuertemente.







Me inclino hacia delante hasta que mi rostro queda a escasos centímetros del suyo.

—Estás reaccionando a causa de los recuerdos. Tu mente se está activando por varias cosas, pero eso no significa que seas débil. ¿Lo entiendes?

Suspira y cierra los ojos. Algo se rompe dentro de mí al verla tan derrotada. Aprieto los dientes. Necesito mantener la calma por el bien de Asya ahora, pero al final, voy a aniquilar a los hijos de puta que le hicieron esto.

—Mishka. Mírame.

Sus ojos se abren.

—No eres débil —le digo—. Y lucharás y mejorarás. Te lo prometo.

Me observa durante unos instantes y luego se inclina hacia delante, acercando su boca a mi oído y soltarse de mi agarre.

—Maté a un hombre —susurra—. Esa noche, escapé. Maté a mi cliente.

Muerdo para contener mi rabia.

—Bien —digo apretando los dientes.

—No me arrepiento. Debería. Pero no me arrepiento. —Su brazo me rodea el cuello mientras presiona su mejilla contra la mía—. ¿Eso me convierte en una mala persona?

—No. Te defendiste de un depredador sexual que te violó de la forma más terrible. De hecho, le hiciste un favor.

—¿Un favor?

—Sí. Porque si no lo hubieras matado, yo lo habría hecho. Y créeme, cualquier cosa que hicieras ni siquiera se acercaría a lo que yo le habría hecho. —aprieto ligeramente la nuca—. Vamos enséñame lo que has preparado. Es la primera vez que alguien cocina para mí.

Asya se echa hacia atrás, su rostro vuelve a estar justo delante del mío, y posa su mano en mi mejilla.

—Gracias. Por todo.





## CAPÍTULO 5

— — — — —  Asya  — — — — —

Después de ponerme el pijama que me ha comprado Pasha, me observo en el espejo del baño. La parte de arriba no está tan mal, quizá una o dos tallas más grande. Los pantalones son otra historia. Tuve que doblar la cintura y los puños de las piernas más de dos veces hasta asegurarme que no se me caían y no me tropezaba al andar. He mirado la etiqueta y he visto que es la talla mediana. Normalmente uso la talla extra pequeña.

El resto de la ropa que había traído estaba doblada en la larga encimera junto al lavabo. También son todas de la talla mediana. O Pasha nunca ha comprado ropa de mujer o no sabe adivinar muy bien las tallas. He visto dos estantes vacíos en el armario del otro extremo del cuarto de baño, así que he colocado la ropa allí. No quiero entrometerme en su espacio más de lo que ya lo he hecho. Todavía no puedo creer que me haya dejado quedarme.

Cuando salgo del baño, Pasha sale del armario con un pijama gris oscuro y una camiseta negra.

—Dejaré la puerta abierta —dice—. Si necesitas algo, estaré en la habitación de enfrente.

Mi cuerpo se pone rígido al escuchar sus palabras. Rodeándome la cintura con los brazos, asiento con la cabeza y me dirijo hacia la cama.

—¿Asya? ¿Va todo bien?

—Sí. —Me meto en la cama y me pongo de cara a la pared, subiéndome la manta hasta la barbilla.







La habitación se queda en silencio un momento, pero entonces oigo el ruido de unos pies descalzos acercándose.

—¿Qué ocurre?

Agarro la manta con la mano.

—¿Puedes volver a dormir aquí?

—¿Aquí? ¿En esta cama?

—Por favor.

No dice nada. Aprieto los ojos, odiándome por pedírselo. Seguro que piensa que soy una débil. Como si usurpar su vida y su espacio no fuera suficiente, le pido que siga durmiendo en la misma cama que yo. Abro la boca para decirle que he cambiado de opinión cuando la cama se hunde detrás de mí.

Deslizo las manos bajo la almohada, esperando que eso me impida girarme hacia él y acurrucarme en su pecho. Esta inexplicable atracción que siento hacia él me confunde, pero también hace que me sienta asqueada de mí misma. Me han agredido y utilizado de las formas más degradantes, así que lo que debería sentir hacia Pasha y hacia cualquier otro hombre es odio, miedo y repulsión. En cambio, me siento atraída por él. Pero en todo el tiempo que llevo aquí, ni una sola vez ha intentado nada, no me ha tocado de ninguna forma que pudiera considerarse sexual.

*Es porque estás sucia, susurra la voz en mi mente. Mercancía estropeada que ningún hombre querría tocar. ¿Cuántas pollas han estado dentro de tu coño? ¿Demasiadas para contarlas?*

Vuelvo la cara hacia la almohada. ¡Necesito que deje de hacerlo!

*¿Sabes lo que eres? Una puta. Una sucia y asquerosa puta.*

El grueso brazo de Pasha envuelve mi cintura y me atrae hacia su cuerpo hasta que mi espalda queda pegada a su pecho.

—Háblame —dice contra mi melena.

Un escalofrío recorre mi cuerpo por su cercanía, y no es un escalofrío malo.





—¿Por qué no llamaste a mi hermano y te deshiciste de mí? —pregunto.

—Porque entiendo la necesidad de lidiar con tu mierda por ti misma. Y porque sé lo que se siente cuando la gente se deshace de ti. —El brazo alrededor de mi cintura se tensa—. Nunca le haría eso a nadie.

—Estás encerrado aquí conmigo. ¿No necesitas ir a trabajar?

—Hice que alguien me sustituyera. Pero tendré que ir a una reunión con el Pakhan mañana. No tardaré mucho.

Mi cuerpo se pone rígido y el pánico se apodera de mi estómago. Es completamente antinatural la forma en que me he encariñado con él, pero no puedo deshacerme de la sensación de pavor que me produce la idea de no tenerlo cerca.

—De acuerdo —susurro.

—¿Vas a reconsiderar hablar con el psicólogo?

Aprieto los labios y niego con la cabeza. Pasha lleva desde esta mañana intentando convencerme para que hable con el psicólogo. Dice que tiene experiencia con casos como el mío. No puedo hacerlo. La sola idea de hablar de ello con alguien que no sea Pasha me pone enferma.

—De acuerdo, Mishka. Vamos a darle unos días más.

—¿Significa algo? ¿Mishka?

—Un osezno.

Me llama osezno. Qué cariño tan extraño. Giro la cabeza para mirarlo.

—¿Es porque me gusta aferrarme a ti?

—Sí. —Levanta la mano como si fuera a tocar mi rostro, pero se retira—. Vamos a dormir.

Asiento y me vuelvo hacia la pared, fingiendo intentar dormir. No puedo superar el que dijera que sí cuando le pregunté si podía quedarme en lugar de enviarme de vuelta con mi familia. Era tan escandaloso que estaba segura al cien por cien que se negaría. Y no lo hizo. Y todavía me cuesta creer que aceptara no decirle a nadie quién soy.







Un ligero toque roza mi nuca. No estoy segura de qué es, pero se parece a un beso.





## CAPÍTULO 6



—¿Esa chica sigue en tu casa? —pregunta Roman apenas entro en su despacho.

—Sí. —Afirmo y tomo asiento junto a Maxim.

—Bien. Tienes que preguntarle cómo consiguió las drogas. Yuri sigue sin localizar al tipo que le suministró las pastillas, así que tu chica es nuestra única pista.

Encuentro la mirada de mi Pakhan y niego con la cabeza.

—No.

—¿No? —Me mira con los ojos muy abiertos.

—Si ella misma me dice algo, te lo haré saber. Pero no la haré hablar a menos que ella quiera.

—¿Por qué no lo haría?

—¿Doc no te lo ha dicho? —pregunto.

—¿Decirme qué? Dijo que encontraste a la chica, que tuvo una sobredosis y la llevaste a casa.

—Fue sexualmente agredida, Roman. Creo que la gente que la tenía dirigía una red de prostitución.

Roman me mira fijamente, con un tic muscular en la mandíbula. El bolígrafo que tiene en las manos se parte en dos. El tema de las mujeres maltratadas siempre ha sido delicado para él.

—¿Está bien la chica? —pregunta entre dientes apretados.







— Ella está mejor.

— Bien. No le preguntes nada. — Asiente y vuelve su atención a Maxim —. ¿Cuál es el asunto con los albaneses que querías discutir?

Maxim se quita las gafas y cruza los brazos sobre el pecho.

— Según parece, de repente han obtenido una enorme cantidad de dinero. Uno de los chicos de Anton informó que vio al yerno de Dushku gastando una suma demencial en uno de los casinos de la Cosa Nostra.

— ¿Cuánto?

— Decenas de miles por noche. Varias noches seguidas.

— Julian es un idiota que nunca ganó un centavo. Él ha estado ordeñando dinero de Dushku durante años.

— Bueno, parece que de repente tiene más de lo que puede gastar — dice Maxim —. ¿Podría estar involucrado en este nuevo asunto de la droga?

— Mejor que no lo esté. Porque si alguien de la organización criminal albanesa se atrevió a introducir sus drogas en mi territorio, no le van a gustar las consecuencias de su decisión. Le dejé las cosas muy claras a Dushku cuando tuvimos nuestra pequeña charla hace unos meses, después de la cagada con los irlandeses.

— ¿Qué pasó con los irlandeses? — pregunto. Como estoy centrado sobre todo en dirigir los clubes, no siempre estoy al día de otros asuntos empresariales. Lo último relacionado con los irlandeses que recuerdo es que intentaron acabar con la Bratva hace unos años y casi matan a Kostya. Sergei eliminó a su líder y a varios otros hombres de alto nivel, y Roman echó al resto de Chicago.

— Han establecido su base en Nueva York — dice Roman —. Don Ajello me envió un mensaje hace unos meses, diciendo que Dushku empezó a colaborar con los irlandeses y les entregó un gran cargamento de armas. Dushku lo hizo a pesar de conocer muy bien mi postura sobre los irlandeses.

— ¿Fue solo un envío? — pregunto —. ¿O Dushku todavía trabaja con ellos?





—Solo uno. Poco después, Ajello se encargó de los irlandeses porque el idiota de Fitzgerald secuestró a su esposa. Ajello se puso furioso.

—¿Mató a Fitzgerald?

—Lo mató él mismo con un cuchillo. —sonríe Roman—. No conozco al hombre, pero ya me cae bien.

—¿Qué piensas hacer con los albaneses, Roman? —interviene Maxim.

—¿Tenemos a alguien dentro que pueda vigilar lo que están haciendo? Necesitamos saber de dónde viene ese dinero.

—Una de las camareras del Baykal visita regularmente a Dushku —digo yo—. Tal vez ella pueda persuadirlo para hablar de su negocio.

—Intentémoslo por ahora. —Él asiente—. Si resulta que Dushku está detrás de esto, voy a destriparlo personalmente.

\* \* \*

Cuando salgo de mi coche en dirección a la fachada de mi edificio de apartamentos, veo un vehículo familiar aparcado frente a la entrada. Yuri está sentado al volante de su todoterreno blanco, haciéndome señas para que me acerque.

—¿Qué ocurre? —pregunto mientras me deslizo en el asiento del copiloto.

Apoya los codos en el volante y me clava la mirada.

—No lo sé. Dímelo tú.

—Nada. ¿Por qué?

Sacude la cabeza y mira hacia la calle, más allá del parabrisas.

—Te conozco desde hace diez años, Pasha, así que no me vengas con esta mierda. ¿Planeas dejar la Bratva?

—No. ¿Por qué piensas eso?

—Dejaste que Kostya se hiciera cargo de tus clubes. Prácticamente has vivido en Ural y no dejabas que nadie te cubriera, nunca. Cuando







traté de convencerte de tomar un descanso hace unos meses, dijiste que no puedes funcionar a menos que estés trabajando.

— Bueno, he decidido tomar ese descanso ahora.

— Entonces, ¿vas a volver?

Me reclino en el asiento y miro hacia mi edificio. Han pasado unas tres horas desde que salí para la reunión con Roman, y he pasado cada segundo de ese tiempo pensando en Asya. ¿Se encontrará bien? ¿Ha comido? ¿Y si tiene hambre y no sabe qué preparar? ¿Tendrá miedo por haberse quedado sola? ¿Y si vuelvo a casa y no está?

— Volveré, Yuri. No te preocupes.

— ¿Cuándo?

— Cuando se vaya. Digo mirando hacia las ventanas del tercer piso. No veo las luces de dentro porque las persianas están cerradas. ¿Y si se asusta otra vez? Odio dejarla sola.

— ¿Ella? ¿La chica que tienes en tu casa?

— Sí.

— ¿Tenéis una relación?

— No.

— No lo entiendo.

Miro a mi amigo. Tiene la mandíbula apretada y hay preocupación en sus ojos. A sus sesenta y cinco años, Yuri es el mayor del círculo íntimo de la Bratva. Se ha convertido en una figura paterna para los soldados que trabajan a sus órdenes, pero también es ferozmente protector con el resto de los hombres de la Bratva, independientemente de su posición. Siempre me ha parecido extraño cómo puede preocuparse tanto por los que no son su familia, mientras que hay gente en el mundo a la que le importa una mierda su propia sangre.

— ¿Has conocido alguna vez a alguien a quien sientes como si fuera una pieza que te falta? —pregunto—. ¿Una pieza que ni siquiera sabías que te faltaba hasta que apareció en tu vida?

— No, la verdad es que no. ¿Crees que esa chica es tuya?

— La conozco desde hace una semana.





— Eso no es lo que he preguntado.

— Lo sé. Pero realmente no importa. Ella se irá pronto, de todos modos. — Agarro el picaporte de la puerta —. Volveré a trabajar en cuanto ella lo haga.

— Quizá no quiera irse.

— Sí, claro — digo y salgo del coche.







## CAPÍTULO 7

— Asya —

Estoy de pie en medio de la ducha, mirando las dos botellas de la estantería de la esquina. El negro es el jabón para hombres que llevo usando desde que llegué. Tiene un aroma amaderado con un toque cítrico y salvia. Estaba ahí desde el principio, y era el único. Ahora, hay un gel de ducha diferente a su lado. Una botella de color rosa con flores en ella. Pasha debe haberlo traído y dejado aquí para mí. Respiro hondo y lo cojo, pero en cuanto mis dedos se acercan al frasco, la ansiedad se apodera de mi pecho. Vuelvo a mirar la botella negra y muevo la mano hacia ella. La ansiedad se intensifica. Dejo caer la mano. Paso más de quince minutos mirando las estúpidas botellas de jabón y apretando los dientes hasta el punto de dolerme la mandíbula. Finalmente agarro las dos y las envío volando por el cuarto de baño, donde chocan contra la pared, precipitándose al suelo.

Suena un golpe en la puerta.

— ¡Asya!

Apoyo la espalda en la pared de azulejos, respirando entrecortadamente. Es la primera vez que intento ducharme sin que Pasha esté en el baño conmigo. Me sentí tan orgullosa de mí misma cuando le dije que no tenía que entrar conmigo. Sonrió un poco y dijo que se quedaría al otro lado de la puerta por si acaso.

— ¿Asya? — Otra explosión —. ¡Voy a entrar!

La puerta se abre de golpe y Pasha entra precipitadamente, mirando a su alrededor. Sus ojos se posan en las botellas del suelo y luego me mira a mí. Su mirada gris metálico, y no azul claro como creí en un principio,





me recorre de pies a cabeza, interrogante, evaluadora... preocupada. Su intensidad me atrae y me enraíza de un modo que alivia mi ansiedad.

—No he podido elegir qué maldito jabón usar —digo y cierro los ojos, sintiéndome completamente derrotada.

—Mierda —murmura Pasha. Unos segundos después, su áspera mano acaricia mi mejilla—. Lo siento. No lo pensé.

—No es culpa tuya que yo sea un caso perdido. —Suspiro.

—No eres un caso perdido, Mishka.

—Sí, claro. —Resoplo—. Deberías llevarme al psiquiátrico más cercano y dejarme allí.

—Asya, mírame.

Abro los ojos y lo encuentro de pie frente a mí, con la mano aún en mi mejilla y la otra en la pared junto a mi cabeza.

—Mejorará —dice—. Te lo prometo.

—No lo sabes.

—Lo sé. Eres una luchadora. Llevará tiempo, pero mejorarás. Vamos, vamos a lavarte. ¿De acuerdo?

Asiento con desgana.

—Bien. Ahora voy a por el gel de ducha.

Lo veo caminar hacia el otro extremo del cuarto de baño y recoger las botellas del suelo. Luego, vuelve al interior de la cabina de ducha.

—Este es mío —dice mientras vuelve a colocar el negro en la estantería—, y el rosa es tuyo. Ese lo usarás tú.

¿Cómo puede estar tan tranquilo? Es como si mi berrinche no lo molestara lo más mínimo.

—Ahora, ¿cuál es el otro problema? —Me mira fijamente.

Me muerdo el labio inferior.

—Las toallas.

—¿Las toallas?

—Toallas de baño. Las hay azules y blancas. —Sigo usando las toallas de mano después de ducharme porque son todas blancas.







— Usaré las azules. Tú tienes las blancas. ¿Te parece bien?

Asiento, sintiéndome como una completa idiota. Los dedos de Pasha me agarran ligeramente la barbilla y me levantan la cabeza.

— ¿Algún otro problema con el baño?

— No —susurro.

— Bien. ¿Espero aquí?

No quiero que se vaya, pero sacudo la cabeza de todos modos. No es fácil, pero después de sus instrucciones, puedo aguantar la ducha sola porque sé que seguirá estando cerca.

Sonríe.

— Dúchate. Vístete. Te espero fuera y desayunaremos cuando termines.

El pulgar de Pasha roza ligeramente mi mandíbula antes de apartar la mano de mi rostro. Se da la vuelta y abandona el baño. Lentamente, levanto la mano y recorro el camino de sus caricias.

*Pavel*

Coloco una caja de cereales en la encimera delante de Asya y me dirijo a la nevera a por la leche. Cuando pongo el cartón junto a los cereales, ella lo coge, pero yo tomo su mano entre las mías.

— Aún no —le digo.

Con la mano libre, abro el armario y saco un tarro de mermelada. Lo coloco junto a la caja de cereales, cojo la mantequilla de cacahuete y el pan, y lo alinee todo sobre la encimera. Asya inclina la cabeza hacia un lado, mirándome.

Me coloco detrás de ella y señalo con la cabeza lo que hay sobre la encimera.

— ¿Qué quieres desayunar?





Asya mira el surtido de comida y aprieta los labios.

Lleva aquí dos semanas. Todas las mañanas le he dado leche y he elegido un cereal, asegurándome que cada vez fuese de un sabor diferente. Asya siempre nos preparaba un tazón a las dos y desayunábamos en el comedor. Se angustia cuando tiene que tomar la decisión más trivial, así que he hecho todo lo posible para que le resulte más fácil. Pero es hora que vaya más allá de su zona de confort, aunque sea un poquito.

—¿Por qué haces esto? —pregunta entre dientes.

—¿Qué?

—Pedirme que elija.

—Si no puedes, te ayudaré. —Intento ponerle la mano en la cintura, pero me detengo y aprieto la fría encimera—. Pero quizá puedas intentarlo. Es solo comida. No puedes equivocarte, así que no te preocupes.

Se agarra al borde del mostrador que tiene enfrente mirando fijamente los productos. Pasa un minuto. Luego cinco más.

—Está bien —le digo—. Tómame tu tiempo.

La necesidad de acariciar su espalda o depositar un beso en su cabello me está comiendo vivo. Una vez me olvidé de mí mismo y la besé en la nuca. Con suerte, ya estaba dormida y no se dio cuenta. Probablemente se sentiría asqueada si descubriera que me siento atraído por ella. Está mal a muchos niveles. Cuando mencionó el otro día que solo tiene dieciocho años, empeoró la situación. Es quince años más joven que yo. Necesito mantener mi distancia tanto como sea posible.

—No puedo. —Las uñas de Asya rozan la encimera mientras aprieta el agarre, con la mirada fija en la caja de cereales.

—Claro que puedes —digo mientras lucho contra la necesidad de tocarla.

Se me revuelven las tripas cada vez que la veo esforzarse por tomar la decisión más elemental. Sigue sin querer hablar con la psicóloga, así que la he estado llamando cada dos días para pedirle consejo. La psicóloga me ha recomendado que invente una situación en la que Asya







tenga que tomar una pequeña decisión, pero se supone que no debo insistir si eso la incomoda demasiado. El médico me dice siempre que, para que Asya mejore, necesita ayuda profesional. Sin embargo, eso solo puede ocurrir si Asya está dispuesta a aceptarlo.

Unos segundos después, veo que la mano derecha de Asya se arrastra hacia delante, hacia los cereales, y luego se detiene. Acerco la caja, pero me aseguro que aún está lo bastante lejos como para que ella tenga que alcanzarla.

—Dijiste que te gustaba comer cereales en casa —digo yo—. ¿Crees que tus preferencias han cambiado?

—No.

—Entonces es seguro decir que elegirías cereales. Vamos, solo unos centímetros más.

Asya frunce los labios y, al instante siguiente, su mano acorta la distancia que la separa de la caja. La agarra y la aprieta contra su pecho como si fuera algo absolutamente precioso.

—Lo hice —murmura.

—¿Lo ves? Mejorará.

Gira y envuelve mi muñeca con la mano que tiene libre mientras su mirada se clava en la mía. Me recorre el antebrazo con la palma de la mano.

—Gracias —dice y se inclina ligeramente hacia mí.

—Cuando quieras, Mishka. —De mala gana doy un paso atrás—. Vamos a comer. Me muero de hambre.

Una expresión extraña se dibuja en el rostro de Asya y su mano se suelta de mi brazo. Se da la vuelta y se afana en verter la leche y los cereales en cuencos negros a juego. Creo que nunca los había usado antes de su llegada. De hecho, más de la mitad de los utensilios de cocina estaban sin usar, ordenados en cajones y armarios. De todo lo que tengo, solo he usado dos platos, algunos vasos y unas cuantas tazas de café. No estoy seguro, pero puede que haya usado la cocina solo una o dos veces.

Cuando Asya termina de servir los cereales, llevo los cuencos al comedor. Ella me sigue un paso por detrás, agarrando el dobladillo de mi





camiseta con la mano, algo que sigue haciendo casi siempre. Solo cuando llego a la mesa me suelta la camiseta y se sienta a mi derecha.

Siempre está muy callada. Cuando come. Cuando pasea por mi casa. Incluso cuando cocina. No hay ruido de ollas o cubiertos, ningún ruido en absoluto a menos que esté tarareando para sí misma. No puedo descifrar la canción, pero la melodía me suena familiar.

Me pregunto si antes era tan callada o si es consecuencia de todo lo que le ha pasado. Pero aún queda fuego en ella. Puede que esté reprimido en lo más profundo, pero está ahí. Quien la lastimó, no lo extinguió por completo.







## CAPÍTULO 8



—¿Lista? —pregunto.

Asya está de pie en medio de la habitación con los brazos alrededor del torso.

—No.

—Necesitamos conseguirte algo de ropa. Nada de lo que compré te queda bien. —Señalo con la cabeza la camisa que lleva, que es al menos dos tallas más grande. Los vaqueros que lleva también están enrollados. ¿Cómo la he cagado tanto? Cuando compré la ropa, me parecía pequeña. Puede que Asya se quede poco tiempo conmigo, pero no dejaré que vaya por ahí tirando de las mangas de las camisas continuamente. Quiero que se sienta cómoda.

—La tienda está cerca y seremos los únicos allí.

Asya mira al suelo, mordiéndose el labio inferior.

—Asya. Mírame, cariño —le digo, y ella levanta la cabeza de mala gana—. No te soltaré la mano pase lo que pase. Estarás a salvo.

—Has dicho 'a salvo'—, murmura—. No dijiste 'todo va a ir bien'. ¿Por qué?

—Porque probablemente no estará bien. Puede que te asustes porque es la primera vez que sales en público después de casi tres semanas. Puede que incluso te asustes. —Aprieto su mano—. Pero estarás segura todo el tiempo. ¿Entiendes lo que te digo, Mishka?

Los ojos de Asya encuentran los míos y, por un momento, me sorprende la confianza que veo en sus profundidades. Roman me confió





sus clubes cuando me asignó su gestión. Pero nadie me había confiado su vida antes. Sentirse seguro es una de las necesidades humanas más básicas, y ella acaba de depositar su fe en mí.

—¿Quieres coger el coche o ir andando? —pregunto—. Está a solo dos manzanas.

Se limita a mirarme, con los labios apretados. Parece que todavía le cuesta tomar decisiones por sí misma, pero está mejorando. Esta mañana ha abierto la nevera y ha sacado la leche para preparar los cereales del desayuno, probablemente lo ha hecho sin pensarlo. Antes de hoy, se limitaba a abrir la nevera y mirar dentro hasta que yo iba y cogía la leche por ella. Nunca lo admitiría, porque es algo absolutamente egoísta, pero en secreto disfruto con ello.

Nunca he necesitado a nadie, o mejor dicho, nunca me he permitido necesitar a nadie. Y nadie me ha necesitado nunca. Ese concepto me era completamente ajeno hasta ahora. La idea que Asya me necesite alimenta un anhelo que antes no podía nombrar.

Seguimos compartiendo mi cama. Durante las dos primeras noches, pensé en utilizar uno de los otros dormitorios, pero cuando intentaba irme, veía el miedo en sus ojos y volvía a tumbarme a su lado. En algún momento, dejé de intentarlo. Me encanta cómo se acurruca contra mí cuando se despierta de una pesadilla, como si estar cerca de mí fuera suficiente para ahuyentar a los monstruos.

—Vamos a salir a pie, entonces —digo y salgo de la habitación con ella siguiéndome, con su mano fuertemente agarrada a la mía.

\* \* \*

Somos los únicos clientes de la pequeña boutique que he elegido. He llamado antes al propietario y le he dicho que se asegure de no dejar entrar a nadie más hasta que hayamos terminado. También le pedí que desalojara la tienda de todo el personal excepto de la cajera, a la que también le dije que no abandonara su puesto.







Asya se detiene en medio de la tienda y mira a su alrededor, recorriendo con la mirada los largos percheros de ropa y las estanterías de zapatos. Lo asimila todo, inspira profundamente y aprieta mi mano.

—Comencemos por la ropa interior —le digo y la dirijo a la esquina más alejada de la tienda.

Asya echa un vistazo a los objetos expuestos, pero no hace ademán de coger nada. Sus ojos vagan por la ropa interior y se detienen en algunas prendas unos segundos más que en otras. Normalmente son los colores brillantes los que llaman su atención. Pasa por alto las prendas blancas como si no existieran.

Presto atención a su mirada mientras observa la ropa interior expuesta, fijándome en cada artículo en el que sus ojos se posan durante una fracción de segundo más que en el resto. Cuando termina, cojo la talla más pequeña de cada prenda que le ha llamado la atención.

—¿Todo bien? —La miro y veo que me está mirando. Tiene los ojos llenos de lágrimas. Rozo su mejilla con el dorso de la mano e inclino la cabeza hacia el perchero de la izquierda—. Ahora vamos con las camisas.

Repetimos la prueba en todas las secciones de la tienda y, como mis manos acaban llenas de ropa, Asya pasa a sujetarme la manga de la chaqueta. Cuando llegamos al probador, entro en la cabina y deposito el montón de ropa, junto con el abrigo amarillo que ha estado mirando durante casi un minuto y dos pares de zapatos, en el banco junto al espejo.

—Puedes soltarme la chaqueta y probártelo todo —le digo.

Ella asiente, pero no la suelta.

Cojo la primera camisa del montón y se la ofrezco.

—Estás a salvo, Mishka. Nadie puede hacerte daño mientras yo esté aquí.

Asya levanta un poco las comisuras de los labios y se suelta lentamente.

Tarda más de media hora en probárselo todo, y solo unas pocas prendas acaban siendo demasiado grandes. Recojo la ropa que me cabe bajo un brazo y, cogiéndola de la mano, salimos del probador. Mientras





pago en la caja registradora, el tintineo de las campanas sobre la puerta suena detrás de nosotros. Me doy la vuelta justo a tiempo para ver a un hombre mayor con traje gris entrando en la tienda.

—¡Sr. Morozov! —sonríe, caminando hacia nosotros—. Espero que sus compras hayan sido como esperaba.

Asya se pone rígida y su mano aprieta la mía con fuerza. La miro y veo que mira al gerente de la tienda con horror en los ojos.

Asya se pone rígida y su mano aprieta la mía con fuerza. La miro y veo que mira al gerente de la tienda con terror en sus ojos.

—Vamos, cariño —le digo, pasándole el brazo por la cintura. Ella se eleva de un salto y envuelve con fuerza los brazos y las piernas en una pose familiar.

—¿Todo a tu gusto? —sigue divagando el idiota mientras se acerca a nosotros—. Yo específicamente...

Agarro al director de la tienda por el cuello de su camisa de vestir con la mano libre mientras sostengo a Asya con la otra. Le doy un tirón y lo estampo contra el pilar de hormigón que hay junto a la caja registradora.

—¿Qué demonios te dije? —ladro en su cara.

—Yo ...Yo... ¡por favor!

—Dije que solo una persona, una mujer, puede estar aquí hasta que salgamos. —Vuelvo a empujarlo contra la columna, y una vez más—. ¿Eres una jodida hembra?

—No ...por favor...

—No. ¡No lo eres! —exclamo.

Unos dedos atraviesan mi cabello. Una vez. Dos veces. Giro ligeramente la cabeza hacia un lado y mi mejilla se apoya en la de Asya.

—No pretendía ningún mal —susurra junto a mi oído.

—El camino al infierno está empedrado de buenas intenciones —digo—. ¿Conoces esa cita?

—Sí. —Otra caricia en mi cabello—. Es tan cierta como idiota. Deja que el hombre se vaya.







—Nadie te asusta y se libra sin castigo. —Suelto la camisa del encargado de la tienda y le doy un revés antes de girarme hacia el mostrador para recoger nuestras bolsas.

Salgo de la tienda con Asya en brazos y la llevo las dos manzanas que me separan de mi edificio. Algunas personas con las que nos cruzamos nos miran estupefactas, pero enseguida apartan la mirada cuando ven el ceño fruncido en mi cara. La mayor parte de la tensión de Asya se alivia poco después de salir de la tienda, pero sigue con la cara acurrucada en el pliegue de mi cuello, con los brazos y las piernas aferrándose a mí con todas sus fuerzas. Estúpido hijo de puta, debería haberle partido el cuello por asustarla. Todavía estoy tan jodidamente furioso que tengo que resistir las ganas de darme la vuelta y hacer exactamente eso.

Cuando llegamos a mi edificio, ni siquiera saludo con la cabeza al tipo de seguridad del vestíbulo, me dirijo directamente al ascensor y pulso el botón de la tercera planta con el codo. En cuanto estamos dentro, dejo caer las bolsas al suelo y me dirijo al salón. Asya sigue pegada a mi cuerpo mientras me siento en el sofá.

—Puedes soltarme, Mishka —le digo y acaricio su cabello con suavidad.

Ella niega con la cabeza y aprieta más su cara contra mi cuello. Se le escapa un suave suspiro y noto algo húmedo en la piel.

—Por favor, no estés triste, cariño.

Asya respira hondo y se aparta, mirándome. Lágrimas caen por sus mejillas, y sus ojos están rojos e hinchados. Pero no parece triste. Parece muy enfadada.

—Estoy harta de esto —dice entre dientes y me agarra de la parte delantera de la chaqueta—. Tan. Jodidamente. Harta.

—Lo sé.

Sus manos me sueltan la chaqueta y toma mi rostro entre sus manos, mirándome fijamente a los ojos.

—Quiero ir al centro comercial.





Nos miramos fijamente. Siento que podría ahogarme en la oscuridad de sus ojos, me cuesta pensar con claridad.

—No creo que sea una buena idea, Asya.

—No puedo vivir así. Entrando en pánico por las cosas más básicas. Escondiéndome aquí, en tu casa. —Sus manos se mueven hacia mi nuca, enhebrando los mechones entre sus dedos—. Quiero recuperar mi vida. Quiero volver a ser yo misma.

Su última frase apenas se oye. Levanto la mano y con el pulgar retiro las lágrimas de sus mejillas.

—De acuerdo.

Asya asiente y posa sus ojos en mis labios. Sus manos siguen acariciándome el cabello. Mientras la observo, respira hondo y se inclina hacia delante. Va a besarme. Dios, llevo días pensando en besarla, odiándome por tener esa idea en la cabeza. Es demasiado joven y le han hecho mucho daño. Dejar que me bese no sería mejor que intentar algo con una chica traumatizada.

—Asya —susurro—. Por favor, no lo hagas, cariño.

*Asya*

Mi cuerpo se pone rígido al oír las palabras de Pasha. Levanto la vista y veo que sus ojos me miran con preocupación. Solo un par de centímetros separan mi boca de la suya. Si soy rápida, quizá pueda robarle un beso rápido, aunque él no lo quiera.

Pero tan rápido como ese pensamiento entra en mi mente, otro le sigue. No, sé lo que es que te quiten algo contra tu voluntad. No puedo hacérselo a él.

—¿Por qué no? —pregunto—. No quieres bienes estropeados, ¿es esa la cuestión?







Los ojos de Pasha se agrandan y al instante siguiente su mano se dispara, agarrándome la barbilla.

—No vuelvas a decir eso —dice a través de los dientes—. Jamás.

—¿Entonces por qué, Pasha? ¿Es malo que quiera besarte? —Me inclino hacia su mano, con la intención de acortar la distancia que nos separa, pero él no me lo permite.

No dice nada, solo me mira fijamente, sus fosas nasales encendidas. Me pregunto si es consciente que, mientras me aparta de él con la mano izquierda, la derecha sigue acariciando mi mejilla. Suspiro y me enderezo, soltando su cabello.

El móvil de su bolsillo suena. Lo coge y se lo acerca a la oreja, escuchando lo que dice la persona que está al otro lado. Oigo la débil voz del otro lado. Es masculina y suena agitada, pero no entiendo lo que dice porque habla en ruso.

—Voy para allá —responde Pasha en inglés, luego baja el teléfono.

—¿Tienes que ir a trabajar?

—Sí. Me encargo de los asuntos del club de la Bratva. Volveré en un par de horas —dice—. ¿Estarás bien?

No quiero que se vaya, pero asiento de todos modos.

—He pedido algo de comida, la dejarán en la puerta principal. Si estás cansada de cocinar, pediré algo para ti en el restaurante de enfrente. —Me roza un lado de la barbilla con la punta del dedo—. Pero si quieres preparar algo para cenar y no te decides por qué, hay un portátil en la mesilla del dormitorio. Busca en Google platos rápidos y elige el primero que sepas hacer. ¿De acuerdo?

Vuelvo a asentir. No suelta mi barbilla. En cambio, sus dedos recorren mi mandíbula hasta la nuca, donde los entierra en mi cabello.

—He vaciado la cómoda del dormitorio, puedes poner ahí tu ropa nueva.

Se ha dado cuenta que me asusté al ver los trajes en su armario.

—¿De verdad necesitas irte?





—No tardaré mucho. —Mira el reloj de la pared—. Tengo que repasar unos papeles con Kostya antes que abra el club a las diez. Volveré a las diez y media.

—¿Puedes bajar el reloj?

Pasha me mira, y puedo ver la pregunta en sus ojos.

—Soy miope —le digo.

Su mano en mi nuca se mueve hacia mi barbilla y alza mi cabeza.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

Me encojo de hombros.

—¿Llevas gafas o lentillas?

—Gafas. Las lentillas irritan mis ojos.

Su otra mano acaricia mi rostro y desliza la palma hacia arriba, rozándome con los pulgares las cejas y luego la piel sensible de debajo de los ojos.

—Te compraremos unas gafas mañana, cuando vayamos al centro comercial.

Suelta mi rostro y se quita el reloj de pulsera.

—¿Funcionaría esto? —me pregunta.

Miro fijamente el caro reloj de oro que me ha puesto en la mano. Todavía está caliente por el contacto con su piel.

—Sí —me atraganto.

—De acuerdo. —Asiente—. Date una ducha. Tienes tres pares de pijamas, son todos iguales, así que no tienes que elegir. Guarda tu ropa nueva. Come. Espérame. En la cama, no en el suelo delante de la puerta.

Me bajo de su regazo y veo cómo se va, luego me dirijo al baño para darme una ducha.







\* \* \*

Agarro el reloj de pulsera que tengo en la mano. Las once y media. Llevo dos horas y media sentada en la cama, mirando esto, y cada minuto que pasa aumenta el pánico en la boca de mi estómago.

Hice todo lo que Pasha me dijo que hiciera en una hora, incluido preparar risotto con pollo. Fue el primer plato que apareció en mi búsqueda en Google. Hacer la comida era normalmente mi tarea en casa. Me gusta bastante cocinar, así que puedo preparar casi cualquier cosa excepto marisco. El tacto resbaladizo de este en mis manos siempre me daba escalofríos, así que Arturo se encargaba de eso. Mi hermano es un cocinero increíble y fue él quien me lo enseñó todo. También intentó convencer a Sienna para que aprendiera, pero mi hermana lo quemaba todo. Supongo que no podía cocinar y, al mismo tiempo, publicar docenas de fotos en las redes sociales.

Vuelvo a mirar el reloj. Faltan veinte para medianoche. ¿Dónde estará?





## CAPÍTULO 9



*Tres horas antes*

Todo el mundo está mirando. Los dos guardias de seguridad de la entrada trasera del club. La señora de la limpieza que pasa la fregona alrededor de las mesas. El camarero. Los ignoro a todos y subo las estrechas escaleras hasta la galería donde se encuentran nuestros espacios administrativos con vistas a la pista de baile.

Paso por delante de la sala donde dos agentes de seguridad están encorvados frente a las pantallas, mirando las imágenes de las cámaras, y entro en mi despacho. Kostya está sentado detrás de mi mesa, mirando el monitor y pulsando el ratón con rabia. Toda la mesa está llena de papeles. A un lado, hay dos tazas de café vacías y un bocadillo a medio comer con migas esparcidas por todas partes.

—Vaya cerdo. —Sacudo la cabeza.

—Elegiste el peor puto momento para tomarte vacaciones — masculla y sigue dándole al ratón—. Hay que renovar los contratos con los proveedores de licores. Dos camareras están enfermas y otra se va de baja por maternidad. El sistema de vigilancia se estropeó ayer dos veces. Me olvidé de pedir ... —Levanta la vista y me escanea de pies a cabeza—. ¿Quién coño eres y qué has hecho con Pavel?

Señalo con la cabeza el desorden de la mesa.

—Limpia esta mierda para que pueda sentarme a ver qué más has jodido.







—¿Vaqueros? ¿En serio? ¿Y una puta sudadera con capucha? — Levanta las cejas y se echa a reír—. Pasha, querido, ¿estás bien?

—Muy gracioso. Levántate.

—Yuri llamó —dice mientras recoge las tazas—. Han encontrado al tipo que suministraba esas pastillas. Lo está trayendo aquí.

—Bien. —Me siento y ordeno los contratos esparcidos por el escritorio. Algunos tienen manchas marrones redondas—. Espéralos abajo y llévate al tipo a la trastienda cuando lleguen.

—De acuerdo. ¿Seguro que no quieres que llame al médico para que te revise la cabeza?

—Vete a la mierda, Kostya.

Casi he terminado con el lío que ha montado Kostya cuando estalla un tiroteo en el piso de abajo. Saco mi arma del cajón y me precipito a la sala de vigilancia.

—¿Qué está pasando? —grito.

—Yuri y dos soldados llegaron hace dos minutos, arrastrando a un tipo con ellos. Esos vehículos llegaron tras ellos —dice el tipo de seguridad señalando a la pantalla en la que se ve el callejón trasero. Dos vehículos con cristales tintados están aparcados a la vuelta de la esquina—. Ocho personas salieron, mataron a los guardias y entraron en el club.

—Llama a Dimitri. Dile que necesitamos refuerzos y a Doc. Luego, ve abajo. ¡Ahora! —Corro hacia la puerta mientras los disparos siguen sonando abajo.

La pista de baile está cubierta de sangre. Tres hostiles han caído en el centro, y a medio metro, el cuerpo de un camarero está tendido con la cara en el suelo. Al otro lado de la sala, hay dos cuerpos más, probablemente los soldados que llegaron con Yuri. Kostya está agachado detrás de la barra, disparando a dos hombres cerca de la entrada. Apunto al primero y disparo a su cabeza. El otro se gira en mi dirección, pero cae cuando la bala de Kostya le alcanza en el cuello.

—¿El resto? —grito mientras bajo corriendo las escaleras.





—Salieron por detrás. —Kostya salta por encima de la barra y corre hacia el pasillo que conduce al almacén—. ¡Yuri está solo ahí dentro!

No oigo ningún disparo mientras corro tras Kostya. Eso no es bueno. Gira a la izquierda y lo sigo unos pasos por detrás. Irrumpimos en la trastienda al mismo tiempo, con las armas en alto.

Uno de los hostiles está tumbado en el suelo, cerca del armario metálico donde se guardan los productos de limpieza. A la derecha, hay dos hombres más. Uno está obviamente muerto, con un agujero en la frente. Hay una gran salpicadura roja en la pared sobre él. El que está a su lado sigue vivo, pero le han disparado en el muslo y el hombro. Camino hacia él recogiendo su arma y la de su camarada. Otro hombre con pantalones cargo y camisa a cuadros está tirado en medio del suelo, tiene varias heridas de bala en la espalda. Sus manos están atadas. Probablemente es el tipo que suministró las drogas.

—¡Yuri! —grita Kostya detrás de mí. Me giro y me invade un escalofrío.

Yuri descansa en el suelo de espaldas a la pared. Tiene todo el torso cubierto de sangre. Corro a arrodillarme junto a Kostya, quien se arranca la camisa y la presiona sobre la herida del estómago de Yuri. Yo también me quito la sudadera, la envuelvo y la aprieto contra la otra herida en medio del pecho de Yuri. La camisa blanca de Kostya sobre el estómago de Yuri ya está saturada, y la sangre se le escurre entre los dedos.

—¿Dónde coño está el médico! —ladro y agarro a Yuri por la nuca—. ¡Yuri! ¡Abre los ojos!

Sus ojos se abren lentamente, pero su mirada está desenfocada.

—Quédate con nosotros. Yuri. Viene el médico —grito.

Intenta decirme algo, pero su voz es demasiado débil.

—No. —Le aprieto el cuello—. Hablaremos cuando el médico te cure.

A mi lado, Kostya saca su teléfono y marca. Dios mío, hay mucha sangre. Paso con cuidado las manos por el pecho y los costados de Yuri y encuentro otra herida encima de la cadera.







—Joder. —Me quito frenéticamente la camiseta, presionándola sobre la herida—. Yuri, no. No cierres los ojos. Quédate con nosotros.

Respira entrecortadamente y levanta la mano para agarrarme del brazo, tirando de mí hacia él.

—Albaneses —dice junto a mi oído, luego tose—. Los he oído... hablar entre ellos.

Afloja el agarre de mi brazo y la mano de Yuri cae al suelo. Sus ojos azul oscuro siguen fijos en mí, pero parecen vidriosos. Dos chorros de sangre caen por la comisura de sus labios.

—¡Yuri! —grito en su cara—. ¡No te atrevas a morirte! ¡Yuri!

—Pasha —dice Kostya—. Se ha ido.

¡No! Yuri es responsable de darme la única familia que he conocido, la Bratva. No puede irse.

—¡Yuri! —Lo sacudo.

—Pavel, para —dice a mi espalda una voz áspera, y al alzar la vista me encuentro con Doc de pie.

—¡Llegas tarde! —grito.

—No hay nada que se hubiera podido hacer —dice Doc, señalando el suelo con la cabeza. Ha perdido demasiada sangre.

Acuesto lentamente a Yuri, me levanto y me dirijo hacia el extremo opuesto de la habitación. Agarrando al único albanés vivo por el cuello, le doy un puñetazo en la cara con todas mis fuerzas.

—¿Por qué? —pregunto, y vuelvo a darle un puñetazo—. ¿Por qué estabais aquí?

—Para deshacernos... de Davis —murmura.

Le doy otro puñetazo en la cabeza. Y otra vez.

—¡Pasha! ¡Es suficiente!

Ignoro los gritos de Kostya y sigo golpeando al hijo de puta mientras el olor a sangre invade mis fosas nasales. Alguien intenta apartarme, pero me los sacudo de encima y sigo atizando puñetazos en la cara del albanés hasta que lo único que queda de ella es un amasijo de sangre y carne roja.





Cuando termino, dejo caer el cuerpo al suelo y me dirijo hacia uno de los armarios. Saco dos manteles de lino blanco y los llevo donde está doc, arrodillado junto al cuerpo de Yuri. Utilizo uno para limpiar la sangre de la cara de mi amigo, luego cierro sus ojos y lo cubro cuidadosamente con el lino limpio.

—*Prashchay, bratan*<sup>2</sup> — digo, me doy la vuelta y me dirijo hacia la puerta, pasando a Kostya por el camino.

—Jesús, joder —masculla Kostya, mirando fijamente el cadáver del hombre al que maté con mis propias manos—. Voy a vomitar.

Al volver a mi despacho, cojo una botella de vodka del minibar, dándole un buen trago. Sabe aún peor de lo que recordaba. Me siento en el sillón junto al minibar y le doy otro trago. No recuerdo la última vez que me emborraché.

Alguien grita en la planta baja. Parece que ha llegado Roman. Levanto la botella y vuelvo a beber. Cinco minutos después, más ruido: algo se rompe. Parece que alguien está tirando muebles. Más gritos.

—¡Dimitri! —ruge Roman—. Llama a Angelina por teléfono. ¡Maldita sea, ahora!

Al parecer Sergei también está aquí. Me levanto, con la botella en la mano, y me dirijo hacia la pared de cristal para contemplar la escena. Sergei está de pie en medio de la pista de baile, agarrando con la mano un taburete de bar roto. Roman está frente a él, su mano extendida hacia su hermano, diciéndole algo a Sergei, quien parece que vaya a romperle el taburete en la cabeza a Roman en cualquier momento. Dimitri se acerca a ellos desde un lado, con un teléfono en su mano extendida. Sergei gira la cabeza hacia el teléfono y fija la mirada en el aparato. El taburete cae al suelo. Sergei coge el teléfono de la mano de Dimitri, se lo acerca al oído y escucha durante unos instantes. Después le devuelve el teléfono a Dimitri y se marcha.

Probablemente debería quedarme y ver si necesitan mi ayuda, pero no puedo soportar la idea. Yuri se ha ido. La mirada que me dirigió

---

<sup>2</sup> *Prashchay, bratan*: Adiós, hermano.







durante esos últimos segundos de su vida va a perseguirme el resto de mi vida. Sacudo la cabeza y me dirijo hacia la escalera de incendios.

Encuentro a Kostya apoyado en la pared cerca de la salida trasera. Me mira y luego mira la botella que tengo en la mano.

—¿Desde cuándo bebes alcohol? —pregunta.

—Desde hoy. —Inclino la cabeza hacia su coche—. Necesito que me lleves.

No hablamos durante la media hora que dura el trayecto hasta mi casa, ambos con la mirada fija en la calle que tenemos delante. Ha empezado a nevar otra vez, y me encuentro fijada en los copos blancos, cayendo del cielo. Supongo que a mí tampoco me gusta ya la nieve.

Cierro los ojos, me reclino en el asiento y bebo otro trago de la botella.

## *Asya*

La puerta se abre de golpe y exhalo aliviada. Ha vuelto. Un momento después, algo se estrella contra el suelo.

—¿Pasha? —grito.

Hay un par de segundos de silencio antes de oír su voz.

—Soy yo, Mishka. —Su voz suena extraña. Estrangulada.

Espero que entre en el dormitorio, pero no lo hace. Me quedo mirando la puerta abierta. Entonces, se oye un cristal romperse y un ruido sordo.

—¿Pasha?

Nada. Me tenso. Ha ocurrido algo. Tiro la manta, con la intención de ir a buscarlo, pero no me atrevo a moverme. Me ha pedido que lo espere en la cama. ¿Me quedo aquí? ¿O voy a ver qué ha pasado? No me decido.

—¿Pasha? —Llamo de nuevo. No responde.





Mis manos empiezan a temblar. Algo malo ha pasado. Lo sé porque esto no es propio de él. Me acerco al borde de la cama y los temblores de mis manos se intensifican mientras las náuseas suben por mi garganta. La sola idea de abandonar la cama me hace llorar. Agarro un puñado de las sábanas con los dedos, aprieto e intento tragarme la bilis. Finalmente, atravieso el dormitorio a una velocidad vertiginosa y me golpeo con el codo en la puerta. He calculado mal la distancia. Ignorando el dolor, irrumpo en el salón.

—¿Pasha?

La lámpara de la esquina está encendida, iluminando la habitación con un tenue resplandor crepuscular. La puerta principal está abierta por completo. La estrecha mesa cerca de la puerta donde Pasha deja las llaves está volcada en el suelo. No está a la vista.

Me dirijo hacia la consola volcada y noto algo húmedo y pegajoso en el suelo bajo mis pies descalzos. Sé que el interruptor de la luz está cerca, así que empiezo a palpar la pared con la palma de la mano. Mi vista empeora cuando no hay suficiente luz. Tanto el interruptor como la pared son blancos, lo que dificulta su localización. Cuando lo encuentro, enciendo las luces y miro a mi alrededor.

Pasha está sentado en el suelo de la cocina, con la espalda apoyada en la puerta del horno. Tiene los ojos cerrados. Hay trozos de cristal por todas partes y el aire huele a alcohol.

—¿Pasha?

Abre los ojos y ladea la cabeza, mirándome.

—Siento llegar tarde.

Con cuidado de no pisar cristales, cruzo la cocina y me agacho entre sus piernas. No parece él mismo. Tiene el cabello revuelto y solo lleva vaqueros. Su pecho desnudo está salpicado de lo que parece sangre seca. Y no me cabe duda que está borracho. Alargo la mano y acaricio su rostro.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunto.

Cierra los ojos y se inclina hacia delante hasta que su frente toca la mía.







— Alguien murió, Mishka —susurra.

Muevo las manos por su cabello rubio oscuro. Uno de los mechones sigue cayendo hacia delante, sobre su ojo.

— ¿Quién? — intento apartar ese mechón, pero acaba de nuevo sobre su rostro.

— Yuri. Uno de los ejecutores de la Bratva. Un amigo.

— ¿Qué pasó?

— Hace tres semanas, pillamos a un tipo traficando con drogas, pastillas en nuestro club. Era la misma sustancia que se usó contigo. Yuri encontró al hombre que suministraba las pastillas y lo trajo al club para interrogarlo.

— ¿Conseguiste algunas respuestas?

— No. Un grupo de hombres les siguieron y cargaron dentro, disparando. Mataron a cinco de nuestros hombres y luego fueron a la parte de atrás, donde Yuri se encontraba con el prisionero. —Sacude la cabeza—. Mataron a los dos.

— Lo siento mucho —susurro y me inclino hacia delante, depositando un beso en el centro de su frente—. Lo siento muchísimo.

Entonces me mira, con los ojos tan juntos, y cuando me fijo en los suyos, el corazón me da un vuelco. Siento como si tuviera una mariposa atrapada en el pecho. Quiero besarlo o consolarlo como sea. Como él hizo conmigo. Pero no sé si lo aceptará. Así que, en lugar de eso, me limito a rozarle la mejilla con el dorso de los dedos.

— Vamos a la cama, Pasha.

Respira hondo y se levanta lentamente, arrastrándome con él. Cuando los dos estamos de pie, mira el suelo de la cocina cubierto de fragmentos de cristal.

— Mierda. Por favor, dime que no te has cortado.

— Estoy bien. Vamos.

La mirada de Pasha se posa en mis pies descalzos.

— Pisa encima de mis dedos.

— ¿Por qué?





—No creo que sea prudente llevarte mientras estoy en este estado, Mishka.

Estoy a punto de decir que puedo volver sola, pero cambio de opinión. Rodeando la cintura de Pasha con mis brazos, coloco mi pie derecho sobre su zapato, luego el izquierdo. Su mano izquierda se desliza hasta mi espalda, apretándome más contra su cuerpo.

—Iremos despacio —dice—. Agárrate fuerte.

—Vale —murmuro, apretando la mejilla contra su pecho. Probablemente acabe con la cara manchada de sangre, pero no me importa.

Pasha se agarra al lateral del mostrador con la mano libre y da un paso adelante. Luego uno más. Me mantengo pegada a su cuerpo mientras atraviesa la cocina. Los fragmentos de cristal se rompen bajo las suelas de sus zapatos a cada paso. Cuando llegamos al salón, apoya la palma de la mano en la pared y me mira. No hay cristales tan lejos de la cocina, pero no quito los pies sobre los suyos. En lugar de eso, le estrecho más la cintura. Algo pasa entre nosotros, como un intercambio sin palabras. Me dice en silencio que puedo soltarlo, pero yo le respondo que no lo haré, aunque ya no sea necesario abrazarlo. Como si reconociera mi respuesta tácita, Pasha asiente y reanuda nuestro camino hacia el dormitorio.

Cuando llegamos a la cama, suelto su cintura y me meto bajo las sábanas. Levanto una esquina del edredón y acaricio la almohada junto a mi cabeza. Pasha me observa unos instantes, luego se quita los zapatos y se desliza bajo las sábanas a mi lado.

—Háblame de tu amigo —le digo y me acurruco a su lado—. ¿Cómo era?

—Conocí a Yuri hace diez años. Vino a uno de mis combates. Cuando terminó el combate, se acercó a mí y me preguntó si me gustaría concentrar mi energía y mis habilidades en otra cosa.

—¿Peleas? —pregunto.

La silenciosa pausa dura casi un minuto.

—Antes de unirme a la Bratva, ganaba dinero luchando en combates clandestinos —dice finalmente. No puedo ver su cara, pero







tiene la voz entrecortada. ¿Le preocupa que piense mal de él por su forma de ganarse la vida?

Aprieto la mano en el centro de su pecho y entierro la cara en su cuello.

—¿Yuri te reclutó para la Bratva?

—Sí. Estaba a cargo de los soldados rasos. Tres años después, cuando mataron al que dirigía los clubes, el Pakhan me ascendió al puesto, diciendo que mis trajes de tres piezas ponían nerviosos a los demás soldados. Pero Yuri siempre estaba cerca, molestándome para que saliera con los chicos. Decía que tenía que relajarme.

—¿Y lo hiciste? ¿Seguiste su consejo?

—No. No soy una persona muy sociable, Mishka.

Sí. Yo también tengo esa impresión. Muevo mi mano y enhebro mis dedos entre el cabello de su nuca. Me viene a la mente una melodía. 'The Rain Must Fall', de Yanni<sup>3</sup>. Lenta y triste. Tranquila. Tarareo la melodía mientras paso mis dedos por el pelo de Pasha.

—¿Por qué me dejaste quedarme aquí? —le pregunto.

Pasha suspira y apoya la barbilla en mi cabeza. —No lo sé. ¿Por qué querías quedarte?

Llevo semanas haciéndome esa pregunta.

—Yo tampoco lo sé.

---

<sup>3</sup> [The Rain Must Fall de Yanni](#)





## CAPÍTULO 10

— Asya —

La puerta del ascensor se cierra ante mí e intento desesperadamente controlar el pánico que me invade. Fracaso estrepitosamente.

—No me sueltes la mano —susurro mientras la bilis me sube por la garganta.

—No lo haré —dice Pasha a mi lado.

Se oye un ding, señal que hemos llegado a la planta baja del centro comercial. Las puertas se abren. En el momento en que veo gente alrededor, doy un paso atrás. La mano de Pasha sale disparada hacia un lado, pulsando el botón para cerrar la puerta.

—Puedes hacerlo, Mishka —dice—. Pero si no estás preparada, lo intentaremos la semana que viene.

No, no estoy preparada. No creo que lo esté nunca. Pero lo voy a hacer de todos modos. Y lo voy a hacer hoy.

—Abre la puerta, por favor —exclamo entrecortadamente apretando la mano de Pasha.

El primer minuto es el peor. Es temprano, así que el centro comercial no está lleno de gente, pero aun así, siento que me asfixio por estar aquí. La visión de la gente en un espacio tan cerrado, los sonidos que emiten, sus miradas... todo parece demasiado. Pasha aprieta mi mano y da un paso adelante.

Alguien ríe. Están más lejos, al final del pasillo, pero parece que están a mi lado. El sonido de pies golpeando el suelo y una charla aleatoria resuenan en mis oídos. Cierro los ojos y contengo la respiración.







Siento un ligero toque en mi rostro, la punta del dedo de Pasha recorriendo la línea de mi mandíbula. Respiro de nuevo y abro los ojos. Está de pie frente a mí, bloqueando la vista de la multitud con su ancha figura.

—Está bien, cariño —me dice—. Nadie puede hacerte daño cuando estoy aquí. Solo mírame a los ojos.

Lleva su mano a mi nuca y da un paso atrás, arrastrándome con él. Sin soltar su mirada, doy un paso adelante. Sus labios se curvan hacia arriba. Da otro paso, y luego uno más. Lo sigo. Sigo oyendo a la gente, pero los sonidos ya no me molestan tanto porque toda mi atención se centra en el hombre que tengo delante.

No creo que nadie pueda decir que Pasha es guapo. Las líneas de su rostro son demasiado duras. Su ceja derecha está partida en dos por una fina cicatriz. Su nariz es demasiado ancha y está ligeramente torcida. No parece un hombre al que quisieras invitar a una cita, sino más bien alguien a quien querrías tener a tu lado cuando caminas por un callejón oscuro. Aunque, si alguien me preguntara cómo debería ser un hombre perfecto, señalaría al que tengo delante.

Dos pasos más. Igualo su paso. Por el rabillo del ojo, veo que la gente mira en nuestra dirección con expresión asombrada. Varios pasos más, y Pasha se detiene.

—Hemos llegado. —Pasha señala con la cabeza la tienda que hay a su derecha.

Lanzo una rápida mirada a un lado. Es la óptica.

—¿Quieres entrar ahora o prefieres que volvamos más tarde? —pregunta.

—Ahora. —Asiento y doy otro paso hacia él, pegando mi cuerpo al suyo.

Su mano se desliza desde mi cuello hasta mi cabello, y puedo sentir el calor de su cuerpo filtrándose en el mío. Quiero más, necesito más. Levanto mi mano y la coloco en el centro de su pecho. La gente pasa a nuestro lado, algunos refunfuñan porque estorbamos, pero ninguno de los dos se mueve. Pasha inclina ligeramente la cabeza y yo contengo la





respiración, preguntándome si va a besarme. Pero no lo hace. En lugar de eso, suelta mi cabello y se aleja un paso.

—Vamos a buscarte unas gafas —dice y se dirige al interior de la tienda.

\* \* \*

Estoy junto a Pasha, que da su dirección al dependiente para que me entreguen las gafas nuevas cuando estén listas, cuando un hombre entra en la tienda y se dirige al estante de las gafas de sol. Lleva un teléfono en la oreja, hablando con alguien. Mis ojos recorren su pantalón de vestir y su camisa blanca y se detienen en su corbata roja brillante. Debería apartar la mirada. Volverme y concentrarme en otra cosa. Pero no puedo. Es como si tuviera los ojos pegados a la tela roja que rodea su cuello. La corbata que me puso el cliente era roja. Me muerdo el labio inferior hasta que duele y aprieto la mano de Pasha.

—¿Mishka? ¿Te encuentras bien?

Cierro los ojos, tratando de suprimir el recuerdo de mi cuerpo aplastado contra la cama mientras arañé desesperadamente la corbata alrededor de mi cuello. Mi respiración se acelera. Más superficial. No puedo respirar lo suficiente. Siento que me ahogo.

—¿Asya? —Pasha envuelve su brazo alrededor de mi cintura y se da la vuelta, siguiendo mi mirada. El tipo de la corbata sigue de pie junto al estante de las gafas de sol, ojeando el expositor.

—Espera aquí, cariño —me dice Pasha pegado a mi oído y, soltándose de mí, camina hacia el hombre.

Pensé que le pediría que se fuera. En lugar de eso, Pasha agarra al hombre por detrás de la camisa y lo empuja hacia la puerta. El hombre se agita y grita. Pasha no le hace caso, retuerce su brazo a la espalda y continúa empujándolo hacia la salida. La empleada de la tienda que tengo detrás suelta un grito mientras coge el teléfono, probablemente para llamar a seguridad. Aprieto las manos, odiándome por ser tan débil, luego respiro hondo para salir de la tienda y dirigirme hacia Pasha, donde sigue agarrando al hombre por la camisa.







—Pasha —susurro, rodeándole el antebrazo con la mano—. Por favor.

Me mira, suelta al tipo y lo empuja. El hombre tropieza y se da la vuelta, profiriendo obscenidades en nuestra dirección. Pasha da un paso hacia él, pero sujeto su brazo con más fuerza.

—Por favor, no —le digo—. Volvamos.

Se queda mirando al hombre de la corbata unos segundos más antes de cogerme de la mano y llevarnos por el pasillo hacia los ascensores.

Cuando pasamos por delante de un restaurante, mis ojos se posan en el pequeño objeto que hay sobre la plataforma elevada, más allá de la entrada del establecimiento. Me detengo en seco, mis pies parecen clavados en el suelo, y miro fijamente el instrumento.

## *Pavel*

Observo lo que ha llamado la atención de Asya y mis ojos se posan en el piano que hay junto a la pared. Es una de esas versiones diminutas, un piano de cola de madera blanca. Tiene la tapa abierta y sobre el atril, encima de las teclas, hay algunas partituras. El asiento que hay delante está desocupado.

Asya da un tímido paso hacia la plataforma y se detiene un segundo. Al momento siguiente se precipita hacia delante, arrastrándome con ella. Cuando llega al piano, suelta mi mano y se sienta en el banco frente al instrumento. Permanece allí sentada durante al menos cinco minutos con los ojos pegados a las teclas. Yo permanezco cerca de ella, girado de forma que pueda vigilarla sin perder de vista el entorno, por si a alguien se le ocurre la estúpida idea de acercarse y pedirle que se vaya. Uno de los camareros levanta la vista y da un paso en nuestra dirección. Cruzo los brazos y me giro hacia él, retándole con la mirada a que diga algo. El hombre me mira, pero rápidamente vuelve a lo que estaba haciendo. Me alegro por él.





Una sola nota grave suena a mis espaldas. Le sigue otra. Unos segundos de silencio y luego empieza una melodía. Mi cuerpo se queda inmóvil mientras una combinación de tonos graves se desarrolla a mis espaldas a un ritmo lento. La melodía me suena. Es una pieza clásica popular, pero no recuerdo cuál. Quiero darme la vuelta y verla tocar, pero temo distraerla. En lugar de eso, permanezco en guardia, observando a la gente de las mesas que nos rodean. Todos han dejado lo que estaban haciendo, han abandonado sus comidas y miran en dirección a Asya. La melodía termina, pero ella continúa con otra. La conozco. Es 'El vuelo del abejorro'. Increíblemente rápido. Incluso para el oído de un profano, está claro que no es una aficionada.

No puedo resistir más el impulso. La necesidad de verla tocar es demasiado fuerte, así que me doy la vuelta y la contemplo. Puede que solo lleve unos simples vaqueros azules y una blusa azul marino, pero me siento como en una maldita sala de conciertos, viendo a la pianista estrella dando un espectáculo. La forma en que sostiene su cuerpo, los movimientos de sus manos volando con elegancia sobre las teclas y la seguridad de su postura son impresionantes. Pero lo que más me sorprende es la expresión de su rostro. Alegría. Euforia. Felicidad. Está sonriendo tan ampliamente que parece que todo su ser está brillando. No puedo moverme. Apenas puedo respirar. Verla así es como si la estuviera descubriendo por primera vez. No hay nada en común entre esta maestra y la chica asustada a la que dejé quedarse en mi casa, la que todavía me sigue por el apartamento, agarrando el dobladillo de mi camisa con la mano.

La rabia me hierve por dentro al pensar que esta parte de ella está asfixiada. Voy a hacer pagar a quienes quebraron su espíritu. Con sangre.

Asya termina la melodía y levanta la vista, sus ojos encuentran los míos. Los aplausos estallan a nuestro alrededor. La gente clama, pide más. Ella ignora el ruido, se levanta lentamente y camina hacia mí sin romper el contacto visual.

—No me habías dicho que sabías tocar el piano. —Alargo la mano y retiro unos mechones de su rostro. Sigue de pie sobre la plataforma, lo que hace que estemos casi a la misma altura.







Asya se encoge de hombros y da otro paso adelante, pegando su frente a la mía. Nuestros rostros apenas se separan unos centímetros.

—¿Qué pieza era? —pregunto—. La que tocaste primero.

—Beethoven. —Levanta la mano y traza la línea de mi mandíbula con la punta del dedo—. Se llama 'Sonata Claro de Luna'. Me recuerda a ti.

La luz procedente de la ventana a nuestra derecha hace brillar su cabello. Una pequeña sonrisa se dibuja en sus labios. Lucho contra el impulso de hundir las manos en su melena oscura y aplastar mi boca contra la suya.

—Deberíamos irnos —digo, pero no hago ademán de apartarme—. Es casi mediodía. Va a haber mucha gente.

La mano de Asya se desliza desde mi rostro, rozando la manga de mi chaqueta hasta que sus dedos envuelven los míos. Su piel es tan suave comparada con la aspereza de mi mano.

—¿Podemos volver mañana? —me pregunta mirándome a los ojos—. He echado de menos tocar.

Como si pudiera decirle que no cuando me mira así.

—Por supuesto, Mishka.

Una enorme sonrisa se dibuja en su rostro, haciéndome sentir bañado en su calor. Quiero más de eso. Más de ella. Alargo la mano y la pongo en sus caderas.

—¿Quieres subir?

Ladea la cabeza, mirándome.

—Parece que acaba de llegar un grupo de negocios —miento, y luego hago un gesto con la cabeza hacia el lado izquierdo del pasillo—. Acaban de entrar en una de las tiendas.

La mano de Asya aprieta la mía y al instante salta a mis brazos. Sus piernas rodean mi cintura y hunde la nariz en el pliegue de mi cuello. Ignoro las miradas de la gente que nos rodea, me doy la vuelta y me dirijo hacia los ascensores, sosteniendo a Asya con una mano bajo sus muslos y el otro brazo alrededor de su cintura, estrechándola contra mi cuerpo.





Debería sentirme mal por haberle mentado, pero no lo hago. La satisfacción que siento al tener su cuerpo apretado contra el mío supera cualquier remordimiento que pudiera tener. Sé que es egoísta, pero me da igual.







## CAPÍTULO 11

— Asya —

En el frigorífico hay dos cartones de leche. La normal y una sin grasa. Pasha suele comprar solo la leche normal. Aprieto el tirador del frigorífico y miro los cartones que están ahí, tan inocentemente, en la estantería. Se burlan de mí.

¡Es jodida leche!

Una mano acaricia la parte baja de mi espalda.

— ¿Problemas con la leche?

— Sí — digo, mirando fijamente a las malditas cosas —. ¿Había una oferta especial de dos por uno de leche en la tienda?

— No. Esta vez también he comprado desnatada por si te gusta más que la otra. — Pasha se coloca detrás de mí y roza mi codo, luego desliza su mano por mi antebrazo hasta que su palma presiona el dorso de mi mano. Lentamente, me levanta la mano hacia la estantería donde están los cartones de leche —. ¿Cuál quieres?

— No lo sé.

— Por supuesto que sí. — Mueve la mano un poco más hasta que mis dedos tocan la parte superior del primer cartón —. Nunca me ha gustado la leche desnatada. Sabe casi a agua. ¿Y a ti?

— Tampoco me gusta la desnatada. — Suelto sin pensar realmente en ello.

— Ya está. No era tan difícil. — Mueve mi mano hacia la otra opción de leche —. Nos quedamos con esta. También puedes prepararme unos cereales de avena.





Su mano se retira, dejando la mía suspendida justo encima de la caja de cartón. Lo cojo y lo saco de la estantería.

—La última vez que lo comimos, dijiste que sabía a cartón.

—Estoy dispuesto a darle otra oportunidad.

Me doy la vuelta y lo miro, disfrutando de contemplarlo claramente a través de mis nuevas gafas sin tener que entrecerrar los ojos para enfocar. La capacidad de captar cada línea del rostro de Pasha supera la satisfacción de poder ver todo lo demás a mi alrededor con sorprendente detalle.

Algunos mechones de su cabello mojado caen sobre su frente. Intento apartarlos, pero siguen deslizándose sobre sus ojos.

—Necesitas un corte de pelo —le digo mientras lo intento una vez más.

Pasha ladea la cabeza, mirándome, y saca un cajón de la izquierda. Sus ojos permanecen fijos en los míos mientras rebusca en el cajón y saca unas tijeras, colocándolas sobre la encimera. Son enormes, con mangos de plástico blanco. Las uso para abrir paquetes de pasta y otras cosas.

—Eso son tijeras para cortar papel —digo, mirándolas fijamente.

—Lo sé.

Quiere que le corte el pelo. Vuelvo a dirigir mi mirada hacia sus llamativos ojos grises.

—Nunca le he cortado el pelo a nadie, Pasha. ¿Y si lo estropeo? ¿No tienes un peluquero o un barbero que pueda peinarte?

—Sí. Pero me gustaría que lo hicieras tú —dice y roza mi mejilla con el dorso de su mano —, ¿lo harás?

El corazón me da un vuelco. Dejo la leche en la encimera y cojo las tijeras. Pasha se da la vuelta y sale de la cocina. Dos minutos después vuelve con una silla en una mano y mi peine rosa en la otra. Coloca la silla en medio de la cocina y se sienta de espaldas a mí.

Camino hacia él sobre piernas temblorosas mientras mi corazón se acelera al máximo. Cuando estoy detrás de él, levanta la mano y me tiende el peine. Me muerdo el labio inferior, acepto el peine y empiezo a pasarlo por los mechones rubios oscuros. No tiene el pelo muy largo, solo







tendría que recortarle la parte de arriba de la cabeza que le ha crecido un poco. Sin embargo, en lugar de empezar el corte, sigo cepillándole el pelo. Pasha no mueve ni un músculo, pero oigo su fuerte inhalación cuando uso la otra mano y paso los dedos por entre los mechones. Levanto algunos de los pelos más largos, corto medio centímetro y sigo pasando los dedos.

—Necesito salir unas horas —dice con voz entrecortada e inclina ligeramente la cabeza hacia atrás, más cerca de mi toque—. Al funeral de Yuri.

—De acuerdo. —Asiento y hago otro corte.

—Necesitaré ponerme un traje. Me cambiaré en la otra habitación. Puedes quedarte en el dormitorio hasta que me haya ido.

Inclino ligeramente la cabeza e inhalo su aroma antes de pasar la mano por el siguiente mechón de cabello.

—¿Estabais muy unidos? ¿Tú y tu amigo?

No responde de inmediato. Cuando observo su rostro, veo que tiene los ojos cerrados y los labios apretados en una fina línea.

—En cierto modo —dice finalmente.

Termino el último corte y dejo las tijeras y el peine sobre la encimera. Pasha sigue sentado con los ojos cerrados. Me inclino hacia delante, apoyo la barbilla en su hombro y rozo su mejilla con la mía.

—Siento mucho que hayas perdido a tu amigo.

Su mano sube y acaricia mi mejilla.

—Todo el mundo se va, Mishka. De una forma u otra —dice, acariciándome un lado de la cara con el pulgar. Es solo cuestión de tiempo.

Lo miro mientras se levanta y sale de la cocina, llevando la silla consigo. Había un tono muy extraño en su voz cuando dijo esa última frase. Como si se refiriera no solo a su amigo muerto.





## CAPÍTULO 12



Odio los funerales.

Supongo que todo el mundo lo odia, pero a mí me perturban a un nivel fundamental. Las expresiones en las caras de la gente. El dolor. El llanto.

Cuando empiezan a bajar el ataúd de Yuri y su hermana se derrumba, cayendo de rodillas sobre el suelo embarrado, no puedo soportarlo más. Me doy la vuelta y me dirijo hacia el aparcamiento mientras a mis espaldas resuenan llantos y gemidos de dolor. Incluso cuando estoy en mi coche, conduciendo de vuelta a casa, todavía puedo oírlos en los recovecos de mi mente. El que aún no tengamos pruebas claras de quién está detrás del ataque lo hace aún más difícil de procesar.

Al tocar el timbre en mi afán por oír a Asya bordeando para abrir la puerta del apartamento, me doy cuenta que aún llevo puesto el traje. Llevo un abrigo negro por encima, pero es posible que siga molestando a Asya. Pensaba llevarme un cambio de ropa, pero se me ha olvidado. Si hace unos meses alguien me hubiera dicho que me preocuparía no tener a mano unos vaqueros y una camiseta, me habría reído en su cara. Desde la llegada de Asya, mi aversión a los vaqueros se ha disuelto. Sé que es porque llevar ropa informal en lugar de trajes la ayuda, así que ya no me molesta la idea de unos Levi's hechos jirones.

Retiro la mano, me quito el abrigo y me desabrocho la chaqueta del traje. Solo cuando me quito la chaqueta, el chaleco y la camisa, vuelvo a coger el timbre. Una fracción de segundo después, pienso que debería haber usado la llave. Demasiado tarde.







Asya abre la puerta por completo. Sus ojos se abren desmesuradamente cuando su mirada recorre mi pecho desnudo y se detiene en la mano que sujeta la ropa amontonada. Lentamente, me coge la otra mano y me lleva dentro.

—Te vas a morir de frío. —murmura mientras camina hacia el salón y le sigo.

Cuando llegamos al sofá, me empuja ligeramente para que me siente y desaparece de mi vista. Tiro el fardo de ropa al otro extremo del sofá y miro sin rumbo la pantalla en blanco del televisor. Aún no puedo quitarme de la cabeza la imagen de la hermana de Yuri hundiéndose de rodillas en el barro.

Un ligero toque en el hombro me saca de mi aturdimiento cuando Asya se planta delante de mí. Lleva una camiseta y una sudadera gris en la mano. No dejo mi ropa tirada por ahí. Habría tenido que entrar en el vestidor para traérmelas. Donde están mis trajes. Tomo la camiseta y me la pongo. Una vez me he puesto la sudadera, Asya se sube a mi regazo y rodea mi cuello con sus brazos.

—¿Ha ido mal? —pregunta junto a mi oreja.

Apoyo la mano en su nuca, enrosco los dedos en su cabello e inhalo.

—Sí.

—¿Averiguaste algo más sobre quiénes eran los agresores?

—No. Justo antes de morir, Yuri dijo que eran albaneses, pero no tenemos más información. El tipo que suministró las drogas está muerto. Sin otras pistas, no podemos hacer ninguna conexión.

Me agarra con fuerza. Noto cómo su pecho se alza mientras respira hondo y empieza a susurrar.





*Asya*

—El tipo que me secuestró no era albanés. Al menos, no creo que lo fuera. —digo. Mi voz está temblando.

—Mishka, no. —Pasha coloca su mano en mi mejilla—. No necesitas hablar de ello si no quieres.

—Estaba en un pub con mi hermana —continúo—. Usamos carnets falsos para entrar. Lo único que queríamos era ir a bailar. Un tipo se nos acercó. Era muy guapo. Carismático. Nos hizo reír a las dos. No tenía acento, me habría acordado si lo tuviera. Sienna decidió irse a casa temprano, tenía Pilates a la mañana siguiente. Yo me quedé.

—¿No tenías guardaespaldas contigo?

—No. Salimos a hurtadillas de casa y cogimos un taxi hasta el pub. Arturo siempre se enfurecía cuando hacíamos eso.

Su dedo baja hasta trazarme la barbilla.

—Pensaba que era gracioso. El tipo ese —digo—. Dijo que se llamaba Robert. Hablamos durante una hora, y cuando le dije que necesitaba irme a casa, se ofreció a acompañarme fuera para coger un taxi. Me pareció muy caballeroso.

Casi me hace reír lo estúpida que fui.

—Me pasó algo por la cara. Un trapo húmedo con un olor fuerte. Intenté alejarme, luchar contra él. Era más grande que yo. Más fuerte. Poco después perdí el conocimiento.

Mi voz tiembla. Cierro los ojos, deseando seguir adelante.

—Volví en sí en medio de la oscuridad. Estaba tendida en el frío suelo y él estaba arrodillado sobre mí, desgarrándome el vestido. Grité e intenté luchar contra él, pero mi mente seguía confusa. Entonces lo sentí entre mis piernas. —Aprieto los brazos alrededor del cuello de Pasha y entierro la cara en él. Su cuerpo está completamente inmóvil, excepto su







pecho, cuyo movimiento se debe a su respiración rápida y superficial—. Dolió. Me dolió mucho. Era mi primera vez.

Siento sus brazos envolverme por detrás y presionarme contra su cuerpo. Me pone enferma, hablar de esto, pero ahora que he empezado, no puedo parar. Como si anhelara salir de mí.

Me congelé. No podía mover los brazos ni las piernas; era como si me hubiera quedado paralizada súbitamente.

La sensación de impotencia absoluta, el horror que sentí en ese momento ... Creo que nunca podré olvidarlo.

—Después ...Conseguí zafarme de él y corrí hacia la calle. Corrí tan rápido como pude. Pero me atrapó. Y luego me drogó —digo—. Me desperté sola en una habitación extraña. Estaba muy asustada.

Los brazos alrededor de mi cuerpo se tensan, y siento su mano acariciando mi espalda, igual que aquella primera noche.

—Había una mujer. Dolly. Ella fue la que nos dio a mí y a las otras chicas las pastillas. Y las traía dos veces al día. También era la que daba instrucciones a las chicas y concertaba las citas con ...clientes. —Inclino la cabeza hacia arriba hasta que mis labios se acercan a su oído y susurro—. No me resistí. Dejé que me drogaran y que hicieran lo que quisieran conmigo. ¿Qué clase de persona miserable y asquerosa hay que ser para permitir eso?

La mano de Pasha se acerca a mi nuca y levanta mi cabeza hasta que nuestros ojos se encuentran.

—Una mujer joven e inocente que sufrió abusos tan violentos que su mente se apagó en un intento por protegerla. Pero luchó. Escapó. Sobrevivió. No fue otra persona quien te salvó. Lo hiciste tú misma.

—No me hace sentir menos repugnante.

—No digas eso, pequeña. —Se inclina hacia delante y me deposita un beso en la frente—. Encontraré a la gente que te hizo daño. Y gritarán pidiendo clemencia mientras los destrozo como intentaron destrozarte a ti. Sus muertes no serán rápidas.

Mis pensamientos se retuercen mientras asimilo sus palabras. ¿Los quiero muertos? Imagino a Robert suplicando por su vida. Siento cómo la





bilis sube por mi estómago. Pero, ¿no supliqué yo también? ¿Y qué hay de las otras chicas? Ahora, mientras imagino los gritos de Robert pidiendo clemencia, una pequeña sonrisa se dibuja en mis labios.

—¿Puedo mirar? —pregunto vacilante, a la vez temiendo y deseando la idea.

—Cada segundo, Mishka.

Bajo la cabeza hacia el pecho de Pasha y lo rodeo con mis brazos. La incertidumbre y la cautela me consumen.

—Tengo miedo —susurro—. Tengo miedo que vuelva a repetirse. No sé si alguna vez podré salir a la calle y caminar sola sin estremecerme cada vez que alguien pase cerca de mí.

—Lo harás. —Continúa acariciándome el cabello—. Te lo prometo.







## CAPÍTULO 13

— Asya —

—Espero que me dejen tocar otra vez —digo caminando junto a Pasha hacia el coche.

Mi ansiedad se disparaba cada vez que pensaba en volver al centro comercial y estar entre toda esa gente, el ruido y rodeada de todos esos olores. Los recuerdos me hacían estremecer. Pero también recordaba la sensación de libertad absoluta que me embargaba cuando ponía los dedos en las teclas después de tanto tiempo sin música. Toda la emoción, la alegría y la felicidad que creí que nunca volvería a sentir regresaron de golpe. He conseguido reprimir la necesidad de volver a tocar durante los últimos cinco días, pero ahora lo ansío.

Esta mañana he cedido y le he pedido a Pasha que me llevara.

—¿Cuándo empezaste a tocar? —pregunta mientras enciende el motor.

—Tenía cinco años. Arturo buscaba una forma de distraernos a mí y a mi hermana de lo que les había sucedido a nuestros padres, así que le pidió a un vecino, que tenía un piano, que nos diera clases. —Es difícil pensar en mi hermano y mi hermana, sabiendo lo preocupados que deben estar, pero la idea de enfrentarme a ellos todavía me deja con un pánico que hiela hasta los huesos.

—¿Qué pasó con tus padres? —pregunta.

—Hubo una redada en uno de los casinos donde trabajaban. Alguien sacó un arma y disparó a la policía. Entonces, todo se fue al infierno. Esa noche murió mucha gente.





—¿Ambos murieron?

—Sí. —Cierro los ojos y me relajo en el asiento—. Ni siquiera puedo recordarlos muy bien. Hay fotos, claro, así que sé qué aspecto tenían. Pero no puedo recordar detalles sobre ellos, y si lo hago, son borrosos. Recuerdo que mi madre nos cantaba todas las noches antes de acostarnos, pero no recuerdo la canción.

Pasha roza mi mejilla con el dorso de su mano y yo me inclino hacia él. En un momento me toca suavemente y al siguiente desaparece. Cuando abro los ojos, está poniendo el coche en marcha.

—Sé lo que quieres decir —dice mientras sale marcha atrás del aparcamiento—. Yo tampoco recuerdo a mis padres.

—¿También murieron?

—Quizá. Puede que no.

Observo su duro perfil, preguntándome si me dará más detalles. No lo hace, sigue conduciendo en silencio. Miro la mano que sujeta la palanca de cambios y veo que la agarra con fuerza. Acaricio sus nudillos blancos con la punta de los dedos hasta que noto cómo se afloja.

—Tocas profesionalmente? —pregunta al cabo de un rato.

—No, la verdad es que no. Toqué en el colegio un par de veces, normalmente cuando teníamos alguna celebración. La música siempre ha sido algo personal para mí. Decidí tomarme un año sabático después del instituto para averiguar qué quería hacer después. Pensé en matricularme en un conservatorio de música, pero eso fue... antes.

—¿Todavía quieres?

Miro la carretera más allá del parabrisas.

—No lo sé.

\* \* \*

El ascensor hace ding. Aprieto la mano de Pasha e intento controlar mi respiración. Las ganas de pedirle que regresemos chocan con la necesidad de volver a sentir las teclas bajo mis dedos. Las puertas se







abren. Pasha sale, se vuelve hacia mí y me coge las dos manos con una de las suyas.

—Respira. Iremos despacio —dice y da un pequeño paso hacia atrás—. Yo estoy aquí. Nadie se atreverá a tocarte, Mishka.

Asiento y salgo del ascensor.

Hay más gente en los alrededores que la vez anterior. Una multitud de imágenes y sonidos abruman mis sentidos: luces, risas, pasos, niños corriendo mientras sus padres intentan frenéticamente acorralarlos. Cierro los ojos.

La áspera mano de Pasha acaricia mi mejilla y su grueso brazo me rodea la cintura.

—No pasa nada, cielo.

Abro los ojos y respiro hondo. Engancho los dedos en las trabillas de sus vaqueros y lo miro. Tiene la cabeza inclinada, a escasos centímetros de la mía.

—Te gusta la música —dice—. Hagamos de esto un baile. Casi como un vals, ¿no?

No puedo evitar sonreír un poco.

—La gente se reirá de nosotros, Pasha.

—Me importa una mierda.

Da un paso atrás y lo sigo. Luego otro. Y otro más. Me siento como en un extraño baile, él abrazándome y caminando hacia atrás y, de repente, me entran ganas de reír. Y lo hago. La gente a nuestro alrededor debe pensar que estamos locos, pero no me importa. Mantengo mi mirada pegada a la de Pasha mientras lo sigo, riendo. Es tan bueno volver a sentir alegría. Me observa con una pequeña sonrisa en su rostro y mueve su pulgar hacia mis labios, acariciándolos.

—Me gustaría que te rieras más a menudo —dice.

—Lo intentaré.

Cuando llegamos al restaurante donde se encuentra el piano, levanta lentamente la mano de mi cara. Me giro hacia la esquina donde debería estar el piano y se me borra la sonrisa. No está allí. En su lugar





hay dos grandes macetas. Miro a mi alrededor, preguntándome si lo habrán movido a otro sitio, pero no hay ni rastro de él.

—¿Podemos salir de aquí? —pregunto, mirando las macetas, haciendo todo lo posible por contener las lágrimas.

\* \* \*

Pasha gira la llave en la cerradura, abre la puerta de su apartamento y me la tiende. Entro y me dirijo directamente al cuarto de baño para echarme agua en la cara. Cruzo el salón y me detengo en el centro. Allí, en la pared junto a la ventana, hay un pequeño piano blanco. Es el del centro comercial. Cubro mi boca para ahogar un sollozo.

—¿Cómo? —digo entrecortadamente, mirando el piano.

—Lo compré la semana pasada y lo tenía en un almacén cercano, listo para que lo trajeran aquí cuando estuviéramos fuera —dice Pasha detrás de mí, y siento su mano en la parte baja de mi espalda—. Quería darte una sorpresa. Ni siquiera te diste cuenta que tomamos el camino más largo para dar más tiempo a los repartidores.

—Pero, ¿por qué?

—Porque no te sentías cómoda en el centro comercial. Iremos de nuevo, solo porque necesitas adaptarte a estar entre una multitud. Pero deberías poder tocar donde puedas disfrutarlo.

—Gracias —susurro, apretando los labios con fuerza. Quiero darme la vuelta y besarlo, pero no creo que me deje.

—¿Tocarías algo para mí? —pregunta.

—Sí.

Cojo su mano y lo dirijo al otro lado de la habitación. Incluso ha comprado el banco que estaba allí con el piano. Tomo asiento en un extremo y tiro de él hasta sentarlo a mi lado.

Inclinada hacia delante, paso las puntas de los dedos por las teclas, coloco las manos y toco. Elijo una de mis piezas modernas favoritas, 'River Flows in You', de Yiruma. Es relajante pero fuerte, seductora y llena de emoción. Me recuerda a Pasha.







No habla. No pregunta qué estoy tocando. Se queda ahí sentado - grande y silencioso- observando mis manos mientras paso de una pieza a otra. En algún momento, su mirada pasa de mis manos a mi rostro y permanece allí.

## *Pavel*

Durante más de una hora, me siento en el banco junto a Asya, escuchándola tocar. O mejor dicho, la contemplo mientras toca. Me resulta imposible apartar los ojos de su rostro, ver cada emoción cruzar sus facciones. Cuando toca una pieza rápida y alegre, sonrío de oreja a oreja. Cuando cambia a algo lento y triste, su sonrisa se desvanece. No se limita a tocar las notas; siente y experimenta cada emoción a medida que la melodía fluye a través de ella, iluminándola por dentro y por fuera.

Cuando finalmente puedo apartar los ojos de su rostro y miro el reloj, veo que son casi las dos. Esta mañana solo hemos desayunado y, aunque no me importa saltarme comidas, no quiero que Asya pase hambre.

Me levanto del banco y me dirijo a la cocina en busca del menú de comida rápida para llevar, pero cambio de idea y abro la nevera. Estoy acostumbrado a tenerla siempre casi vacía, así que es extraño ver todos los estantes repletos. Asya suele pedir lo que necesita por internet con mi teléfono, así que no conozco ni la mitad de lo que hay. Aparto un montón de verduras y saco un paquete de pollo. Bueno, al menos creo que es pollo. Asya nos ha estado preparando la comida todos los días, así que supongo que hoy puedo encargarme yo de esa tarea. Encuentro la sartén en la alacena y me vuelvo hacia la isla, donde guarda las especias en una amplia cesta negra. Hay al menos veinte tarros pequeños. Saco uno y huelo su contenido. Está etiquetado como salvia. ¿No será algún tipo de té? Dejo el tarro en su sitio y cojo otro. Este parece sal, pero tiene algunas cosas verdes.

—¿Necesitas ayuda? —La voz de Asya repica detrás de mí.





—Estabas tocando. Quería hacer algo para que comiéramos. Estoy buscando sal. De la normal. —Me doy la vuelta y la encuentro sonriéndome.

—¿Así que sabes cocinar?

—Sé calentar las sobras de la comida a domicilio. ¿Eso cuenta?

—Eso no cuenta. —Asya se ríe y yo absorbo el sonido. Me encanta cuando se ríe—. Ven, te enseñaré a preparar algo sencillo.

Me quita el tarro de la mano y lo abre. Sin apartar los ojos de los míos, se lame la punta del dedo y lo sumerge.

—Toma. Pruébalo. Es solo sal con hierbas. —Levanta el dedo y lo sostiene delante de mí.

La miro fijamente. Sigue sonriendo. Lentamente, cojo su mano y me la acerco a la boca. Sin apartar la mirada, lamo la punta de su dedo, pero no puedo concentrarme en el sabor. Toda mi atención está centrada en el rostro de Asya. Está mordiendo su labio inferior, mirándome con ojos muy abiertos. Avanzo un paso hasta que nuestros cuerpos se tocan. Noto cómo su pecho sube y baja mientras su respiración se acelera. Su mano libre se posa en la parte baja de mi espalda para deslizarse por debajo del dobladillo de mi camiseta. Noto el calor de su contacto. Me entran unas ganas tremendas de cogerla, echármela al hombro y llevarla al dormitorio más cercano. Su mano asciende por mi columna y mi mente es asaltada por imágenes de ella desnuda debajo de mí mientras beso cada centímetro de su cuerpo. Tal y como he estado imaginando durante días. Incorrecto. Muy mal.

Suelto su mano y retrocedo rápidamente, girándome hacia la isla de la cocina.

—¿Qué más necesitamos para esta comida?

No me pierdo el suave suspiro cuando la oigo abrir el armario detrás de mí.

—Una sartén más grande.

Asya camina por la cocina, recogiendo todo lo que necesita y cortando las verduras mientras mis ojos la siguen en todo momento. Me gusta tenerla aquí, en mi espacio, más de lo que debería. Se da la vuelta,







abre el cajón a mi lado y mete la mano, pero su mano vacila. Miro hacia abajo y veo que hay dos marcas distintas de harina.

—Es lo mismo. Solo que de distinto fabricante —le digo.

—Lo sé. —Ella asiente, pero no hace ademán de coger uno.

Durante unos instantes espero a ver si elige, pero cuando noto una expresión de frustración en su semblante, le tomo de la muñeca y muevo la mano hacia el paquete de la izquierda.

—¿Qué te parece ese?

—Gracias —murmura Asya, saca la harina y camina hacia la cocina.

Está enfadada conmigo, pero es mejor así. Incluso si no hubiera esta diferencia de edad, somos de dos orígenes completamente diferentes. Ceder a la tentación y dejar que pase algo entre nosotros es imposible. Ya estoy pisando una delgada línea, y cada día es más difícil controlarme. A veces, me gustaría que llamara a su hermano para que viniera a buscarla, porque tenerla tan cerca todo el tiempo me hace sentir como si me fuera a quemar. Sin embargo, con la misma frecuencia, me entran ganas de encontrar a su hermano... y deshacerme de él antes que tenga la oportunidad de arrebatármela.





## CAPÍTULO 14

— — — — —  Asya  — — — — —

Apretando el abrigo a mi alrededor, miro fijamente la puerta principal.

Llevo al menos una hora mirándola. Primero, durante diez minutos seguidos desde el centro del salón; luego, doy dos pasos hacia ella y sigo mirando. He tardado una hora en alcanzarla. Mientras agarro el tirador, mi mano tiembla. Me muerdo el labio inferior, abro la puerta y salgo del apartamento.

La casa de Pasha está en el tercer piso, por lo que la escalera está vacía. Bajo las escaleras arrastrando los pies. Es toda una hazaña, teniendo en cuenta lo mucho que me tiemblan las piernas.

Pasha ha ido a una reunión con su Pakhan hace dos horas, así que debería volver pronto. Podría haberle esperado, pero ya no soporto esta sensación de impotencia. Llevo más de un mes escondiéndome en su apartamento como si fuera un delincuente, y finalmente he decidido que no lo haré ni un segundo más. Voy a salir del edificio y dar una vuelta a la manzana. Sola. Son las tres de la tarde, ¿qué podría pasar? Solo un pequeño paseo, algo completamente normal, y volveré. He salido varias veces con Pasha. Estaré bien.

Cuando llego al vestíbulo, saludo con la mano al tipo de seguridad sentado tras su escritorio y me dirijo hacia la salida. Una gran puerta corredera de cristal me permite ver a la gente pasar por la acera. Al acercarme a la puerta, me invade una oleada de náuseas que empeora gradualmente a medida que me acerco. La puerta se desliza hacia un lado. Engullo la bilis y doy los últimos pasos.







Mis pies llegan a la acera. Me detengo y miro al cielo, sintiendo los rayos del sol en la cara. No ha sido tan difícil.

Alguien pasa a mi lado y me roza el hombro con el brazo. Me sobresalto y miro a un lado para ver a una mujer mayor alejándose. Dobla la esquina y desaparece de mi vista. Tengo náuseas y aún me tiemblan ligeramente las manos y las piernas, pero ahora que por fin he cruzado el umbral me siento mejor.

Al otro lado de la calle suenan las risas de un grupo de niños corriendo hacia el interior de un edificio. A la izquierda hay una tienda de comestibles con mucha gente entrando y saliendo, así que decido girar a la derecha. Casi he llegado a la esquina cuando un taxi se detiene justo delante y se baja un hombre. Me detengo y observo cómo saca una bolsa de ordenador portátil del asiento trasero. Lleva un traje negro con camisa blanca y corbata gris oscuro bajo el abrigo desabrochado. Mi corazón late al doble de su velocidad normal. Se me entrecorta la respiración. El taxi se marcha y el hombre se echa la bolsa al hombro y se dirige hacia mí. Doy un paso atrás. Luego otro. El hombre sigue caminando y, con cada uno de sus pasos, mi respiración se vuelve más irregular. Me doy la vuelta y corro.

Gente. Demasiada gente. Todos me miran. Choco contra el pecho de alguien. Dos manos me agarran la parte superior de los brazos, probablemente solo para estabilizarme, pero siento como si me clavaran garras en la carne. Grito y, en el momento en que las manos me sueltan, reanudo la carrera.

*Pavel*

—¿Se ha enterado de algo la camarera que se acuesta con Dushku?  
—pregunta Roman.





—No —digo—. Al parecer, habló de algún cargamento confiscado y se quejó que su mujer gastaba demasiado dinero en zapatos. Pero eso es todo.

—Conozco a Dushku desde hace quince años. Es un maestro de la intriga y es implacable cuando se trata de negocios. Pero nunca se involucraría en el tráfico de personas. Si hay una conexión aquí, no la estamos viendo. —Se vuelve hacia Dimitri—. ¿Qué hay de los hombres que tienes siguiendo al yerno de Dushku?

—Nada.

Roman golpea la superficie de su escritorio con la palma de la mano.

—¿Cómo se llama el tipo que Julian envía a hacer sus recados? ¿Besim?

—Bekim —dice Dimitri.

—Ese. Quiero que Mikhail tenga una charla con él. Alguien se atrevió a enviar mercenarios al club de la Bratva y matar a nuestros hombres solo para silenciar a un aparente don nadie. Significa que hay mucho en juego. Averiguaremos quién es el responsable de la muerte de Yuri, y lo masacraré personalmente.

—¿Y si después de todo fue Dushku quien orquestó este asunto? —pregunto.

—Entonces morirá. Y no será ni rápido ni bonito. ¿Te ha dicho algo la chica que se queda contigo?

—Dijo que el hombre que la atrapó no tenía acento. El nombre que le dio era Robert, pero podría ser falso.

—Haré que Maxim consiga fotos de los hombres de Dushku. ¿Sería capaz de reconocerlo?

—Probablemente.

—Bien. ¿Cuándo piensas llevarla con su familia? Lleva un mes en tu casa.

Mi cuerpo se pone rígido. Siempre he sido honesto con Roman. Hasta hoy.







—No me dice su apellido ni me da su número —miento—. No tengo forma de encontrarlos hasta que ella lo haga.

—Perfecto —ladra—. ¿Y cuánto tiempo esperas permanecer en estas vacaciones no planificadas? Los clubes no funcionarán solos.

—Me he llevado todo lo que necesito de la oficina y he estado trabajando desde casa. Kostya se ha encargado personalmente de todo lo que no puedo hacer a distancia.

—De acuerdo. Pero el próximo sábado te necesito en Baykal. Tengo una reunión con los ucranianos. Quieren entrar con nosotros.

—¿Ya superaron la cagada de Shevchenko?

—Todo el mundo sabe que Shevchenko era un idiota. Sergei les hizo un favor matándolo. —Roman se encoge de hombros—. Van a enviar a un tipo nuevo para encargarse de las conversaciones. Viene con otros dos hombres.

—Bien. Doblaré la seguridad.

Se echa hacia atrás en la silla y señala con la mano mi conjunto de vaqueros y camiseta.

—¿A qué viene este nuevo estilo de moda?

—Necesitaba un cambio —digo y veo que levanta una ceja—. ¿Algo más?

—No. Eres libre de irte. Dimitri y yo revisaremos el resto.

Asiento y salgo del despacho del Pakhan.

Cuando me dirijo al pasillo, la puerta de la cocina se abre de golpe y sale corriendo una morena menuda con un vestido manchado de pintura. Tiene las manos cargadas de *piroshki* y se esfuerza por que no se le caiga ninguno. Al final de la escalera, una niña morena empieza a saltar y a dar palmas. Sus dulces risitas resuenan en las altas paredes del pasillo. La mujer y la hija de Roman. Nina Petrova sube corriendo las escaleras y casi llega arriba cuando la puerta de la cocina vuelve a abrirse e Igor, el cocinero, sale tambaleándose y gritando obscenidades en ruso. Si Roman le pilla maldiciendo delante de su hija, el viejo cocinero estará muerto. Sacudo la cabeza y me dirijo hacia la puerta principal mientras el coro de gritos de Igor y risas femeninas resuena detrás de mí.





\* \* \*

—Sr. Morozov —el vigilante de seguridad del vestíbulo de mi edificio asiente al entrar—. ¿Cómo le ha ido el día?

—Fue bueno, Bobby. Gracias.

—Oh, tu novia no ha vuelto, todavía.

Me quedo paralizado.

—¿Qué?

—Se fue hace media hora. Pensé que te gustaría saberlo.

—¿Salió? —pregunto mientras el pánico inunda mi organismo—. ¿A dónde?

—No estoy seguro. Simplemente salió. No he visto adónde ha ido.

Corro hacia el mostrador de seguridad y doy la vuelta por el otro lado.

—Muéstreme la grabación de la cámara de ese momento.

Salta el vídeo hasta el momento en que Asya sale. Se queda de pie en la acera, a la vista de la cámara durante un par de instantes, y luego se va hacia la derecha. Unos minutos después, pasa corriendo por delante de la entrada a una velocidad vertiginosa. No puedo ver su rostro, pero basándome en lo rápido que se mueve, estaba cagada de miedo.

—¡Llárame si vuelve! —ladro y corro hacia la salida.

Corro por la acera, mirando frenéticamente en todas direcciones, pero no veo a Asya por ninguna parte. Hay una tienda de comestibles cerca. Entro y le pregunto al cajero si ha visto a una chica que se ajuste a la descripción de Asya, pero se limita a negar con la cabeza. Salgo de la tienda y sigo calle abajo, preguntando a la gente si la han visto, entrando en otros negocios, pero nadie ha visto a la chica fugitiva. Cuando llego al cruce que hay al final de la calle, doy media vuelta. Aquí hay demasiada aglomeración. Dudo que se meta entre una gran multitud de gente.

El miedo y la ansiedad crecen en mi interior con cada minuto que pasa. No puede haber ido muy lejos, ¿por qué no la encuentro? Debería haberle comprado un teléfono para que me llamara si me necesitaba. Ni







siquiera se me había pasado por la cabeza hasta ahora, ya que casi siempre estábamos juntos. ¡Idiota!

Veo a un grupo de chicos riéndose en la escalera de un edificio de enfrente, así que corro hacia ellos.

—¿Habéis visto a una chica pasar corriendo hace unos cinco minutos? —pregunto.

—Abrigo amarillo. ¿Pelo largo y castaño? —pregunta un niño de unos nueve años.

—Sí. —Asiento.

—Creo que la he visto correr hacia allí. —Señala hacia el callejón que hay detrás de la tienda de comestibles—. Parecía asustada.

Me doy la vuelta y cruzo la calle corriendo, a punto de ser atropellado por un taxi, y me precipito por el estrecho callejón. A primera vista parece desierto, pero sigo adentrándome y paso junto al contenedor de la puerta trasera de la tienda. El olor a fruta podrida que desprenden los cubos de basura me acosa, recordándome una época en la que solo podía oler el hedor de comida en mal estado. Cierro los puños y doblo la esquina, moviéndome entre los edificios.

La culpa es mía. Debería haber sacado a Asya fuera más a menudo, un poco más cada día, para que se acostumbrara a estar rodeada de gente. Debería haber insistido en que fuera al psicólogo o haberme esforzado más por convencerla de llamar a su hermano. Necesita volver a su vida, a su familia. No hice nada de eso. En su lugar, dejé que se escondiera en mi casa. Conmigo.

Me gusta despertarme con ella acurrucada a mi lado, con su pequeño cuerpo pegado al mío, como si incluso dormida buscara inconscientemente mi presencia. O cómo se sube a mi regazo cuando nos sentamos a ver la tele por las tardes y apoya la cabeza en mi hombro. Normalmente se duerme a los diez minutos, pero yo me quedo en el sofá durante horas, y solo cuando está bien entrada la noche la llevo a la cama. Eso alimenta el anhelo que se ha despertado en mí, la necesidad interior de tenerla siempre entre mis brazos, de saber que está a salvo donde nadie pueda volver a hacerle daño. Lleva más de cuatro semanas conmigo, pero sigue siguiéndome por el apartamento, cogida de mi mano





o del dobladillo de mi camiseta. Se siente bien que te necesiten. Así que dejé de intentar convencerla de llamar a su familia. El hijo de puta egoísta en el que me he transformado quiere quedarse con ella.

El callejón dobla a la derecha y termina en un gran muro de hormigón. Una camioneta está aparcada junto a él. No hay nadie. Casi me doy la vuelta para regresar cuando veo algo amarillo debajo de la camioneta. Me precipito y me detengo en seco. Allí, entre la camioneta y el muro, Asya está tumbada de lado, con la cara hacia la pared y los brazos apretados alrededor de la cintura.

—Jesús. —Me arrodillo y la recojo entre mis brazos. Está temblando. En el momento en que la tengo estrechamente abrazada, sus brazos envuelven mi cuello y sus piernas rodean mi cintura. Coloco mi mano en su nuca y arrimo su cara a mi cuello.

—Está bien, Mishka —susurro—. Te tengo.

*Asya*

Patética.

Débil.

Así es como me siento mientras Pasha me lleva de vuelta a su apartamento. No tengo valor ni para levantar la cabeza y mirar hacia arriba porque temo volver a asustarme. En lugar de eso, mantengo el rostro hundido en su cuello.

No entiendo por qué sigue preocupándose por mí. Lo único que hice fue irrumpir en su vida y causarle un desastre. He estado temiendo el momento en que me siente para decirme que es hora de marcharme. Está destinado a suceder, y probablemente pronto. No soy nada para él. No puedo seguir perturbando su vida. Pero solo la idea de irme de su lado hace que me estremezca debido al terror que desata en mi interior.







—Vamos a ducharte —dice Pasha mientras me lleva al interior del apartamento.

En el baño, se detiene junto a la ducha, esperando a que lo suelte. En lugar de eso, me aferro a él con más fuerza.

—Asya, cariño. Mírame.

De mala gana, levanto la cabeza de su cuello y lo miro a los ojos. Creo que nunca he conocido a alguien con unos ojos como los de Pasha, de un gris metálico muy llamativo.

—Tienes que lavar tu cabello —dice con su voz profunda, pareciéndome sentirla hasta los huesos—. Tienes aceite de motor por todas partes.

—¿Puedes hacerlo tú? —suelto y me arrepiento apenas salen las palabras de mi boca. Como si no estuviera ya bastante agobiado conmigo.

Pasha me observa unos instantes, levanta la mano como si tuviera intención de ponérmela en la cara, pero cambia de idea y se limita a quitarme las gafas.

—De acuerdo. —Deja las gafas junto al lavabo y me baja despacio.

Me quito el abrigo y el jersey, luego los zapatos y los vaqueros. Pasha espera pacientemente frente a mí, sus ojos fijos en los míos. Incluso cuando me quito el sujetador y las bragas, su mirada no desciende.

Debería molestarme estar desnuda delante de él. No me molesta. La sola idea de un hombre mirando mi cuerpo desnudo suele hacerme subir la bilis por la garganta. Cualquier hombre excepto él. Desearía que mirara más abajo. Tocarme. Besarme.

Me meto en la cabina y abro la ducha. El agua me golpea desde arriba, cayendo directamente sobre mi cabeza y haciendo que los riachuelos recorran mi cuerpo. Permanezco inmóvil bajo el caudal de agua, viendo cómo Pasha se quita la chaqueta, los zapatos y los calcetines y entra en la ducha completamente vestido. Coge el bote de champú del estante, se echa una cantidad tres veces mayor de la necesaria en la mano y me mira.

—Date la vuelta —dice, su voz es más ronca que de costumbre.





Me alejo de él y alargo la mano para cerrar la ducha. Cuando cesa el sonido del agua, lo único que oigo es la respiración profunda de Pasha. Sus caricias comienzan en la parte superior de mi cabeza, mientras sus manos masajean mi cuero cabelludo. Los latidos de mi corazón se aceleran. Ha cogido su champú, no el mío, por error. Pero no se lo he impedido. Cierro los ojos e inhalo, dejando que el aroma a salvia y cítricos llene mis fosas nasales. Creo que nunca podré relacionar esos dos aromas con otra cosa que no sea quedarme dormida junto a Pasha.

Sus manos desaparecen de mi cabello. Vuelvo a abrir la ducha y me doy la vuelta lentamente.

El agua cae en cascada por mi cara, nublándome la vista, pero no lo suficiente como para ocultar la visión de su ancho pecho frente a mí. Su camiseta blanca está completamente húmeda y pegada al cuerpo, revelando las imágenes tatuadas en su piel. Rara vez se quita la camiseta delante de mí. Pienso que cree que sus tatuajes me asustan. No me asustan. Nada de Pasha me asusta, sino todo lo contrario. El único momento en el que me siento absolutamente segura es cuando él está conmigo.

Levanto la cabeza y me encuentro con sus ojos grises mirándome fijamente. Dios, tengo tantas ganas de besarlo. Llevo semanas pensando en ello, pero no consigo decidir si debería hacerlo o no. Ahora, sin embargo, mirándolo, mojado de pies a cabeza porque le pedí que lavara mi cabello, no tengo que decidir. No hay duda sobre si quiero o no, solo la necesidad de sentir sus labios en los míos. Levanto las manos para abarcar su rostro con mis manos y tiro de su cabeza hacia abajo.

— Asya. — Se inclina lentamente, mirándome a los ojos.

— Me encanta cómo pronuncias mi nombre. — Sonríe. Lo pronuncia con un acento ruso. Me pongo de puntillas, levanto la cabeza y rozo ligeramente su boca—. Repite mi nombre. Quiero probar su sabor en tus labios.

La mano de Pasha se posa en mi nuca, acariciando la piel sensible, mientras sus ojos se clavan en los míos.

— Por favor — susurro sobre sus labios.

Apoya la frente en la mía y cierra los ojos.







— Te han herido.

— Lo sé. — Desplazo la mano por su mandíbula y entierro los dedos en sus hebras húmedas.

— Tienes dieciocho años — dice—. Soy demasiado mayor para ti, Mishka.

Le muerdo ligeramente el labio inferior.

— Y una mierda.

Su mano en mi nuca sujeta mi cabello. Su aliento abanica mi rostro al exhalar y abre los ojos para mirarme.

— Asya — dice en mis labios, y luego los apresa con los suyos.

Me agarro a la tela de su camiseta mojada para mantenerme firme mientras dejo que me devore con su boca.

— Asya — vuelve a decir entre besos, moviendo los labios hacia mi barbilla y a lo largo de mi cuello—. Mi pequeña Asya.

Agarro el dobladillo de su camiseta y tiro de ella hacia arriba y por encima de su cabeza. Las manos de Pasha se deslizan por mi cuerpo, se detienen bajo mis muslos y me levanta. Lo rodeo con brazos y piernas, como tantas otras veces. El movimiento es tan natural que parece que lo hubiera hecho toda la vida. Me saca del baño y me lleva hacia la cama, besándome todo el camino.

— No haremos nada, Mishka — dice y me baja para colocarme junto a la cama—. Me limitaré a besarte. ¿Está bien?

Asiento y rozo su mejilla con mi mano.

— De acuerdo.

— Necesito coger una muda de ropa. Espera aquí.

Eso no va a pasar. Vuelvo a lanzarme a sus brazos.

— Asya. — Me mira—. Necesito entrar en el armario, cariño.

Sé a qué se refiere. Sus trajes están ahí.

— No miraré — digo.

Pasha me rodea la espalda con el brazo.

— Vale. Seré rápido.





Sale corriendo. Ni siquiera me fijo en los trajes porque entra corriendo, coge unos bóxers, un pijama y una camiseta, y sale en menos de cinco segundos.

Cuando vuelve a dejarme en la cama, me tumbo junto a la pared, cubriéndome con la manta. Mi cabello sigue mojado y empapará la almohada, pero no me importa. Pasha me da la espalda y, con un par de movimientos rápidos, se quita los vaqueros y la ropa interior mojados y se pone unos bóxers y un pantalón de pijama secos.

—No —le digo cuando coge la camiseta.

Mira por encima del hombro y luego la camiseta que tiene en la mano.

—¿Mishka?

—Por favor —susurro.

Pasha asiente y lanza la camiseta sobre el sillón reclinable. El colchón se hunde cuando se acuesta. Tan pronto está a mi lado, me inclino hacia delante y deposito un beso en su torso desnudo. Su mano pasa por debajo de mi barbilla y me levanta la cabeza.

—Esta noche no va a pasar nada. Solo besos y mimos. Pero si quieres que paremos, tienes que decírmelo. Ahora mismo, Asya.

Al oír esas palabras me entran ganas de llorar, pero las reprimo. Le rodeo el cuello con los brazos y presiono mis labios contra los suyos. Su mano acaricia mi espalda sobre la manta. Empujo la manta y continúo besándolo. La palma de la mano de Pasha presiona la parte baja de mi espalda y, por un fugaz segundo, me quedo helada. Retira rápidamente la mano y se queda totalmente inmóvil.

—Está bien —digo en sus labios—. Sé que eres tú.

Vuelve a colocar la mano lentamente, pero apenas me toca. Suspiro, paso una pierna por encima de su cintura y me subo encima de él.

—Por favor, deja de tratarme como si fuera a romperme cuando sople un viento en mi dirección.

La mano de Pasha acaricia mi mejilla, rozándome la piel bajo el ojo con el pulgar.

—Me temo que vas a hacerlo.







—No puedes romper algo que ya está roto irremediablemente, Pasha. —Presiono mi mejilla contra su mano. Su mandíbula se pone rígida y la vena de su sien palpita.

—Te arreglaremos, Mishka —dice apretando los dientes y acercándose la cara—. Juntaremos todos los pedazos rotos, te lo prometo. Y luego, aniquilaremos a los cabrones que te hicieron daño.

Aplasto mi boca contra la suya. No creo que vuelva a ser quien era antes, pero no se lo digo. Solo lo beso.

El brazo de Pasha rodea mi cintura, y nos hace rodar hasta que estoy de espaldas con su cuerpo imponiéndose sobre el mío.

—¿Estás bien? —pregunta, y asiento con la cabeza.

—Solo besos, y nada más, Asya. ¿Recuerdas?

Cuando vuelvo a asentir, Pasha se desliza hacia abajo, su boca se posa en mi clavícula y recorre el centro de mi pecho hasta mi estómago. Sus manos recorren mis brazos, mis costados, su toque lento y ligero como una pluma.

—Nadie volverá a hacerte daño, Mishka —susurra mientras desciende por mi cuerpo y sus labios recorren cada centímetro de mi piel, baja por mi pierna derecha, luego por la izquierda y llega hasta mis pies. Cuando vuelve a subir, dejando un rastro de besos a lo largo del interior de mis muslos, esa voz espantosa susurra dentro de mi cabeza.

*Eres repugnante. No sé cómo puede soportar poner su boca en algo tan sucio como tú. Para lo único que sirves es para que te follen sin piedad. No te mereces nada mejor.*

Aprieto los ojos y muevo las manos por mi cuerpo, presionando las palmas sobre mi coño. La boca de Pasha se detiene en el hueso de mi cadera.

—¿Cariño? ¿Quieres que me detenga?

Sacudo la cabeza.

—Por favor, no —susurro—. Simplemente no allí.

—De acuerdo. No haré nada que te haga sentir incómoda.

—No es eso —digo.





Pasha sube por mi cuerpo y toma mi rostro entre sus manos.

— Dame tus ojos, Asya.

Abro los ojos y lo veo mirándome con preocupación. No me merezco esto. No me lo merezco.

— ¿Qué he hecho mal? — me pregunta, y siento las lágrimas agolparse en las comisuras de mis ojos.

— No has hecho nada malo — digo ahogándome —. Simplemente no quiero tus labios ahí.

— ¿Por qué, cariño?

— Porque... — Vuelvo a cerrar los ojos y aprieto las piernas —. Porque estoy sucia.

Siento el beso posarse en mis labios.

— No hay nada sucio en ti — dice —. Eres lo más hermoso y puro que he conocido, Asya — otro beso —, y borraré todos tus malos recuerdos, si me dejas.

La punta de su dedo recorre mi ceja.

— ¿Me dejas?

— De acuerdo. — Asiento.

Pasha toma mi mano y la coloca en su nuca.

— Agárrala y tira de ella.

Entierro los dedos en su pelo apretando los sedosos mechones.

— Más fuerte, Mishka — dice y asiente cuando lo hago —. Bien. Quiero que hagas eso tan pronto como desees que me detenga. ¿De acuerdo?

— Sí

Vuelve a besarme los labios antes de bajar la boca hacia la barbilla, el cuello, la clavícula, los pechos y el vientre. Como no hago nada, desciende aún más hasta que sus labios alcanzan mi pelvis, y vuelve a esperar, mirándome. Hace una pausa para darme la oportunidad de detenerlo, pero no lo hago. Respiro hondo y asiento con la cabeza.







Un beso se posa en el centro de mis pliegues. Luego otro. Una pausa. Dos besos más y me estremezco.

—¿Asya?

—Estoy bien —murmuro.

Otro beso. Un lametón tentativo. Las manos de Pasha empujan el interior de mis muslos, abriendo más mis piernas. Al instante, su lengua presiona mi clítoris. Inhalo y vuelvo a estremecerme al sentir un hormigueo en mi interior. Varios lametones más y otro beso. Sus labios se amoldan a mi coño y succionan. Suelto un gemido y le aprieto el pelo sin pensar.

Pasha levanta la cabeza.

—¿Cariño?

—Lo siento. —Suelto su cabello y vuelvo a empujar su cabeza hacia abajo, entre mis piernas—. Más.

Vuelve a lamerme, primero despacio, luego más deprisa. La presión entre mis piernas aumenta, pero necesito más. La boca de Pasha se desliza hacia abajo, su lengua entra en mí, y jadeo ante la sensación. Mi cuerpo empieza a temblar.

—Necesito... —murmuro, arqueando la espalda—. Más.

—Solo mi boca hoy, Mishka —dice Pasha y vuelve a succionar mi clítoris. Mi cuerpo tiembla, anhelante.

—¡Más! —grito y me agarro a su cabello con todas mis fuerzas.

Sigue acariciándome el clítoris, cambiando entre lamerlo y chuparlo, mientras su mano recorre el interior de mi muslo, acercándose a mi vientre. Mi respiración se acelera nada más sentir su dedo en mi entrada, ya estoy a punto de arder. Lentamente, su dedo se desliza en mi interior, con tanto cuidado que me dan ganas de llorar. Actúa como si fuera mi primera vez. Como si no hubiera docenas de hombres que ya me han penetrado a la fuerza. Echo la cabeza hacia atrás y gimo, disfrutando de la desconocida sensación flotante que me invade mientras la humedad se acumula entre mis piernas. Cuando tiene el dedo completamente dentro, presiona los labios sobre mi clítoris y succiona, con fuerza, y siento como





si estallara en un millón de mariposas diminutas. Nunca había imaginado que tener un orgasmo fuera tan maravilloso.

Mi cuerpo sigue temblando cuando Pasha se tumba a mi lado. Me abraza por delante, me pone la mano en la nuca y hunde mi rostro en el pliegue de su cuello.

—Ojalá mi primera vez hubiese sido contigo —susurro.

—Lo será.

—Pasha, sabes muy bien...

Su mano me cubre los labios.

—Tu primera vez será conmigo —me dice junto a mi oído—. Todo lo de anterior, no cuenta. ¿Entiendes?

Aprieto los labios, intentando no llorar mientras algo cálido se hincha dentro de mi pecho, pegando un par de trozos rotos de mi alma.







## CAPÍTULO 15



—Pasha, *¿ma che fai?*

Levanto la vista de los espaguetis que iba a poner en la olla. Asya está de pie al otro lado de la isla de la cocina, mirándome las manos con horror.

—¡No se rompen los espaguetis! —Se pasea por la isla, meneando la cabeza.

—Son demasiado largos. No caben en la olla —le digo.

—No, no, no, eso no se hace nunca. —Me quita los fideos de espagueti de las manos y los tira a la papelera de la esquina. Luego, se dirige al armario, probablemente para coger otro paquete. Se pone rígida apenas abre la puerta del armario, aprieta el tirador con la mano y se queda mirando las bolsas de pasta alineadas en el estante superior. Todas son de marcas diferentes. Me acerco y levanto su mano libre hasta dejarla justo delante de las bolsas.

—Tómame tu tiempo —le digo junto al oído y suelto su mano.

Asya se queda mirando la estantería. Con la mano en el aire, muerde su labio inferior y coge la bolsa del medio.

—Lo hice —dice apretando la bolsa.

—Lo hiciste. —Sonrío y le doy un beso en el cuello.

Inclina la cabeza, dándome más acceso.

—Estoy tan orgulloso de ti, pequeña.





—Nunca lo habría conseguido sin ti. —Se gira para mirarme—. Lo sabes, ¿verdad?

—Tú lo habrías hecho.

—No. Probablemente no. —Me pone la mano en la nuca y me baja para darme un beso rápido—. Gracias.

Se precipita por la cocina, pone la pasta en la olla y saca el queso de la nevera. Una pequeña sonrisa se dibuja en sus labios y, al verla, siento una calidez en el pecho. Estoy tan orgulloso de ella. Ha necesitado semanas de práctica para llegar a este punto, y lo está haciendo considerablemente mejor. Puede que tardemos un poco más en llegar a un punto en el que no necesite que la guíe para tomar una decisión, pero al final lo conseguiremos. De repente, el pánico sustituye la calidez de mi pecho. ¿Se irá cuando mejore? Probablemente sí.

*Asya*

—Volveré en breve —dice Pasha mientras entra en el armario—. Tengo que firmar unos contratos y comprobar si Kostya ha vuelto a liarla con los pedidos. Si tarda más de dos horas, te llamaré.

Miro el teléfono que tengo en la mano. Ayer salió diciendo que tenía que hacer un recado y volvió media hora después con una bolsa de papel blanco. Dentro había un teléfono nuevo y un par de auriculares. Dice que son por si quiero escuchar música.

Dejo el teléfono en la mesilla y atravieso el dormitorio, deteniéndome en el umbral del armario. Pasha está de pie frente a la estantería de la izquierda, rebuscando en un montón de camisetas. Dejo que mi mirada se dirija a la estantería de la derecha, donde cuelgan docenas de sus trajes y camisas de vestir en perfecto orden cromático, del negro al gris claro. Mordiéndome el labio inferior, entro y me acerco. Lentamente, alargo la mano hacia la percha con un traje gris marengo. Me tiembla la mano al tocar la elegante tela, sacando la prenda del gancho.







—Creo que hoy deberías llevar esto —le digo y me doy la vuelta para mirarlo.

Los ojos de Pasha se fijan en el traje que sostengo contra mi pecho y luego suben hasta que nuestras miradas se conectan.

—Cariño... Yo no...

—Por favor. —Extiendo la mano, ofreciéndole el traje—. Eres tú. Nunca te tendría miedo, Pasha.

Me mira con inquietud en sus ojos, pero alarga la mano y acepta el traje. Le ofrezco una pequeña sonrisa y me dirijo hacia el extremo del perchero donde cuelgan sus camisas. Deslizo los dedos por las perchas hasta llegar a una de las camisas blancas, luego la saco y vuelvo junto a Pasha. Deja el traje en la estantería y coge la camisa de mi mano.

Se la pone despacio, sus ojos clavados en mi rostro durante todo el tiempo, como si esperase que me asustara. Estoy segura que si detecta el más mínimo rastro de miedo en mi cara, se quitará la camisa en un segundo. Pero no lo verá. Siempre será mi Pasha, se ponga lo que se ponga.

Una vez abotonada la camisa, espera unos instantes antes de coger el pantalón y ponérselo. Finalmente, coge la chaqueta.

—¿Está bien? —pregunta.

Asiento y sonrío. Cuando se pone la chaqueta, alargo la mano y enderezo sus solapas.

—Una cosa más —digo y me giro para abrir el cajón que tengo detrás.

Unas variedades de corbatas de seda de múltiples colores están enrolladas y metidas en pequeños compartimentos dentro del cajón. Mis ojos las ojean hasta que encuentro una del mismo tono que su traje. Al extender la mano para sacarla, me viene a la mente una imagen de mí inmovilizada en la cama. Mi mano vacila justo por encima de la corbata. Aparto el recuerdo y lo sustituyo por pensamientos sobre Pasha. Pasha abrazándome en la cama, acariciando mi espalda. Pasha acercando la caja de cereales a mi mano, animándome a tomar una decisión. Pasha llevándome sana y salva a casa, aunque estuviera sucia y embadurnada





en aceite. Pasha lavando mi cabello. Pasha besándome. Enrollo los dedos alrededor del sedoso material, saco la corbata y me doy la vuelta.

—¿Puedo... puedo ponértelo? —Me ahogo.

No dice nada, solo se inclina y me coge la cara con las palmas de las manos. Tiene una extraña mirada clavada en la mía, una mezcla de preocupación y recelo, pero también de asombro. Y orgullo.

Le pongo la corbata alrededor del cuello y empiezo a hacer el nudo, pasando la parte ancha por encima de la fina. Me tiemblan los dedos y la tela se me escapa. Respiro hondo, recojo el cabo suelto y reanudo mi trabajo. Cuando por fin he terminado, suelto la corbata y miro hacia arriba. Entonces me doy cuenta que Pasha sigue sujetándome mi rostro.

—Eres la persona más fuerte que conozco —dice y presiona su boca contra la mía.

El beso es suave, como si temiera asustarme. Puede que esté rota, pero lo que queda de mí está desesperadamente enamorada de él. No quiero que se contenga. No lo quiero suave. Quiero todo de él. Rodeo su cuello con los brazos y salto, aferrándome a él como si fuera un árbol. Su agarre es instantáneo, me sostiene mientras tiro de su rostro hacia abajo y muerdo su labio. Duro.

—Quiero que me hagas el amor —le digo en la boca—. Y no quiero que te contengas.

—Bien, Mishka —dice entre besos. Siguen siendo delicados.

—Pasha. —Aprieto el pelo de su nuca—. No te contengas. Necesito que no te contengas. Prométemelo.

—Asya, cariño, no quiero...

Presiono con el dedo sobre sus labios.

—No quiero sentirme rota cuando estoy contigo. Así que necesito que me trates como si no lo estuviera. Dame todo lo que tienes. Por favor. Prométemelo.

Los brazos de Pasha estrechan mi cintura.

—Te lo prometo —dice y aplasta su boca contra la mía.







Es un torbellino de besos y mordiscos duros y rápidos. Dientes y lenguas chocando. Somos un enredo de labios y miembros. Me aprieta tan fuerte contra su cuerpo que estoy segura que ninguna fuerza del universo podría separarnos. Y me maravilla cada segundo.

Una melodía aparece en mi mente y suena de fondo mientras nos atacamos los labios con frenesí. 'In the Hall of the Mountain King' de Grieg. Mis brazos alrededor de su cuello se tensan. No dejamos de besarnos mientras me lleva al dormitorio hasta que llegamos a la cama.

—Tengo que desnudarme —dice en mi boca y me deposita en la cama.

Asiento de mala gana y lo suelto. Primero se quita la chaqueta y la deja caer al suelo. Le sigue la corbata. Veo preocupación en sus ojos cuando la agarra. Me inclino hacia delante y rozo su mejilla con el dorso de los dedos.

—Lo prometiste.

La corbata también cae. Le siguen la camisa y el pantalón, y pronto está delante de mí completamente desnudo. Mi rey de la montaña.

Me acerco y aprieto los labios contra los suyos.

—Ahora, por favor, ayúdame a quitarme la mía.

*Pavel*

Respiro hondo y rodeo la cintura de Asya con las manos. No importa lo que haya prometido. No puedo obligarme a hacer nada que pueda desencadenar su trauma, aunque eso signifique faltar a mi palabra. Concentrándome en su rostro, engancho los dedos en la cintura de su pantalón de chándal y empiezo a bajárselo, centímetro a centímetro con una lentitud agonizante. Si noto una pizca de angustia, nos detendremos. Luego, deslizo las manos por sus piernas, por encima de las bragas, y le subo el dobladillo de la camiseta. Ella sonrío y levanta los brazos,





agitando su cabello oscuro mientras la camiseta se desprende de su cuerpo. Se desabrocha el sujetador, lo tira al suelo y se queda delante de mí, en bragas. Intenta parecer imperturbable, pero veo el terror contenido en sus ojos. Y también la feroz determinación de demostrarme que no cederá, diga lo que diga. Acaricio su rostro y me inclino hacia delante hasta que estamos nariz con nariz.

—Eres lo más puro que he tocado en mi vida —digo sosteniendo su mirada—, y nunca jamás te lastimaré.

—Lo sé —dice ella, luego coloca sus manos sobre las mías y se tumba en la cama, arrastrándome con ella.

—Agárrame del pelo, Mishka.

Su mano derecha se mueve hacia mi nuca y sus dedos se enredan entre los mechones.

—Bien. Ahora necesito que me prometas algo —le digo.

—¿Qué?

—Incluso la más pequeña molestia, tira, y me detendré.

—Lo prometo.

Beso sus labios, a lo largo de su barbilla y bajando por su cuello. Tengo la polla tan dura que duele, pero lo ignoro y sigo salpicando su cuerpo de besos. Su manita, el brazo, el hombro, por las clavículas hasta el otro brazo. Voy a borrar con mis labios todas las marcas malignas que ha recibido en su piel. Cuando llego a sus bragas, me detengo un momento, esperando a ver si me detiene. No lo hace. Sigo una hilera de besos desde la cintura hasta el estómago, pasando por su coño aún cubierto. La mano libre de Asya se desliza hasta el encaje y lo empuja hacia abajo. Le doy un beso en el dorso de la mano, luego cojo las bragas por los lados y se las retiro lentamente.

—Nunca te haré daño. —Me inclino hacia delante y atrapo sus labios ligeramente temblorosos con los míos—. Pelo, cariño.

Ella respira hondo y vuelve a agarrarme del pelo.

—Nunca —repito, dejando un camino de besos desde su cuello hasta su sexo.







Cuando deslizo la lengua por su coño, la respiración de Asya se acelera. Sigo lamiendo, luego añado el pulgar y empiezo a masajear su clítoris. Un pequeño sonido de placer brota de sus labios y noto su humedad en mi cara. Acelero mis lametones y sigo provocándola con el dedo hasta que estoy seguro que está a punto, y entonces succiono su clítoris. Asya arquea la espalda y gime mientras los temblores recorren su cuerpo. Con cuidado, desciendo sobre ella, pero mantengo la mayor parte de mi peso sobre mis codos. Abre los ojos y nuestras miradas se cruzan.

—Sí —responde a mi pregunta tácita y abre un poco más las piernas.

Coloco mi polla en su entrada y empiezo a deslizarme lentamente. Me cuesta contenerme, porque la necesidad de perderme dentro de ella es abrumadora, pero mantengo el ritmo, medio centímetro cada vez. Y no dejo de mirarla a los ojos en ningún momento.

Respira rápido y sus ojos están muy abiertos, pero sujeta mi cabello sin vacilar. Cuando estoy completamente dentro de ella, jadea y sus labios se dibujan en una sonrisa. Y entonces, el agarre de mi pelo se afloja y desaparece por completo.

—Ahora necesito que cumplas tu promesa —dice besándome un lado de la mandíbula—. Necesito que me trates como si no estuviera rota.

—Tú eres tú, Mishka. —Me retiro, hago una pausa y vuelvo a deslizarme lentamente—. Absolutamente perfecta... —Me retiro y vuelvo a deslizarme dentro, pero un poco más rápido—. Tal como eres.

Es casi imposible refrenar mis impulsos, pero me contengo y ajusto el ritmo para que aumente lentamente, haciendo que cada embestida sea un poco más rápida y más fuerte que la anterior. Asya me abraza con las piernas e inclina la barbilla hacia arriba, mirándome fijamente a los ojos.

—Demuéstramelo —clava sus uñas en la piel de mis brazos—. Dámelo todo.  
Mi control se rompe en un instante. Me entierro en ella profundamente. Su cuerpo empieza a temblar debajo de mí.

—Más —exclama entrecortadamente.





La saco e inmediatamente vuelvo a penetrarla, tocando fondo en su calor.

—Más rápido.

Agarrándola por la nuca, la embisto con fuerza y rapidez, con la imagen de su cara sonrojada grabada para siempre en mi mente. El marco de la cama cruje bajo nosotros. Engancho los dedos detrás de su rodilla, levantando su pierna y abriéndola más para poder deslizarme más profundamente. Las manos de Asya me aprietan los brazos y suben hasta envolverme el cuello, tirando de mi cabeza hacia abajo para besarme. Devoro sus labios como un hambriento, tomando más y más mientras me balanceo dentro de ella. Un gemido se escapa de la delicada garganta de Asya. Me retiro totalmente y la observo un instante antes de volver a penetrarla. Su coño se estremece alrededor de mi polla mientras su aliento caliente abanica mi rostro. Grita mientras se corre. Oír los sonidos de su placer y verla correrse bajo mis pies me produce una sacudida, haciéndome estallar en un gemido al instante siguiente.

*Asya*

*Vuelvo a estar en la habitación de las cortinas rojas. El aire desprende un fuerte olor a colonia masculina. Tengo las manos atadas al cabecero y un enorme cuerpo masculino se cierne sobre mí. Gotas de sudor apestoso caen de su frente sobre mis pechos. El dolor se extiende por todo mi ser cuando me penetra una y otra vez. Grito.*

—Shh. Es solo un sueño —me dice al oído la profunda voz de Pasha—. Estás a salvo.

El pánico retrocede y se extingue por completo cuando me atrae hacia él, rodeándome la cintura con su brazo. Ya no tengo pesadillas tan a menudo, pero cuando las tengo, son malas.

—¿Estás bien? —pregunta Pasha besándome el hombro.







Me doy la vuelta para quedar frente a su pecho desnudo y entintado. La lámpara de la mesita de noche está encendida pero atenuada, arrojando una suave luz amarilla sobre las formas negras y rojas. Alargo la mano para acariciar la línea de una calavera bañada en sangre. Es una de tantas. Solo en su pecho debe de haber al menos diez calaveras diferentes. El resto de los tatuajes son escenas igualmente perturbadoras.

La mayoría de los hombres de la Cosa Nostra tienen algo de tinta. Incluso mi hermano tiene un tatuaje en medio brazo. Pero creo que no conozco a nadie que tenga toda la parte superior del cuerpo tatuada como Pasha.

—¿Por qué tantos? —pregunto.

—Cada uno tiene una forma diferente de lidiar con la mierda que la vida te arroja. Esta era la mía.

—¿Qué clase de mierda?

Pasha me mira y me pone la punta del dedo en la comisura de los labios.

—Abandono. Baja autoestima. Soledad —responde, y luego aparta la mirada—. Humillación. Hambre.

Parpadeo, confundida. Es obvio que tiene dinero. Su reloj cuesta al menos veinte de los grandes.

—No siempre fue así para mí —dice, adivinando mis pensamientos. Vuelve a mirarme y desliza un dedo por mi ceja—. Me dejaron en la puerta de una iglesia cuando tenía tres años. El primer recuerdo que tengo es el de una mujer llevándome por los escalones hasta una gran puerta marrón y diciéndome que me quedara allí. Luego se fue. Probablemente era mi madre, pero no estoy seguro. No recuerdo cómo era. No recuerdo nada anterior a esos cinco escalones de piedra y la puerta marrón.

Deslizo la mano por su pecho y examino el dibujo de su pectoral izquierdo. Muestra una puerta doble oscura. Unas gruesas enredaderas negras la rodean varias veces, como si quisieran mantenerla cerrada. Los detalles son asombrosos; las imágenes tienen casi calidad fotográfica.

—¿Los hiciste tú? —Señalo el dibujo.





—Sí. Y casi todo lo demás. Excepto los de la espalda y otros lugares a los que no pude llegar.

—¿Puedo verlos?

Se gira para darme la espalda. Cráneos otra vez. Serpientes. Muchas rojas. Arañas. Algunas extrañas criaturas aladas. El estilo es similar a los de su frontal y brazos, pero no se ven tan bien como los que hizo él mismo.

—Me los hizo un compañero de la cárcel —añade volviéndose hacia mí.

Levanto la cabeza y lo miro fijamente.

—¿Estuviste en la cárcel?

—Un par de veces.

—¿Por qué?

—La policía solía hacer redadas en los clubes donde se celebraban las peleas clandestinas. Los cargos iban desde alteración del orden público hasta agresión. Estuve cuatro meses por eso último.

—Pero eres tan sensato. Incluso organizas tus camisetas por colores.

—Lo organizo todo por colores, Mishka —me sonrío.

Alargo la mano y le rozo un lado de la cara con la punta del dedo. Qué hombre tan atractivo. Sí, las apariencias engañan, porque su áspero exterior esconde un alma increíblemente hermosa. ¿Cómo puede alguien que vivió las cosas que él vivió tener un corazón tan grande como el suyo? ¿Es tan grande como para incluirme a mí también? Me inclino hacia delante y lo beso. En el instante en que nuestros labios se tocan, mi alma empieza a cantar.

Desde que tengo uso de razón, asocio la música con la alegría. Cuando me sentía triste o asustada, tocaba el piano que Arturo me compró. A veces, tocaba durante horas hasta que la tristeza o el miedo se sustituían por alegría. Ahora parece que mi relación con la música se ha transformado. Ya no necesito tocar para sentirme mejor. Solo necesito estar cerca de él, de mi Pasha, y la melodía me llena.

—¿Cuántos años tenías cuando empezaste a pelear? —pregunto.







— Dieciocho.

— ¿Eras bueno?

Pasha se ríe en mis labios.

— Al principio no. Los primeros meses me cagaron a patadas.

— ¿Pero seguiste haciéndolo?

— El dinero era bueno. Y a medida que mejoraba, ganaba mayores sumas. Así que practiqué todos los días y me aseguré de ser el mejor.

— ¿Así que todo era por dinero?

— Al principio, sí — dice trazando mi barbilla con un dedo —, había algo... primario que surgía dentro de mí cuando oía a la gente vitorear y gritar mi nombre. En cierto modo, me volví adicto a ello. Era muy satisfactorio. Al menos durante un tiempo. Tenía veintitrés años cuando me uní a la Bratva. No puedo creer que hayan pasado más de diez años.

— Así que pasaste de un ring de lucha a un club de lujo. Es un gran cambio.

— Empecé como soldado. A veces haciendo recados, pero la mayoría de las veces, me enviaban a cobrar deudas. Nunca había empuñado un arma, así que Yuri tuvo que enseñarme a disparar antes de darme misiones más serias.

— ¿Te gusta? ¿Dirigir un club nocturno?

— Dos clubes, en realidad. Estoy en el Ural la mayor parte del tiempo. Es más grande. El segundo club, Baykal, se utiliza sobre todo para lavar dinero. Pero sí, me gusta.

Apoyo la cabeza en su pecho y acaricio la piel tatuada de su estómago.

— Nunca he estado en un club. La Familia de Nueva York no está involucrada en el negocio del entretenimiento, así que Arturo solo nos dejaba a mí y a Sienna ir a bares que pertenecieran a alguien de la Cosa Nostra. E incluso eso era raro.

— ¿Por qué?

— Tenía miedo que nos sucediera algo. Sienna siempre se quejaba de lo paranoico que era. Supongo que tenía razón en serlo.





Pasha me sujeta con fuerza, acariciando mi espalda.

—¿Cómo se siente? —Su voz es suave, casi reverente.

—¿Qué?

—Tener una familia. Alguien que estará contigo, pase lo que pase. Incluso si cometes un error. Aunque estés enfadado. Alguien que te apoye, aunque sepa que estás equivocado. ¿Tener a alguien que sea... tuyo?

Su mirada... No puedo describirla. Anhelo. Hambre. Y tanta tristeza.

—Es algo cálido —susurro.

—¿Cálido?

—Sí. Cuando te encuentras en una tormenta gélida y furiosa, ellos son las personas que harán lo que sea para que no pases frío. Te rodearán con sus brazos, te protegerán, te rodearán de su propio calor mientras el viento helado golpea sus espaldas.

—¿Tu familia es así?

—A veces, Sienna y Arturo son difíciles de tratar. Los tres tenemos personalidades muy diferentes. Pero sí. Los dos son así.

—¿Quieres hablarme de ellos?

—Sienna es... una fuerza de la naturaleza. Es ruidosa. Extrovertida. En un momento se ríe a carcajadas y al siguiente está llorando a lágrima viva. —Una sonrisa nostálgica se dibuja en mis labios—. A Sienna le encanta fingir que es superficial. Publica montones de fotos en las redes sociales, con ropa ridícula que normalmente hace que la gente piense que está un poco chiflada. A veces, les da la impresión de no ser muy inteligente.

—No tengo idea. —Estiro la mano y trazo la línea de su frente con el dedo—. Mi hermana es la persona más inteligente que conozco, pero en lugar de hacer algo con su asombrosa mente, se limita a... hacer el tonto. Lo único que le interesa de verdad es escribir.

—¿Qué escribe?







—Nunca me lo ha enseñado. —Sonríó—. Pero eché un vistazo a algunos de sus cuadernos cuando éramos más jóvenes. Estaban escondidos en una caja debajo de su cama. Escribe novelas románticas.

—¿Novelas románticas? —Pasha levanta una ceja—. ¿Es buena?

—Sí. Muy buena. A Sienna le gustan las palabras. Además de inglés e italiano, habla cuatro idiomas más. Y los aprendió por capricho.

—Creo que nunca oí de nadie que aprendiera un idioma por capricho.

—Mi hermana aprendió japonés básico en un mes, ella sola, solo porque un chico del colegio la llamó estúpida. —Me río—. Tenía catorce años entonces.

Pasha sonríe, pero sus ojos permanecen tristes.

—Es todo un talento. A la mayoría de la gente le costaría mucho aprender y hablar una lengua extranjera, no digamos cinco. No me gusta hablar ruso. Lo entiendo perfectamente, pero casi nunca hablo en ruso.

—Me he dado cuenta. —Me inclino hacia delante y aprieto los labios contra los suyos—. ¿Por qué?

—Porque si lo hago tengo acento inglés. Ninguno de los chicos de las casas de acogida o de las escuelas hablaba ruso, así que durante ese tiempo yo... simplemente lo olvidé, supongo. —Me pellizca el labio—. ¿Y tu hermano?

—Arturo es como todos los hermanos mayores. Pero cien veces peor.

—¿Protector?

—Hasta el punto de volverme loca. Tenía veinte años cuando murieron nuestros padres, así que asumió su papel.

—¿No tenías otros familiares?

—Teníamos una tía. La hermanastra de papá. Nos ofreció a Sienna y a mí vivir con ella. Arturo dijo que no. —Sacudo la cabeza—. Estoy preocupada por él. Creo que algo le dio un vuelco en la cabeza cuando mataron a nuestros padres y centró toda su atención, al margen de su trabajo, en nosotras dos. Tiene treinta y tres años, pero nunca ha traído a una mujer a nuestra casa. Sé que tuvo varias relaciones; incluso





conocimos a algunas de sus novias. Pero ninguna de ellas ha puesto un pie en nuestra casa. Creo que estaba tan concentrado en criarnos que en realidad se olvidó que no es realmente nuestro padre.

—¿Por qué no quieres llamarlo? Es obvio que te quiere.

—Porque yo también lo quiero —susurro—. Al principio, pensé que no sería capaz de superar lo que me pasó. Así que no quería llamarlo.

—¿Y ahora?

—Ahora no quiero llamarlo porque sé cuánto le dolerá si se entera de la verdad. Arturo sumará dos más dos, aunque no se lo cuente todo. Se culpará a sí mismo. No puedo permitirlo. Ya tiene bastante sobre sus hombros, y me ha protegido de suficientes tormentas en mi vida. —Mientras digo esto, algo más cruza mi mente—. Había una chica. En casa de Dolly. Creo que era rusa. La trajeron más o menos un mes después de cogerme, pero desapareció unos días antes de mi fuga.

Su palma sigue en mi espalda.

—¿Recuerdas su nombre?

—Rada, o algo así. No estoy segura. ¿Por qué?

—¿Podría haber sido Ruslana?

Mi cabeza se alza.

—Sí. Era Ruslana. ¿La conoces?

—Era la hija de uno de los soldados de la Bratva.

—¿Era?

—Su cuerpo fue encontrado más o menos cuando escapaste. Uno o dos días antes, creo.

Me estremezco y entierro la cara en el pliegue de su cuello. No tendría más de un año o dos más que yo.

—¿Tendrás problemas por no haber ido al club esta noche? —pregunto, intentando no pensar en la chica de la larga trenza rubia y en que podría haber sido yo.

—Iré mañana.

—¿Puedo ir contigo? —pregunto.







Me da un beso en la coronilla.

—Por supuesto.





## CAPÍTULO 16



Los suaves tonos de una delicada melodía llegan a mis oídos cuando salgo del ascensor. Me acerco a la puerta de mi piso y saco las llaves del bolsillo. Últimamente finjo que he olvidado las llaves para poder llamar al timbre y oír los pasos apresurados de Asya cuando corre hacia la puerta para dejarme entrar. Cuando la abre, es como si me echara de menos, a pesar de llevar poco tiempo fuera. Es agradable volver a casa y saber que me está esperando. Así que sigo fingiendo que me he olvidado las llaves y llamo al timbre cada vez.

Pero no quiero distraerla de su actividad de hoy. Abro la cerradura y entro. Asya está sentada frente al piano, con el teléfono en el pequeño soporte sobre las teclas. Probablemente ha encontrado nuevas partituras en Internet y las ha descargado. Debería comprarle partituras de verdad. No puede ser fácil seguir la música en esa pequeña pantalla. Intento no hacer ruido, dejo las bolsas de la compra junto a la puerta y entro en el salón. Apoyo el hombro en la estantería de la derecha y la observo.

Lleva el cabello suelto y se balancea de izquierda a derecha cuando mueve la cabeza al ritmo de la melodía. Desde mi posición no puedo ver su rostro, pero estoy seguro que sonríe.

Algo me oprime el pecho. ¿Se llevará el piano cuando se vaya? Porque al final se irá. No me haré ilusiones creyendo que querrá quedarse conmigo cuando tiene una casa, una familia, probablemente un montón de amigos y planes para asistir a un conservatorio de música. Puede que su vida haya quedado en suspenso por lo que le ocurrió, pero se recuperará. He visto su fuerza y determinación. Su valor. Todas esas







cosas que la hacen ser ella, los mismos rasgos que me hicieron enamorarme desesperadamente de ella, también me la arrebatarán.

Tenemos que llegar pronto al club si queremos llegar antes de la apertura y evitar la multitud, pero no puedo obligarme a pedirle que pare. La melodía cambia y ella pasa a mi favorita, 'Sonata Claro de Luna'. No sé por qué me gusta más oírla tocar esa. Quizá sea por la primera vez que la oí tocar. Incluso la he puesto como tono de llamada en mi teléfono. Me agarro la nuca con frustración. Espero que se lleve el piano cuando se vaya. Porque si no, lo destrozaré hasta que no quede nada de él.

*Asya*

—Si te sientes incómoda, aunque sea un poco, házmelo saber y nos iremos. ¿De acuerdo?

Asiento y aprieto la mano de Pasha.

Mientras caminamos hacia la entrada del club, miro al cielo oscuro, buscando los pequeños copos blancos. La temperatura ha bajado mucho y el aire es fresco. Se ha apoderado de mis sentidos desde el momento en que salimos del edificio de Pasha, junto con el pánico que ha ido creciendo en mi pecho. Estuve a punto de preguntarle a Pasha si podía volver a su casa, temiendo que empezara a nevar. Pensé que estaba mejorando. En cierto modo, lo estaba. Pero la idea de ver el suelo cubierto de escarcha hace que mi corazón palpite al doble de su ritmo normal.

Un hombre de pie en la entrada nos abre la puerta cuando nos acercamos. Lleva un abrigo negro desabrochado dejando ver un traje negro debajo. Agarro con fuerza la mano de Pasha y me decido a sonreírle cuando pasamos.

Pasha me conduce a través de la amplia zona decorada en tonos negros y grises. Unas mesas altas rodean una pista de baile vacía. A lo largo de la pared, una plataforma elevada alberga varias cabinas grandes con lujosos asientos de cuero. El espacio está completamente vacío, salvo





por una chica limpiando en una de las cabinas, lo que hace que el sonido de nuestros pasos resuene en las paredes.

Finalmente llegamos al lado opuesto de la planta y subimos por la escalera al piso superior. Este espacio parece una especie de galería. La pared de vidrio que se extiende desde el suelo hasta el techo sobresale por encima de la pista de baile, dejando al descubierto todo el interior del club. Entramos en una sala donde un hombre de unos cuarenta años está sentado frente a un bloque de monitores mostrando varios ángulos de cámara de diferentes zonas del club. Pasha asiente al hombre y se dirige hacia otra puerta a la derecha.

Al entrar, veo a un hombre rubio de unos veinte años sentado detrás de un escritorio lleno de papeles. Murmura algo entre dientes mientras mira la pantalla del ordenador que tiene delante. Lleva el pelo largo y despeinado, pero eso no oculta su atractivo.

Hace unos meses, si lo hubiera visto, me habría ruborizado. Pero eso fue antes de conocer a Pasha. Este tipo puede ser atractivo, pero su apariencia no tiene ningún impacto en mí.

—Veo que al final has decidido arrastrar tu culo hasta aquí —el hombre refunfuña y luego levanta la vista de la pantalla, sus ojos se centran en mí y se agrandan hasta lo imposible.

—Kostya, esta es Asya —dice Pasha y me lleva alrededor del escritorio hasta que estamos de pie frente a su amigo—. ¿Dónde están los contratos que necesitan mi firma?

La mirada de Kostya se dirige a mi mano entrelazada con la de Pasha antes de volver a posarse en mi cara. Sus cejas se disparan hasta la línea del pelo.

—¡Mírame, Konstantin! —ladra Pasha.

—¡Joder, tío! —Kostya se encoge—. No hagas eso. Solo mi babushka me llama por mi nombre completo, normalmente cuando he jodido algo.

—Contratos. Ahora.

—¿Qué coño te pasa? ¿Has cambiado tu maldita personalidad junto con tu vestuario? Cristo. —Saca un montón de papeles del cajón y los arroja sobre el escritorio frente a Pasha—. Toma.







Pasha empieza a firmar los contratos, pero su mano izquierda sigue agarrada a la mía todo el tiempo. Hoy lleva vaqueros y un jersey negro. Intenté convencerlo para que se vistiera de traje, pero dijo que no.

Kostya finge estar ocupado con algo en la pantalla del ordenador, pero noto que me lanza una mirada rápida cada pocos segundos.

Cuando Pasha termina de firmar, empuja los papeles hacia el centro del escritorio y se endereza.

—¿Eso es todo?

—Sí.

Pasha asiente y se dirige a la salida. Saludo a su amigo con la mano y lo sigo. Estamos en el umbral cuando Kostya grita.

—¡Oh, Pasha! Puede que quieras pasarte por el viejo almacén más tarde.

—¿Para qué?

—Hemos cogido a uno de los hombres de Julian. Bekim. Mikhail le interrogará.

El cuerpo de Pasha se pone rígido. Se vuelve lentamente y mira a su amigo.

—Llama a Mikhail. Dile que puede quedarse en casa con su familia esta noche.

—¿Qué? ¿Quién va a tener esa charla con el tipo?

Pasha me mira.

—Yo lo haré.

*Pavel*

Cuando entro en el almacén, Kostya ya está allí, apoyado en la pared y trasteando con su teléfono. En la esquina opuesta, boca abajo, yace un hombre de unos treinta años. Tiene las piernas atadas con cinta





adhesiva plateada alrededor de los tobillos y las rodillas. Tiene las manos atadas a la espalda. Un trapo sucio sobresale de su boca.

Incluso después de todos estos años, todavía flota en el aire un ligero olor a madera quemada. Este es uno de los almacenes que los italianos intentaron quemar antes de firmar la tregua. El sótano de la mansión del Pakhan ha estado fuera de servicio desde entonces -a su mujer no le gusta el olor a sangre en su casa-, así que decidimos dejar este almacén como está y realizar aquí nuestros interrogatorios.

Miro al soldado que está a unos pasos de 'nuestro invitado' e inclino la cabeza hacia la salida.

— Vete. Te llamaré cuando haya terminado.

El hombre asiente y sale.

No pierdo el tiempo y agarro al hombre de Julian por detrás de la chaqueta, arrastrándolo lejos de la pared para dejarme más espacio. Se queja y empieza a agitarse, pero gime cuando dejo que su cuerpo caiga al suelo. Le apoyo el pie en la espalda y rodeo su pulgar con la mano. Al sonido de los huesos rompiéndose le sigue un gemido ahogado y dolorido. Aprieto el pie con más fuerza y cojo el siguiente dedo.

— Tienes que pedirle a Mikhail que te dé un curso rápido de tortura — dice Kostya desde su sitio junto a la pared —. La regla es: primero haz preguntas. Luego empieza a romper mierda.

Otro chasquido.

— Nuestros métodos difieren — digo mientras continúo.

Una vez que le he roto los diez dedos, dejo al hombre llorando en el suelo y cojo un cuchillo de la mesa cercana. Vuelvo a ponerme a su espalda y corto la cinta que sujeta sus muñecas. El hombre se revuelve tratando de zafarse. Lo agarro del antebrazo derecho con una mano y de la palma con la otra, y las retuerzo en distintas direcciones. El hombre grita alrededor del trapo mientras su muñeca se rompe. Repito la acción con el otro brazo.

Considero la posibilidad de romperle los tobillos, pero decido que no quiero arriesgarme a que se desmaye. Muevo el pie a su lado, empujo su cuerpo hasta que queda boca arriba y le arranco el trapo de la boca.







—¿Dusku está distribuyendo la nueva droga? —pregunto.

—No —se atraganta el hombre—. Es Julian. Su yerno.

—¿Julian también está involucrado en la red de prostitución de lujo?

—Sí. Él la dirige.

—¿Lo sabe Dusku?

Menea la cabeza y gimotea. Coloco la suela de mi zapato sobre los dedos rotos de su mano derecha y hago presión con mi pie.

—¡No lo sabe! ¡Todo es cosa de Julian y algunos de sus amigos de la universidad!

—¿Qué sabes de la chica rusa que encontraron muerta hace unos meses? Tenía tu droga en su organismo.

—Fue un accidente —se lamenta—. Un cliente se puso demasiado duro y ella murió. Tuvimos que deshacernos de ella, y asegurarnos que no estuviera vinculada a nosotros a través de las drogas que usamos. Así que la llenamos de heroína.

Presiono mi talón sobre su garganta, disfrutando del sonido ahogado que sale de su boca.

—Le darás a mi amigo aquí presente los nombres y direcciones de todos los que están involucrados en este esquema. Incluidos los clientes. Incluso al puto conserje. Asegúrate de darle también los detalles de la mujer -Dolly- a cargo de las chicas. Y la dirección de donde las tienes.

Asiente.

—También necesito los nombres de los hombres que secuestran a las chicas.

—De eso se encarga Robert —grazna cuando aflojo un poco el pie.

Robert. El hijo de puta usa su verdadero nombre cuando atrae a las chicas.

—¿Americano? —pregunto.

—Sí. Ha estado trabajando para nosotros durante los últimos tres años. Julian lo trajo.

—Apellido y dirección.





Me da la información y la memorizo.

—Kostya —llamo—. Nuestro invitado está listo para hablar. Ven aquí a tomar notas y transmite todo lo que te diga a Maxim.

Lanzo una última mirada al hombre en el suelo.

—Si se te olvida algún nombre, volveré y terminaré lo que empecé. Y me aseguraré que permanezcas vivo y coherente hasta que haya terminado por completo.

Salgo del almacén y llamo a Asya para avisarla que no volveré hasta dentro de un par de horas. Dentro del coche, introduzco la dirección que me dio Bekim en el sistema de navegación.

Al parecer tendré otra charla esta noche.







## CAPÍTULO 17

— Asya —

Me despierto con la sensación de unos dedos peinándome. Pasha está tumbado en la cama a mi lado, todavía con la misma ropa que llevaba la noche anterior.

—¿Cuándo has vuelto? —pregunto.

—Hace cinco minutos —dice y sigue acariciando mi cabello—. Necesito enseñarte una foto de alguien.

—Bien. —Asiento. El otro día ya me enseñó fotos de más de una docena de hombres, preguntándome si reconocía a alguien, pero ninguno me resultaba familiar.

Pasha suelta mi cabello y se estira detrás de él para coger su teléfono de la mesilla de noche. Lo cojo cuando me lo tiende y miro la pantalla. La imagen es la de un hombre suspendido boca abajo del techo. No distingo mucho su cara, así que amplío la imagen. El teléfono casi se me resbala de las manos.

—¿Es él? ¿El que te secuestró? —pregunta Pasha. Su voz es tensa, como si hablara apretando los dientes.

Me trago la bilis que me ha subido de repente por la garganta.

—Sí.

Pasha asiente y me quita el teléfono de la mano. Me coge la barbilla con los dedos y me levanta la cabeza hasta que nuestras miradas se encuentran.

—Tenemos todos los nombres. Todos los implicados. La Bratva se ocupará del resto de su organización, pero le he dicho a Pakhan que este





es mío. —Se inclina hacia delante y presiona su frente contra la mía—. Dijiste que querías mirar.

—¿Qué?

—Él, muriendo. Lentamente. Mientras lo corto pedacito a pedacito.

Observo sus ojos grises mientras me devuelven la mirada y tomo su cara entre mis manos.

—Sí.

Pasha asiente.

—Voy a ducharme y cambiarme. Y luego nos iremos.

\* \* \*

Son dos horas en coche al oeste de la ciudad, hasta una casa destartalada que no es mucho más que un cobertizo. Pasha aparca el coche y se vuelve hacia mí, cogiendo mi mano entre las suyas.

—Si has cambiado de opinión, te llevaré de vuelta —dice—. No pasa nada si no puedes soportar volver a ver a ese hijo de puta. Volveré esta noche y me ocuparé de él.

Miro la casa a través del parabrisas. El hombre que destruyó mi vida y destrozó mi mente está al otro lado de esa puerta de madera. El pánico empezó a cundir en cuanto vi su imagen en el teléfono de Pasha y se multiplicó por diez durante el trayecto hasta aquí. La idea de volver a verlo me pone enferma, pero necesito esto. Necesito venganza. Tal vez verlo morir me ayude a recuperarme.

—Estoy lista —digo.

Lo primero que noto cuando Pasha abre la puerta de la casa es el hedor, una mezcla de vómito y orina. Es tan asqueroso que apenas consigo no vaciar inmediatamente el contenido de mi estómago. Dentro está oscuro. Las ventanas están cubiertas con cortinas desgredadas o tablas clavadas, y la única iluminación es la luz del sol entrando por la puerta abierta. Sigo a Pasha mientras da dos pasos a la izquierda, apretando su mano con todas mis fuerzas. Se oye un clic cuando enciende la luz. Es un sonido pequeño, apenas audible, pero en mi cabeza resuena







como una explosión. Quiero darme la vuelta y mirar a ese gilipollas a la cara, pero no me atrevo a moverme.

—Está bien, Mishka. —Pasha me rodea con sus brazos y aprieta mi cara contra su pecho—. Ya no puede hacerte daño. Y me aseguraré que no haga daño a nadie más, nunca más.

Inhalo profundamente, saboreando el aroma de Pasha. Es el aroma a seguridad. Y amor. Sería tan fácil pedirle que matara a ese hijo de puta por mí. Pero en el fondo, sé que necesito tocar esta melodía yo sola.

—¿Tienes un arma? —murmuro en el pecho de Pasha y siento que se queda inmóvil.

—Sí.

—¿Me la das? Por favor.

Su agarre se afloja y sus manos suben por mis brazos hasta llegar a mi rostro.

—No tienes por qué hacerlo. Me aseguraré que sufra.

Levanto la mano y acaricio su mejilla. Mi Pasha. Siempre dispuesto a librar mis batallas por mí.

—Por favor.

Cierra los ojos un segundo, mete la mano en la chaqueta y saca un arma.

—¿Sabes disparar?

—No.

—Bien. Sujétala así. —Me pone el arma en la mano y mueve los dedos hasta la posición correcta—. El seguro está puesto. Cuando estés lista, lo quitas. Aquí. Tienes que sujetar el arma con fuerza. Esta tiene un poco de retroceso.

Miro fijamente el arma. Es pesada. Mucho más de lo que esperaba. Trago saliva y me giro para mirar al hombre que arruinó mi vida.

Sigue en la misma posición que en la foto. Tiene los pies atados a la viga y los brazos colgando. Sin embargo, algo les pasa. Cuelgan en un ángulo antinatural. Cuesta creer que sea el mismo hombre que conocí en el bar. Sus ropas sucias están desgarradas por varios sitios. Tiene sangre





seca por todo el cuerpo, manchando su camisa y el suelo. Tiene los ojos cerrados y un lado de la cara hinchado. No se mueve. Podría pensar que ya está muerto, pero veo que su pecho sube y baja.

He imaginado este momento tantas veces. Soñé con hacerle pagar cada maldito segundo de mi dolor. Pensaba que si alguna vez tenía la oportunidad de vengarme, querría que sufriera como yo. Pero ahora, viéndolo así, solo quiero que termine.

Recorro la distancia que nos separa con pasos rápidos hasta situarme frente a él. Su cabeza está a la altura de mi pecho, y el olor nauseabundo es aún peor de cerca.

—Espero que ardas en el infierno —me atraganto y le escupo a la cara. Robert abre los ojos y se encuentra con los míos. Acciono el seguro apretando el cañón contra el puente de su nariz.

Y aprieto el gatillo.

## *Pavel*

Un fuerte estruendo recorre la habitación.

Rodeo a Asya por la cintura con el brazo izquierdo y la aparto para que el cadáver no la golpee cuando retroceda. Creo que ni siquiera se ha dado cuenta que estoy detrás de ella. Tomo el arma de su mano, deslizando el seguro, y con ella fuera de la casa.

Cuando llegamos al coche, tiro el arma al asiento trasero y coloco a Asya sobre el asiento, girándola hacia mí. Su mano y la manga de su abrigo amarillo están cubiertos de salpicaduras de sangre. Le desabrocho y quito el abrigo, tirándolo también al asiento trasero. Luego me quito la chaqueta y consigo meter los brazos de Asya en las mangas, envolviéndola en su cálido abrigo. No dice nada mientras la visto. Sus ojos parecen vacíos mientras mira fijamente al frente. Creo que ni siquiera me ve.







No debería haberla dejado hacer esto. Cuando cogió el arma y se volvió hacia el hijo de puta, estaba seguro que cambiaría de opinión. Creo que el sonido de un disparo nunca me había sacudido tanto.

—Mishka —le digo mientras limpio la sangre de su mano en la parte delantera de mi sudadera con capucha—. Por favor, di algo.

Asya parpadea. Sus ojos permanecen desenfocados.

Un pequeño copo blanco se posa en su mejilla. Le sigue otro. Miro al cielo. Está nevando. Agarro rápidamente la capucha de la chaqueta y se la pongo por encima de la cabeza.

—Vámonos a casa, cariño.

\* \* \*

Para cuando aparco el coche delante de mi edificio, la ligera nevada se ha convertido en una auténtica ventisca. Asya se pasa las dos horas de trayecto acurrucada en el asiento del copiloto con la cara pegada a mi hombro.

—Hemos llegado —le digo.

Asiente y se endereza, pero mantiene los ojos cerrados. Salgo del coche y camino por delante. Sin embargo, cuando abro la puerta del acompañante, Asya no se mueve.

—Vamos dentro. —Me agacho y la cojo en brazos.

El viento me da en la cara y me cae nieve en los ojos mientras la llevo hacia la entrada del edificio. El aparcamiento está apenas a doce metros, pero cuando llegamos a la puerta, los dos estamos cubiertos de nieve.

Apenas entramos en el apartamento, dejo a Asya en el suelo y le quito la chaqueta. Después me quito la sudadera. Es negra, como la chaqueta, y la nieve aún no se ha derretido. Me quito la capucha y me agacho para desatar sus botas. Tengo que volver a llamar a la psicóloga amiga del doctor y preguntarle qué hacer. No puedo decirle que dejé que Asya matara a un hombre, pero necesito algún tipo de consejo. ¿Y si sufre una regresión? Su silencio me está asustando.





Mientras desato la otra bota de Asya, siento sus manos en mi cabello. Despacio, levanto la vista y la encuentro observándome con una mirada extraña.

—Nunca debí darte esa pistola —susurro—. Lo siento mucho, cariño.

Asya ladea la cabeza y desliza las manos por mi cuello hasta el centro de la espalda. Coge un puñado de tela con los dedos, me pasa la camiseta por la cabeza y empieza a desabrocharse la suya. La miro mientras se quita la camisa y el sujetador y empieza a quitarse los vaqueros. Sigo agachado frente a ella cuando aparta la ropa y se queda desnuda ante mí.

Tomándome de la mano, me levanta y me desabrocha los vaqueros. No puedo apartar los ojos de ella mientras me quita los zapatos y el resto de la ropa, dejándonos a los dos desnudos el uno frente al otro.

—¿Asya, pequeña? —Al extender la mano para acariciar su rostro, salta sobre mí. A duras penas la atrapo a tiempo, consiguiendo agarrarla por debajo de los muslos. Sus brazos rodean mi cuello, sus piernas envuelven mi cintura y ella inclina la cabeza hasta que sus labios tocan la base de mi oído.

—¿Sí, Pashenka? —susurra.

Respiro. Nunca nadie me había llamado así. El Pakhan y algunos otros usan mi nombre completo, pero el resto me llama Pasha, la variante rusa abreviada de Pavel. Pero nadie ha utilizado nunca un diminutivo. En Rusia, suelen reservarse a los familiares más cercanos y a los cónyuges.

—¿Cómo sabes que existe ese diminutivo? —pregunto.

—He encontrado una página web sobre nombres rusos —dice depositando un beso en un lado de mi cuello—. Mencionaba que es un nombre muy íntimo y cariñoso, y que es mejor pedir permiso antes de utilizarlo. —Recorre su boca hasta un lado de mi mandíbula—. ¿Tengo tu permiso para usarlo?

—Sí —susurro.

Sus labios se acercan a los míos y se quedan a un suspiro.

—Quiero que me folles, Pashenka.







Mi polla se inflama al oírla. Aprieto sus muslos y me doy la vuelta, inmovilizándola contra la puerta principal. Noto su coño húmedo contra mis abdominales y tengo que contenerme para no enterrar mi polla dentro de ella. Asya me muerde el labio inferior y pierdo el control. La coloco encima de mi polla dura como una roca y empiezo a bajarla, aspirando su temblorosa respiración mientras la lleno. Gime en mis labios y me estruja el pelo cuando la saco.

—Más fuerte. —Su suave gemido se transforma en un grito cuando vuelvo a penetrarla.

Hace tiempo que perdí la capacidad de pensar racionalmente. Por puro instinto, me doy la vuelta y la llevo por la habitación hasta la mesa del comedor. Haciendo caso omiso de las pilas de documentos financieros sobre los que trabajé ayer y que ahora cubren la mesa, bajo a Asya directamente sobre uno de los contratos. Está tan húmeda que el papel bajo su culo se satura al instante.

—Túmbate, cielo. —La agarro por detrás de las rodillas y la acerco, colocando los pies en el borde de la mesa. Me mira con las piernas abiertas y una sonrisita ilumina su rostro.

—Estoy esperando —dice.

Sonrío y me acerco un paso, dejando que la punta de mi polla encuentre su sitio, y presiono con el pulgar sobre su clítoris. Ella respira entrecortadamente. Rozo su clítoris con pequeños círculos, provocándola, y luego la introduzco lentamente mientras aumento la presión con el pulgar. Antes de estar completamente dentro, su cuerpo empieza a temblar. Mi polla duele de lo dura que está, pero continúo con mis lentos movimientos, observando cómo su cuerpo se arquea sobre la mesa y deleitándome con cada sonido de placer que emite. Con un último círculo en su clítoris, le agarro los tobillos y enderezo lentamente sus piernas hasta formar una V perfecta. La penetro con fuerza, estrechando y ensanchando sus piernas con cada embestida y cada retroceso.

—Más fuerte. —grita.

Apoyo sus pantorrillas en mis hombros, aprieto sus rodillas y vuelvo a penetrarla. Grita de placer mientras su cuerpo se estremece. Noto los espasmos de su coño alrededor de mi polla y siento una sacudida en mi columna. Rujo y exploto dentro de ella.





\* \* \*

Acaricio el cabello de Asya mientras recorro su espalda con la mano. Lleva dos horas durmiendo encima de mí. Yo también debería intentar dormir un poco. Pasé la noche anterior cazando y, una vez que lo atrapé, dándole una paliza al hijo de puta que le hizo daño a mi chica. Pero no puedo dormir. Sigo pensando en Asya mientras apretaba el gatillo.

Se siente como si una cuenta atrás hubiera comenzado con esa bala. El hombre que destrozó su vida se ha ido. Roman me aseguró que se encargarían del resto de la organización, así que estoy seguro que mañana a estas horas estarán todos muertos.

Miro la cara de Asya, descansando en el centro de mi pecho. Suele dar vueltas en la cama mientras duerme, pero no ha movido ni un músculo desde que se quedó dormida. Tiro de la manta a la altura de sus caderas y la cubro por completo.

¿Cuánto tiempo nos queda? Estas últimas semanas le ha ido mucho mejor y rara vez tengo que ayudarla a tomar decisiones. Los hombres trajeados siguen incomodándola, pero también ha avanzado mucho para superarlo. Las pesadillas han cesado, y lo único que sigue angustiándola es la nieve. Estoy muy orgulloso de ella.

Por muy buenos que sean sus progresos, eso alimenta el pánico absoluto que crece dentro de mí. ¿Será hoy el día en que me diga que es hora de irse? ¿O será mañana? Hace semanas que dejé de insistirle para que se pusiera en contacto con su hermano. Me convencí a mí mismo que lo hacía para darle tiempo y espacio para sanar, pero me he estado mintiendo. Lo he hecho porque quiero que se quede. Para siempre.

Mientras observo su figura dormida, su presencia mitiga el vacío que se abre en mi pecho, pero el tictac de un reloj resuena en mi mente. La cuenta atrás de los días, o tal vez meras horas, que me quedan con ella.

*Tic. Tic.*

*Tic. Toc.*







## CAPÍTULO 18



—¿Estás segura, Asya? —le pregunto mientras le mantengo abierta la puerta del coche.

—No. Me coge de la mano y sale del coche.

—Vale, cariño.

Con la mano de Asya entrelazada en la mía, me dirijo hacia la entrada trasera del Ural. Sigo pensando que no es buena idea venir al club durante las horas en que está abierto al público. No es lo mismo que ir al centro comercial. Aquí habrá más gente en un espacio más reducido, todos hacinados. Y como Ural es un lugar de más categoría, la mayoría de los asistentes al club llevarán ropa elegante, incluidos trajes en el caso de los hombres. Sé que necesita enfrentarse a sus miedos, pero no me gusta la idea a que se estrese por ningún motivo. Quiero protegerla de cualquier daño. Pero Asya lleva dos semanas insistiendo, así que al final cedo.

Dejamos las chaquetas en el guardarropa y entramos en el espacio principal. Ya hay más de cien personas dentro. Asya rodea mi antebrazo con su brazo y se apoya en mi costado, pero no vacila mientras rodeamos la pista de baile en dirección a la esquina opuesta, lo que nos acerca a las escaleras que llevan a la planta superior. He dicho al personal que retire las mesas de ese lugar. Estamos a medio camino de nuestro destino cuando un hombre me saluda desde una de las cabinas VIP y se dirige hacia nosotros. Damian Rossi. El hermano del Don de Chicago. Se abre paso entre la multitud y se reúne con nosotros cerca de la escalera.





—Pavel, te he estado buscando. ¿Cómo funciona alquilar este lugar por una noche? —Sonríe, mira a Asya y le tiende su mano—. Soy Damian.

—Hola —dice ella en voz baja, pero no hace ademán de estrecharle la mano.

Apenas puedo contener las ganas de mandar al italiano al infierno, pero Asya parece estar bien. No quiero que piense que dudo de su capacidad para afrontar la situación. Dice que puede manejarlo y, a menos que note angustia, no interferiré.

—Los alquileres están limitados solo a los miembros de la Bratva —digo—. ¿Qué se celebra?

—Oh, nada especial. Unos amigos y yo queremos dar una fiesta y estamos buscando un local. —Se encoge de hombros, luego se vuelve hacia Asya y su sonrisa se ensancha—. ¿Te gustaría venir, *bellissima*? No he oído tu nombre.

Asya aprieta con fuerza mi antebrazo.

—Vete, Damian —digo en tono cortante.

—¿Qué?

Agarro la parte delantera de su camisa y meto la cara en la suya.

—Date la vuelta y vete. Ya mismo, joder. —gruño entre dientes.

Me mira confuso y levanta las manos.

—Vale, tío. No hay necesidad de discutir, y menos delante de una dama.

Le suelto la camisa y veo cómo vuelve a su mesa.

—¿Quieres irte? —Miro a Asya.

—Estoy bien. —Me ofrece una pequeña sonrisa—. Quedémonos un rato.

Cuando llegamos al lugar previsto, me apoyo en la pared y tiro de Asya hasta colocarla entre mis piernas, con su espalda pegada a mi pecho. Lleva vaqueros y un sencillo top sin mangas con escote alto. El tejido es de lana suave y ligera y tiene el mismo tono marrón que su cabello.







—¿Todo bien? —pregunto mientras rodeo su cintura con mis brazos.

—Sí.

Nos quedamos en silencio y observamos a la gente durante unos diez minutos. Al principio parece relajada, pero luego se apoya más en mí. Sus manos se acercan a las mías y me aprietan los dedos.

Inclino la cabeza hasta apoyar la barbilla en su hombro.

—Háblame.

—Estoy bien. Solo un poco inquieta. Hay mucha gente.

—¿Quieres irte?

Parece indecisa durante unos instantes, pero luego niega con la cabeza.

—Todavía no. Es un poco inquietante, pero puedo soportarlo. Quiero experimentar esto un poco más.

Aprieto los dientes. No quiero que esté cerca de nada que la incomode. Y desde luego no me gusta que se sienta incómoda. Si quiere quedarse, de acuerdo. Pero será bajo mis nuevas condiciones. Le doy la vuelta, la agarro por debajo de los muslos y la levanto.

Da un grito sorprendida y traba los pies detrás de mi espalda.

—¿Pasha?

Me pongo de cara a la pared, la apoyo en ella y le dejo ver la pista de baile.

—Ahora puedes seguir comprobando cosas —muerdo.

Asya arquea las cejas y sonríe.

—Me gusta aún más la nueva vista. —Se inclina hacia delante y pega sus labios a los míos—. Mucho mejor.

Le pellizco el labio inferior. Asya aspira y aprieta las piernas a mi alrededor. Mi polla se hincha. Noto el calor de su coño junto a mi polla, endureciéndose aún más cuando me agarra por la nuca clavándome los dientes en la barbilla.





—Quizá podamos irnos a casa después de todo —me dice en la boca—. ¿Qué dices, Pashenka?

No respondo, me doy la vuelta y la llevo hacia la salida.

## *Asya*

Casi tropiezo al intentar quitarme el pantalón sin soltarme del cuello de Pasha. Mis zapatos y mi top están en algún lugar del salón, junto con sus vaqueros y su camiseta. No estoy segura, pero creo que nuestras chaquetas pueden estar en el pasillo delante del ascensor. Finalmente me quito el vaquero y camino de espaldas hacia la cama, intentando desabrocharme el sujetador con una mano. Pasha se quita los bóxers, me agarra por la cintura y nos tira sobre la cama. Acabo tumbada sobre su pecho.

—Quiero que probemos algo —le digo y mordisqueo su barbilla—. Lo he visto en Internet.

—¿Qué?

—Umm... es una posición. —Sonrío tímidamente y me raspo con los dientes el labio inferior.

Pasha levanta una ceja.

—¿Oh? ¿Algo específico?

Sus manos descienden por mi espalda apretándome el culo. En sus manos, cada centímetro de mi piel parece haber sido electrocutado por un cable con corriente. Aún me cuesta creer hasta qué punto disfruto con sus caricias. Besándome. Haciéndome el amor. Al principio tenía miedo de asustarme en algún momento, olvidando quién es, y estremecerme ante sus caricias. La idea que eso pudiera ocurrir estuvo constantemente presente en mi mente durante un tiempo. Detestaba la posibilidad de hacerle daño sin querer si retrocedía involuntariamente, haciendo que pensara que había hecho algo malo. Eso ya no me da miedo. Tanto mi







cuerpo como mi mente lo reconocen, pase lo que pase. Incluso cuando es brusco. Incluso cuando me empuja contra la pared y me folla desde atrás. No hay ni una pizca de miedo. Solo un placer alucinante.

—Sí. —Sonrío y siento calor en mis mejillas.

Pasha desliza sus manos por mi espalda, toma mi rostro entre sus manos y me besa.

—Date la vuelta.

—¿Sabes lo que tengo pensado?

—Por lo colorada que tienes la cara, estoy seguro que sí. —Me muerde el labio—. Vamos, dame tu bonito coño.

Me doy la vuelta y me pongo de cara a su polla, dejando mi coño expuesto a su boca. Pasha me agarra por las nalgas, acercándose, y entierra su cara entre mis piernas. Su lengua rodea mi entrada y luego se desliza dentro, haciéndome jadear. Cuando busco su polla, me tiemblan las manos por las sensaciones abrumadoras. Aprieto su dura polla y me meto la punta en la boca. Pasha cambia el ritmo: los besos y lametones lentos se vuelven frenéticos y devora mi coño como si fuera el postre. La sensación combinada de su lengua en mi coño y su polla en mi boca no es comparable a nada que haya experimentado antes. Añade sus dedos y pellizca mi clítoris, y me corro en su cara.

Tardo unos instantes en recuperarme del subidón y luego me lo meto más profundamente en la garganta mientras él sigue sorbiendo mis jugos. Su respiración es agitada. Me doy cuenta que está a punto. Retiro mi boca de su cuerpo y me doy la vuelta para mirarlo. Clavo los ojos en los de Pasha, me coloco sobre su polla tensa y desciendo lentamente, maravillada al sentir cómo me llena. La mano de Pasha se levanta, agarrándose por detrás del cuello, y se queda allí mientras yo meneo las caderas y él me mira fijamente a los ojos, sin pestañear. Sus labios respiran entrecortadamente y los músculos de su pecho se tensan bajo mis manos, pero es la expresión de su rostro lo que atrae mi atención. Su mandíbula está apretada, sus labios fruncidos. Parece que quiere decir algo, pero se contiene.

—¿Qué ocurre, Pashenka? —pregunto mientras levanto el culo y vuelvo a bajarlo, jadeando cuando su polla me penetra profundamente.





Me aprieta el cuello, pero no dice nada. Me penetra desde abajo con tanta fuerza que mi mente se queda en blanco. Al momento siguiente, me encuentro boca arriba con el cuerpo de Pasha sobre el mío. Sigue agarrado a mi cuello mientras me empuja tan rápido que mi cuerpo tiembla y apenas puedo meter aire en mis pulmones. Me encanta cuando suelta su férreo autocontrol y me folla con toda su fuerza. No hay nada mejor que cuando me folla hasta que nos corremos al mismo tiempo. Me hace sentir fuerte, intrépida y más feliz que nunca. Me agarro a sus brazos y grito su nombre cuando estalla otro orgasmo.







## CAPÍTULO 19



Unas notas lentas y emotivas llegan desde el salón. Abro los ojos y miro al techo. Hace un rato ha tocado 'Für Elise'. No sé el nombre de esta melodía en concreto, aunque rara vez se lo pregunto porque prefiero que Asya me lo cuente ella sola. Su música es muy personal para ella, así que el hecho de compartir algo tan íntimo, sin que yo se lo pida, me llega al alma. Al principio, me acostumbré a no pedir cosas en mi vida, y se convirtió en un hábito. ¿Para qué pedir cosas si la respuesta casi siempre va a ser no? Sí, existe la posibilidad de obtener un resultado diferente, pero supongo que prefiero no pedir a enfrentarme a la decepción.

En mis primeros años en acogida, no dejaba de hacer las mismas tres preguntas. *¿Llamó mi madre? ¿Llamó alguien buscándome? ¿Volverá mi madre?* La respuesta siempre era no. Luego, las preguntas cambiaron. *¿Tengo otra familia? ¿Me elegirá otra familia como a otros chicos?* Como aquel chico problemático que se peleaba con los otros chicos en una de las casas en las que vivía. No recuerdo su nombre. ¿Era Kane? ¿O tal vez Kai? Dos de los otros chicos de acogida acabaron en urgencias cuando se burlaron de él por su pelo largo. El maldito loco le arrancó un pedazo de oreja a uno y le clavó un tenedor en el cuello al otro. Aquel chico desapareció después de aquello, y todos pensamos que había acabado en un reformatorio o en un psiquiátrico. Pero unos meses después oí a los trabajadores sociales decir que había sido adoptado. Así que volví a molestar a los padres de acogida y a los trabajadores sociales día tras día, preguntando si alguien me adoptaría a mí también. Pregunté y pregunté hasta que mi padre adoptivo se hartó y me gritó a la cara que dejara de hacer preguntas idiotas. Seguí su consejo.





¿Es mi miedo al rechazo lo que me hace tan difícil pedirle a Asya que se quede conmigo? Anoche estuve a punto de hacerlo. Tenía tantas ganas de pedírselo que apenas pude evitar que las palabras salieran de mi boca. Podría haber dicho que sí. Sé que le gusta pasar tiempo conmigo. Creo que incluso le gusto, pero quedarse conmigo significaría no volver con su familia. ¿Le gusto tanto como para elegirme a mí antes que a ellos?

La melodía del salón cambia. La conozco. Es la versión de piano de la introducción de *Juego de Tronos*. A Asya le encanta. Salgo de la cama, con la intención de arrastrarla de vuelta a ella, justo cuando suena mi teléfono en la mesilla. El nombre de Roman se ilumina en la pantalla.

—¿Pakhan? —pregunto al contestar.

—Necesito hablar contigo, Pavel.

—De acuerdo. —Asiento y me siento en la cama.

—En persona —añade con voz siniestra—. Te espero en la mansión dentro de una hora.

La línea se desconecta.

\* \* \*

Entro en el despacho del Pakhan y lo encuentro sentado detrás de su escritorio. Mikhail y Sergei también están allí, recostados en ambos sillones junto a la estantería.

—Pakhan. —Cierro la puerta tras de mí y me dirijo hacia su escritorio—. ¿Ocurre algo en los clubes?

—No exactamente —dice—. Dime, Pavel, ¿hay algo que deba saber? ¿Algo que se te haya olvidado mencionar, tal vez?

—¿Sobre qué?

Inclina la cabeza hacia un lado, mirándome.

—¿Te suena el nombre DeVille?

Un escalofrío recorre mi espalda.

Roman sonrío. No es una sonrisa agradable.







— Ya veo que sí. — Se inclina hacia delante y golpea el escritorio con la mano—. ¿En qué coño estabas pensando al esconder a la hermana de Arturo DeVille en tu casa?

Tardo unos instantes en recuperarme. ¿Cómo coño se ha enterado?

— No quiere que nadie lo sepa. Su hermano incluido — digo entre dientes—. Cuando esté preparada, lo llamará.

— ¡Me importa una mierda lo que ella quiera! — gruñe Roman—. ¡Su hermano lleva meses buscándola, pensando que está muerta! ¿Puedes al menos imaginar lo que ha sido para él? ¿Su hermanita desaparecida, sin saber si está viva o muerta?

Aprieto las manos y rechino los dientes.

— Asya no quiere llamarlo, Roman.

— ¿Sabes que tiene una hermana, Pavel? — continúa Roman—. ¿Una hermana que pasó dos semanas en el hospital después de tragarse un frasco de somníferos porque creía que era culpa suya que Asya desapareciera?

— Mierda. — Cierro los ojos—. ¿Ella está bien? ¿Su hermana?

— Está bien.

— ¿Cómo sabes todo esto? — pregunto y le miro.

— Cuando Asya desapareció, Ajello envió un mensaje a todas las familias de la Cosa Nostra, exigiendo que lo denunciaran si alguien la veía. Envío su foto. — El Pakhan suspira—. Damian Rossi os vio anoche en el Ural. Arturo estaba en mi puerta a las seis esta mañana.

Me agarro al respaldo de la silla que tengo delante, con tanta fuerza que se me ponen blancos los nudillos.

— ¿Le has dicho dónde está?

Roman lanza una mirada hacia donde están sentados Mikhail y Sergei.

— Ahora mismo está de camino a tu casa, Pavel.

Lo miro fijamente mientras el miedo, peor que ninguno que haya experimentado jamás, se extiende desde la boca de mi estómago. Se la va a llevar. Giro sobre mis talones, dispuesto a salir corriendo del despacho





y dirigirme a casa, solo para encontrarme a Sergei bloqueándome la salida.

—¡Muévete! —gruño y arremeto contra él, pero dos brazos me agarran por detrás.

—Pasha. Cálmate —dice Mikhail, sujetándome.

Empujo la cabeza hacia atrás, dándole un cabezazo en la frente. El agarre de Mikhail vacila y yo aprovecho la oportunidad y arremeto contra Sergei. Me da un puñetazo en la cabeza, pero le meto el codo en el estómago. Esquivo su siguiente puñetazo y le doy un golpe en la cara justo cuando Mikhail se abalanza sobre mí por detrás, inmovilizándome contra la pared junto a la puerta.

—¡No puedes alejar a una persona de su familia, joder! —ruge junto a mi oreja y me golpea la cabeza contra la pared.

—¡Se la llevará!

—No puede llevársela si ella no quiere irse —dice Mikhail—. Pero si ella quiere, no tienes derecho a obligarla a quedarse.

—Lo sé. —Cierro los ojos y me desplomo contra la pared, derrotado.

—Déjalo ir, Mikhail. Puedes irte —dice Roman desde algún lugar detrás de mí—. Tú también, Sergei.

Oigo abrirse la puerta y pasos en retirada, pero no me muevo. Apoyo la frente en la superficie fría. Poco a poco me voy entumeciendo.

—Pavel, mírame.

Abro los ojos e inclino la cabeza hacia un lado. Roman está a mi lado, apoyado en su bastón.

—Tienes que dejarla ir. Si no lo haces, ni tú ni ella sabréis si está contigo porque te ame. O si es porque tiene miedo de irse.

—No lo entiendes —le digo—. Nunca he tenido a nadie, Roman. Hasta ella. Ya no puedo imaginar mi vida sin ella.

—Necesita ir a ver a su hermana. Necesita a su familia. Y su familia la necesita. Pero volverá.

Vuelvo a mirar a la pared.

—No lo hará. Si se va, no volverá.







—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque ella no me necesita ahora, Roman. Me necesitaba antes. Ahora ya no.

—¿Quieres que se quede contigo solo porque te necesita? Te mereces algo mejor que eso. Ambos lo merecéis.

—Lo sé. —Me golpeo la frente contra esa maldita pared como si eso ayudara a sofocar el terror que me invade por dentro.

—Vete a casa. Habla con ella. Habla con Arturo, se merece una explicación. —Roman me pone la mano en el hombro y aprieta—. Tómame unos días de descanso si lo necesitas. Y por favor, deja de golpear tu gruesa cabeza contra mi pared. Vas a romperla, joder.

—¿Mi cabeza? —pregunto.

—La pared, Pavel. Si tu cráneo no se rompió durante todos esos años de lucha, seguro que no lo hará ahora.

Resoplo y sacudo la cabeza.

*Asya*

Llaman a la puerta.

Mis dedos siguen en las teclas del piano. Pasha jamás llama a la puerta. Siempre llama al timbre. Debe de ser un vecino que quiere pedirme que no toque tan alto. Cruzo el salón y abro la puerta. Cuando mis ojos se posan en el hombre que está al otro lado, doy rápidamente un paso atrás.

—Dios mío —dice mi hermano entrecortadamente y tira de mí en un abrazo de oso, apretándome tan fuerte que es imposible mover un músculo.

Intento respirar hondo, pero no parece entrar aire en mis pulmones. Otro intento. Arturo afloja el abrazo y me mira con una mirada un poco enloquecida. Y entonces, vuelve a aplastarme contra su cuerpo. Me





tiemblan los brazos mientras lo abrazo y aprieto la mejilla contra su pecho.

—Creí que habías muerto —me dice acariciándome el cabello—. Creía que alguien te había secuestrado, y he estado esperando a que alguien llamara para pedir un rescate. La llamada nunca llegó.

—Lo siento —murmuro, con los ojos llenos de lágrimas. Es difícil creer que esté aquí después de tanto tiempo. Y me siento bien—. Lo siento mucho, Arturo.

—¿Por qué, Asya? ¿Por qué no nos dijiste que estabas bien? —Toma mi rostro entre sus manos y alza mi cabeza—. ¿Dónde has estado todo este tiempo?

Observo a mi hermano mientras la preocupación enciende una sensación premonitoria en la boca de mi estómago, extendiendo las acaloradas pulsaciones del pavor por mi pecho.

—Encontramos tu bolso y tus gafas detrás de ese bar. Y sangre. ¿Qué ocurrió?

Abro la boca, pero ninguna palabra sale de mis labios.

—¡Joder, Asya, di algo, maldita sea!

—¡Me violaron! —grito en su cara.

A Arturo se le va todo el color de la cara. Parpadea. Sus manos en mis mejillas empiezan a temblar. Le rodeo la espalda con los brazos y entierro la cara en su pecho.

Y entonces hablo, pero no se lo cuento todo.

Cuando termino, Arturo se arrodilla frente a mí y sigue abrazándome. Enredo los dedos en su cabello y apoyo la mejilla sobre su cabeza, escuchándole mientras murmura cómo va a crucificar al hijo de puta que me hizo daño, y luego cuánto me quiere.

—Yo también te quiero, Arturo —susurro.

Y por eso no le he contado toda la historia. Me he saltado la peor parte. Es mejor así.







—Tenemos que llamar a Sienna —murmura Arturo—. No quería contarle nada hasta estar seguro. Por si ...por si no eras tú, no podía arriesgarme a que volviera a hacer una estupidez.

—¿Qué quieres decir?

Sacude la cabeza y me abraza con más fuerza.

—¿Qué ha hecho, Arturo?

## *Pavel*

Lo primero que veo cuando entro en el apartamento es un hombre moreno sentado en el sofá del salón. Mira al suelo entre sus pies, sus codos apoyados en las rodillas mientras se agarra el pelo con las manos.

—¿Dónde está Asya? —pregunto.

—Dándose una ducha. Preparándose para marcharse —dice, sin dejar de mirar al suelo.

—¿Te lo ha contado todo?

—Sí. También sé que ha estado aquí todo este tiempo.

Cruzo el salón y tomo asiento en el sillón reclinable situado a su izquierda.

—Necesito darte algunos consejos sobre Asya.

Levanta la cabeza y dos ojos castaños oscuros, del mismo color al de Asya, me clavan una mirada llena de odio.

—No necesito que me des putos consejos sobre mi hermana. La he criado desde que tenía cinco años.

Ignoro su hostilidad.

—Todavía tiene problemas para tomar algunas decisiones. Lo hemos solucionado casi todo, pero puede que necesite ayuda de vez en cuando. Intenta no darle una dirección concreta, más bien oriéntala hacia ella.





Me mira en silencio.

—Nada de margaritas. Flores no, y tampoco ninguna otra cosa, como cortinas o lo que sea con dibujos de ellas —continúo—. Ya no la alteran los trajes, pero las corbatas de hombre aún pueden angustiarla. Si estáis en público y el lugar está lleno de hombres desconocidos que llevan traje, tienes que cogerla de la mano.

Se mira a sí mismo, concentrándose en su corbata gris de seda, luego levanta la cabeza y pasa sus ojos por encima de mi camiseta y mis vaqueros. Cuando sube la mirada y nuestros ojos se encuentran, veo el odio que hay en ellos.

—¡Jesús, joder! —me ladra—. Estás enamorado de ella.

No aparto la mirada y respondo.

—Sí.

—¡Tiene dieciocho años, por el amor de Dios! Eres demasiado mayor para ella. Asya necesita a alguien de su edad. Y definitivamente no un ex convicto.

—¿Me investigaste?

—Por supuesto que te investigué. Quería conocer al hombre que me estaba ocultando a mi hermana. Incluso desenterré videos de algunas de tus peleas.

—Bien, espero que fueran entretenidos.

Arturo se inclina hacia delante y me clava la mirada.

—¡Intentaste robarme a mi hermanita! Una niña maltratada y herida. La alejaste de su familia, aunque sabías que nos necesitaba —escupe—. No sé qué clase de fantasía enfermiza creaste, jugando a las casitas con una adolescente, y no me importa. ¡No dejaré que vuelvas a acercarte a ella! ¡Nunca! Mi hermana se merece algo mejor.

—Lo sé. —Me levanto y me dirijo al estante que hay junto a la puerta principal, donde guardo algunos bolígrafos y papel—. Te daré mi número. Llámame si necesitas ayuda.

Vuelvo y dejo el papel en la mesita, frente a Arturo, y luego me dirijo hacia la puerta principal.







— Volveré dentro de dos horas. ¿Te habrás ido para entonces?

— ¿No te despides? — enarca las cejas.

— No — digo.

— Bien.

Asiento y salgo del apartamento.

\* \* \*

Estoy sentado en mi coche a dos calles de mi edificio cuando suena mi teléfono. 'Sonata Claro de Luna' me envuelve. Echo la cabeza hacia atrás y contemplo los coches, circular por la calle. El sonido se detiene, pero inmediatamente vuelve a sonar. Dejo que siga su curso, el sonido reverbera en el pequeño espacio. Podría haberlo silenciado. Cada maldito tono es como un cuchillo en el pecho, pero no lo he hecho. El teléfono suena cuatro veces más, y dejo que suene todas las putas veces.

Llega un mensaje. Cojo el teléfono del salpicadero y miro la pantalla. Es un mensaje de voz. Le doy al play.

— ¿Pasha? ¿Qué sucede? ¿Arturo dijo que llegaste a casa y te fuiste? ¿Pasó algo? — Ruidos de fondo—. Nos dirigimos al aeropuerto. Tengo que ir a ver a Sienna. Ella... — Moquea—. Mi hermana intentó suicidarse. Pensó que lo que me había ocurrido fue culpa suya. Me quedaré con ella unos días y luego volveré. Te llamaré cuando llegue —Su voz sonaba temblorosa. ¿Estaba llorando?

El mensaje termina. Vuelvo a darle al play. Y de nuevo.

\* \* \*

Es casi medianoche. Estoy tumbado en el sofá, agarrando el teléfono mientras sigue sonando en mi mano. Tengo tantas ganas de pulsar el botón verde y coger la llamada que me estoy volviendo loco. Pero no lo hago. Mi mente sigue repitiendo esa frase que dijo el hermano de Asya.

*La alejaste de su familia, aunque sabías que nos necesitaba.*





Y tenía razón. Debería haberme puesto en contacto con él para hacerle saber que estaba a salvo. Si le hubiera explicado la situación, habría aceptado esperar hasta que Asya estuviera lista para enfrentarse a él. Pero fui demasiado egoísta y me aterrorizaba la idea que me la arrebatará. Ya no podía imaginar mi vida sin ella. La posibilidad a que se fuera me aterrorizaba y estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario para asegurarme que se quedara. Así que mantuve la promesa que le hice y guardé silencio, como un hijo de puta que se protege a sí mismo. Me convertí en su puto demonio. Nadie merece estar con una persona así, especialmente Asya.

Siempre he creído que podría medir el amor por lo mucho que desearía estar con una persona. La decisión de estar con alguien el resto de mi vida parecía la cima del amor. Error. Ahora entiendo las cosas mucho mejor. Sabiendo que Asya, la mujer que amo, estará mejor sin mí, tengo que dejarla ir. Aunque duela. Aunque me destruya por dentro. Tal vez, si amara a Asya un poco menos, habría encontrado una manera de mantenerla conmigo. Pero la amo demasiado como para hacerle eso, así que la dejaré ir.

Debería haber respondido a la llamada. Decir adiós, al menos. Pero no puedo. Oyéndola decir que volvería, pero sabiendo que no lo haría, no podía arriesgarme a hablar con ella. Habría hecho algo estúpido, como hacer que prometa que volverá conmigo.

Mis ojos se posan en el piano, cerca de la ventana del salón. ¿Por qué no se lo ha llevado? Me levanto del sofá y me dirijo a la cocina para coger la caja de herramientas que guardo debajo del fregadero. Cuando vuelvo al salón, tengo un martillo en la mano. Camino hacia el instrumento con la intención de destruirlo hasta que no quede nada de él, pero en lugar de eso, acabo mirando las teclas durante una hora. A Asya le encanta este piano. El martillo cae de mi mano y golpea el suelo lustroso con un sonoro ruido sordo. No puedo destruir algo que la hacía feliz.

Suena mi teléfono. Lo cojo y lo arrojo al otro lado de la sala.

Es mejor así para ella. No se sentirá obligada a llamarme por un sentimiento de gratitud o lo que sea. Puede que le cueste adaptarse los







primeros días en casa, pero ahora tiene a su familia. Y amigos. Pronto se olvidará de mí y seguirá con su vida. Tal vez yo haga lo mismo.

El teléfono vuelve a sonar. Suena dos veces más esa noche.

Sigue sonando al menos diez veces al día durante los cinco días siguientes.

Al sexto día, solo suena una vez y las llamadas cesan.





## CAPÍTULO 20



### *Tres semanas después*

Aparco el coche a una manzana de la casa de Asya y me dirijo calle arriba.

Llegar en avión habría sido mucho más fácil. En lugar de eso, conduje trece horas, con la esperanza de cambiar de opinión por el camino y dar media vuelta. Me detuve tres veces y estuve a punto de convencerme de hacer exactamente eso, pero cuando volví a la carretera, seguí hacia el este. La necesidad de volver a verla es una obsesión, lo único en lo que he pensado durante días. Solo un vistazo rápido, y me iré.

Algo húmedo se posa en mi mejilla, así que miro al cielo nocturno. Está nevando. Mi pecho se contrae al ver los copos blancos caer sobre mi rostro. A mi Mishka no le gusta la nieve. Es lo único que no hemos podido superar.

Me prometí que no seguiría esperando su regreso. Sabía que no lo haría, no después de todas las llamadas que no cogí y los mensajes que dejé sin contestar. Sin embargo, seguía teniendo esperanzas.

La semana pasada, sintiéndome más miserable que nunca, saqué del fondo del armario la caja con mi kit de tatuajes. No tengo la menor idea del porqué conservo esa cosa. Dejé de añadir tatuajes hace más de una década. Aquella noche, sin embargo, me senté a la mesa del comedor, en mi vacío apartamento, y me puse a trabajar en una nueva tinta. Como no tenía ningún sitio libre en el torso ni en los brazos, me lo hice en el dorso de la mano. Cuando Kostya me vio al día siguiente, me preguntó si era







una de esas cosas temporales porque nunca antes me había tatuado una parte visible del cuerpo. Le dije lo que pensaba de su opinión con mis nudillos recién tatuados.

Solo puedo ver la parte superior de la casa en lo alto de la calle. La mayor parte está oculta tras la alta verja y la vegetación, pero coincide con la descripción que Dimitry pudo encontrar. El hogar de Asya.

Sigo observando la casa, intentando ver luz en una de las ventanas, cuando un llamativo vehículo dobla la esquina y aparca justo delante de la verja. Hay una farola cerca, así que retrocedo a la sombra de un árbol. El hombre que desciende del lado del conductor es joven, probablemente de unos veinte años. Sonríe, obviamente animado. Abre la puerta del acompañante, donde una mujer toma su mano y se baja. Lleva un abrigo blanco desabrochado, revelando un vestido rojo sangre debajo. Ahora nieva con más fuerza y los copos de nieve se pegan a la falda de plumas del vestido. El hombre la abraza por la cintura, estrellándola contra su cuerpo. La mujer se ríe.

Conozco esa risa. Quiero dar media vuelta e irme, pero no puedo apartar los ojos de la mujer mientras inclina la cabeza y besa al hombre. No es un beso amistoso, sino apasionado. La mano del hombre se desliza por su espalda.

La verja se desplaza a un lado y la mujer se desenreda del abrazo. Un momento antes de desaparecer por la verja, vislumbro su rostro. Se ha cortado el cabello. Ahora le llega hasta los hombros, pero no hay duda.

Es mi Asya.

Algo se rompe en mi pecho. Estoy seguro que es mi corazón.

La verja se cierra y el vehículo se marcha, pero sigo de pie entre las sombras, mirando la casa más allá de la valla.

Ella está bien. No estoy seguro si el hombre que vi es solo una cita o un novio, pero en realidad no importa. Ella ha seguido adelante. Esperaba que lo hiciera, pero verlo duele tanto. Aunque se merece ser feliz. Y me alegro que lo sea.

Me doy la vuelta y vuelvo al coche, con la nieve crujendo bajo las suelas de mis zapatos. No podía dormir en mi propia cama desde que se





fue, así que pasé las primeras noches en el sofá y luego me mudé a una de las habitaciones vacías.

Pero ya no puedo hacerlo. No puedo estar en ese lugar ni pretender vivir mi antigua vida.

Cuando estoy dentro de mi coche, llamo a Roman.

—Pavel? —suenan su voz desde el otro lado.

Miro la casa calle arriba por última vez.

—Lo dejo —digo y corto la conexión.

*Asya*

Cuelgo el teléfono y observo a mi hermana quitarse los tacones y dirigirse al armario.

—Esa cosa es horrible —digo.

—¿Qué? —Sienna se da la vuelta y levanta la cadera—. Esto es de la última colección.

Siempre me sorprende cómo dos personas pueden parecer idénticas por fuera, pero tener personalidades y gustos muy diferentes.

—Tiene malditas plumas, Sienna. ¿Cómo lo lavas?

—Limpieza en seco —dice y abre la cremallera de la monstruosidad roja—. ¿Cuándo piensas salir de casa? Podemos ir de excursión a los montes Catskills.

—¿Senderismo? —Arqueo las cejas. Lo más alto que ha subido mi hermana fue a un taburete para coger el viejo secador de pelo de la estantería cuando se le murió el de siempre.

—¿Qué? Podría ser divertido.

Sacudo la cabeza y vuelvo a mirar el móvil.

—No estoy de humor.







Sienna deja de jugar con el vestido y se deja caer en la cama a mi lado.

—Tienes que olvidarte de ese tipo, Asya. No quiere nada contigo. Ya tendrías que haberte dado cuenta.

—No lo sabes.

—¡Le has telefonado más de cincuenta veces! He comprobado tu historial de llamadas —dice y me coge el teléfono—. Por favor, no me digas que le has vuelto a llamar.

—¡Devuélvemelo! —Salto hacia ella, intentando coger mi móvil—. ¡Sienna!

—¡Lo hiciste! No puedo creerlo.

—No le he llamado. —Le quito el móvil—. Estaba mirando unas fotos.

—¿Qué fotos?

Me encojo de hombros.

—¡No me habías dicho que tenías fotos de él! —Sienna me mira con los ojos muy abiertos—. ¡Déjame ver! ¿Por favor? ¿Por favor? ¿Por favor?

Desbloqueo el teléfono y se lo paso de mala gana. Ella lo coge con un chillido y empieza a revisar las carpetas.

—¡Oh, estoy deseando... santa mierda, Asya! ¿Es él?

Miro la pantalla, la foto de Pasha que le hice en secreto una mañana mientras dormía. Está boca arriba con el brazo echado sobre su rostro. La manta está enrollada alrededor de su cintura, dejando a la vista su ancho pecho tatuado.

—Sí. —Asiento.

Sienna pasa a la siguiente imagen. Esa está un poco borrosa, la tomé el día que me regaló el teléfono. Estaba probando la cámara haciéndome un selfie, pero moví la mano demasiado rápido. En la foto, estoy apoyada en el pecho de Pasha y miro a la cámara. Él me rodea la cintura con el brazo y me mira desde arriba.





—Aun no entiendo lo que ha sucedido —digo, mirando a la pantalla—. ¿Por qué me ha dejado fuera? ¿He hecho algo? ¿Ha decidido que ya no puede ocuparse de mis problemas?

—Asya, detente. —Sienna toma mi mano—. No hiciste nada malo. ¿Me oyes? No te merece, no después de cómo ha actuado.

—Lo echo tanto de menos —susurro y vuelvo a mirar el teléfono. Ojalá le hubiera hecho más fotos.

—Será más fácil. Conocerás a un chico, te enamorarás y te olvidarás por completo del ruso. —Me envuelve en su brazo y me abraza—. Cuando estés lista, saldremos juntas y encontraremos al chico más guapo y dulce para ti. ¿Te parece bien?

Me invade una sensación de pesadez y cierro los ojos. No quiero un chico dulce y guapo. Quiero a Pasha. La sola idea que otro hombre me toque me revuelve el estómago. El ácido sube por mi garganta, así que me abanico la cara, esperando que se pasen las náuseas. Pero no pasan. Solo empeoran. Salto de la cama y corro hacia el baño, donde apenas llego a tiempo. Sienna corre detrás de mí y me aparta el pelo de la cara mientras vacía el contenido de mi estómago. Cuando acabo, me desplomo en el suelo junto al váter y miro al techo.

—No puedo ni pensar en otros hombres sin vomitar, Sienna —susurro.







## CAPÍTULO 21

— Asya —

### *Un mes después*

Suena el teléfono mientras ordeno el armario por tercera vez esta semana. He descubierto que doblar las cosas me ayuda a mantener la mente libre de pensamientos. Es curioso, también he empezado a ordenar mi ropa por colores. Cojo el móvil y veo que es un desconocido. Solo un par de personas tienen este número porque aún uso el teléfono que me dio Pasha. En algún lugar de mi interior, aún tengo esperanzas que llame, pero ya han pasado casi dos meses.

—¿Sí?

—¿Asya? —pregunta una voz masculina vagamente familiar—. ¿Puedes poner a ese pedazo de mierda al teléfono? Lleva semanas ignorando mis llamadas y tengo un lío en Ural.

Levanto las cejas.

—¿Kostya?

—Por supuesto, soy yo, dulzura. ¿Quién más tiene una voz tan sexy? Joder, por favor, no le digas que te he llamado dulzura.

—¿Decirle a quién?

—A Pasha, por supuesto. ¿Puedes pasármelo, por favor? Me ha llevado dos días descifrar la contraseña de su cuenta de correo para encontrar tu número. Las cosas aquí se están poniendo catastróficas.





¿Por qué Kostya pensaría que Pasha está conmigo? Me trago el nudo que se me ha formado de repente en la garganta y cierro los ojos.

—No está aquí.

—Por favor, dile que me llame cuando...

—No está aquí, Kostya. No lo he visto desde que me fui de Chicago —digo ahogándome.

—¿Qué? ¿No está contigo? ¿No te ha llamado hace poco?

—No. Lo he llamado, pero nunca me ha contestado —digo—. ¿Qué ocurre?

Por un momento, no hay más que silencio antes que Kostya responda.

—Pasha renunció hace un mes.

—¿Renunció? No puede renunciar a la Bratva. Petrov va a cazarlo y matarlo.

—Roman no lo matará, pero no creo que a Pasha le importe. —Una maldición rusa viene del otro lado, luego un sonido de algo rompiéndose—. Nadie sabe dónde está. Contestó a mis llamadas la primera semana, pero luego nada. No ha estado en su apartamento, así que esperaba que estuviera contigo.

Se me revuelve el estómago.

—¿Ha desaparecido antes?

—¿Pavel? —se ríe, pero suena forzada—. No se ha tomado ni un solo día libre desde que se unió a la Bratva. Bueno, antes de ti, quiero decir.

—¿Dónde está, entonces? —Quiero hacer la pregunta con calma, pero acabo sonando como si estuviera gritando porque mi voz es más alta de lo normal y temblorosa.

—No tengo idea, Asya.

Camino por la habitación, intentando calmarme, pero siento una opresión en el pecho y el corazón se me acelera. Tengo el mal presentimiento que algo realmente horrible está a punto de suceder.

—Necesito que me llames tan pronto sepas algo de él. Por favor.







—Seguro, tesoro. Haré unas llamadas para ver si alguien lo ha visto o sabe algo de él y luego te avisaré.

Cuando terminamos la llamada, me dirijo a la ventana con vistas al jardín y contemplo nada en particular. Me prometí que no volvería a llamarlo. Si quiere hablar, que me llame.

Miro el teléfono y pulso el número de marcación rápida. Suena. Y suena. Cierro los ojos, apoyo la frente en la ventana y sigo escuchando el tono hasta que se desconecta sin pasar al buzón de voz. Vuelvo a llamar. Y vuelvo a llamar. Al cuarto intento, llega un mensaje. Tengo miedo de lo que pueda decir, así que me quedo mirando su nombre durante al menos diez minutos antes de armarme de valor y abrirlo.

*23:15 Pasha: Deja de llamar, Mishka. Por favor.*

—¡Que te jodan! —grito a la pantalla y tiro el teléfono a la cama. Y luego lloro.

## *Pavel*

Los sonidos familiares de vítores y gritos me rodean. Igual que el hedor a sudor mezclado con el leve olor a moho. Suenan risas y luego más gritos. Apoyo la espalda en el muro de hormigón y miro fijamente el teléfono en mi mano y el mensaje que acabo de enviar.

Ha llamado ella. Mirar su nombre en la pantalla, no responder a esas llamadas, ha sido lo más jodidamente difícil que he hecho nunca. Si hubiera seguido llamando, probablemente me habría rendido.

Compruebo el registro de llamadas. Hay cientos de llamadas perdidas en las últimas semanas. Al menos cincuenta son de Kostya, pero hay docenas de Roman, y Mikhail, también. El resto de los chicos también han estado llamando. Incluso Sergei. Nunca contesté. No tenía ganas de hablar. ¿Qué había que decir?

Pulso el nombre de Asya al principio de la lista, deslizo el dedo hacia un lado y borro la entrada. Luego, vuelvo al mensaje enviado y lo





borro también. Ver su nombre duele demasiado. Debería borrar su número, pero no serviría de nada. Lo memoricé en el momento en que le compré el teléfono.

Una puerta metálica al otro lado de la habitación chirría al abrirse dejando entrar a un hombre. Con su traje negro y su corbata, tiene aspecto de hombre de negocios. Bueno, teniendo en cuenta la gente que viene a ver estas peleas y la cantidad de dinero que cambia de manos cada noche, tienen que mantener la elegancia.

—Tú eres el siguiente —dice un momento antes del repique de la campana, seguido de excitados griteríos—. Intenta no incapacitar a tu oponente en el primer asalto esta vez. Al público le gusta verlos luchar un poco.

Termino de vendarme las manos, me levanto y me dirijo hacia la puerta mientras estallan más vítores en dirección a la jaula de combate.







## CAPÍTULO 22

— Asya —

El teléfono vibra junto a mi almohada. Me incorporo en la cama y pulso el botón para atender la llamada, luego presiono el teléfono contra mi oreja.

— ¿Lo has encontrado? — susurro.

— Sí — dice Kostya desde el otro lado.

Cierro los ojos y respiro. Han pasado cuatro malditos días.

— Entonces, ¿está bien?

— Lo está. En cierto sentido.

Abro los ojos de golpe.

— ¿Qué quieres decir con eso de 'en cierto sentido'?

Kostya suspira.

— Está peleando otra vez.

— ¿Qué?

— Sí. Intenté hablar con él. No fue bien. Roman también lo llamó. Incluso fue a su último combate. Pasha no quiere volver.

— Pero... ¿por qué? ¡Me dijo que dejó de pelear hace diez años!

— Pasha es un tipo muy cerrado, cariño. ¿Quién sabe lo que pasa por su cabeza?

Hundo mi mano en mi cabello, apretándolo.

— ¿Son peligrosos esos combates?





No contesta.

—¿Lo son, Kostya? —grito al teléfono.

—Son combates clandestinos, Asya. ¿Qué esperabas?

—No lo sé. Nunca he estado en un combate de boxeo.

—No es un combate de boxeo, cariño. El boxeo tiene reglas. Estas peleas no las tienen —dice en tono sombrío mientras mi teléfono suena con un mensaje entrante.

—Te he enviado el enlace a la página web del club y una contraseña para acceder a ella. Busca 'Pavel Morozov combates' y compruébalo tú misma. Pero sáltate el último combate.

—¿Por qué? —me ahogo.

Respira hondo.

—Sé que te agrada, cariño. Por favor, no veas el último vídeo.

Cuando Kostya termina la llamada, abro el mensaje con el enlace y hago clic en él. A primera vista, el sitio web parece una página promocional de gimnasio normal y corriente, con imágenes de aparatos de ejercicio y gente haciendo estiramientos o levantando pesas. En la esquina superior derecha, encuentro un botón para iniciar sesión. Hago clic en él e introduzco la contraseña de diez dígitos que Kostya me envió con el enlace. Aparece una nueva ventana y de inmediato me fijo en el gráfico. En la primera columna aparecen los nombres, y veo que Pasha es el segundo de la lista, justo debajo del nombre de otro tipo. Junto a los nombres aparecen la clasificación y el número de victorias. Pasha ocupa actualmente el segundo lugar. Debajo de la tabla de clasificación está el calendario de este mes. Me desplazo hasta el final y veo que solo queda un combate este mes, fijado para mañana por la noche. Es entre Pasha y el primer clasificado. Vuelvo a subir para ver el número de victorias. Junto al nombre de Pasha hay doce. Echo un vistazo al número del otro competidor y se me hieló la sangre. Son cincuenta y cuatro.

—Jesús, joder. —Me hundo en el suelo, apoyo la espalda en la pared y tecleo 'Pavel Morozov' en el buscador. Aparece una colección de vídeos. El más antiguo es de hace un mes. Le doy al play.







No estoy segura que esperaba. Probablemente un ring de lucha y algunas personas de pie a su alrededor. Al menos, así me imaginaba yo los combates de boxeo. Lo que veo no se parece en nada. El vídeo comienza con una vista desde arriba, mostrando el interior de una fábrica abandonada o un almacén. En el centro, sobre una plataforma elevada, hay una jaula octogonal. Alrededor de la jaula hay hombres y algunas mujeres sentados en cómodos sillones. Todos van impecablemente vestidos, como si hubieran acudido a una reunión de negocios y no a ver un combate. Algunos incluso tienen guardaespaldas cerca.

Se abre una puerta metálica frente a la jaula y entran dos hombres. La cámara enfoca a los luchadores y casi no lo reconozco. Pasha se ha rapado todo el pelo. Pero, de algún modo, ese no es el mayor cambio. Su postura, su forma de andar y la expresión adusta de su rostro hacen que parezca otra persona. Sube a la jaula para colocarse en un lado mientras su oponente se dirige al extremo opuesto. El árbitro señala el comienzo.

Pasha y su rival se rodean. El rival golpea el costado de Pasha, pero este lo esquiva, agarra su cabeza y le da un rodillazo en la cara. La sangre brota de la nariz del tipo, y aparto la vista de la pantalla. Cuando reúno el valor suficiente para volver a mirar, Pasha está de pie sobre su oponente, presionando la cara del hombre caído contra el suelo. Nunca he visto un combate de boxeo, pero tenía la impresión que duraban al menos media hora. Este termina en menos de dos minutos. El árbitro señala la victoria de Pasha y el vídeo termina. Me armo de valor y hago clic en la siguiente grabación.

Tardo casi una hora en ver los diez primeros vídeos. Tengo que hacer una pausa y serenarme varias veces antes de continuar. Cuánta violencia. Sangre. Huesos rotos. Cada vídeo es más violento que el anterior. Me está matando ver a mi Pasha volverse tan despiadado. Sediento de sangre. No reconozco a esta persona como el hombre con el que pasé tres meses. ¿Qué le ha ocurrido? ¿Por qué está haciendo esto? Quedan dos vídeos, pero no puedo obligarme a verlos. Duele demasiado.

A veces, desearía que Arturo no me hubiera encontrado. Sé que les habría destrozado tanto a él como a mi hermana. Sienna sigue culpándose, aunque le he explicado al menos cien veces que fui yo quien tomó la decisión de quedarme en el pub aquella noche. Aun así, a veces,





cuando no puedo dormir, que últimamente es a menudo, imagino cómo sería mi vida si mi hermano no hubiera venido y me hubiera quedado en Chicago.

Sigo sin entender por qué Pasha me apartó. Intento pensar en una razón para su comportamiento, aunque no puedo.

Son casi las siete de la mañana, mas no puedo dormir. No después de lo que acabo de ver. Esperaré a que Arturo y Sienna se despierten y luego intentaré volver a tocar el piano. No he sido capaz de completar una melodía desde que volví a casa. Al menos dos veces al día he ido a la planta baja y me he sentado frente al gran piano negro, mirando fijamente las teclas. La mayoría de las veces no sonaba música y lo dejaba tan silencioso como cuando llegué. Otras veces, cuando intentaba tocar, todas las notas sonaban mal.

Retiro la chaqueta de la silla, salgo de la habitación y bajo a desayunar. Al pasar por delante de la habitación de Arturo, oigo mencionar mi nombre y me detengo. Está hablando con alguien por teléfono. Me inclino hacia delante y pego la oreja a la puerta.

—No es la misma, Nino —dice mi hermano—. No sé qué hacer. Apenas sale de su habitación.

Hay unos instantes de silencio mientras probablemente escucha lo que dice Nino.

—¡No! —ladra Arturo—. No voy a llamar a ese hijo de puta. Le dije lo que pensaba de él y de su intento de alejar a Asya de nosotros. ¿Esconder a mi hermana y no permitir que contactara con nosotros? ¿Qué clase de bastardo enfermo hace eso?

¿Qué?! Tomo el pomo y abro la puerta de golpe, con el corazón latiéndome a toda velocidad contra las costillas. Mi hermano se encuentra junto a la cama con el teléfono pegado a la oreja.

—¿Qué le dijiste exactamente a Pasha, Arturo? —grito.

—Te llamaré más tarde —murmura y tira el teléfono sobre la cama.

—¿Qué? —grito.

—La verdad —dice—. Le dije la verdad: que te ocultó para satisfacer sus propias necesidades egoístas. Que utilizó a una chica joven







y herida y la obligó a quedarse con él en lugar de devolverla a su familia. A su vida. Que es un bastardo enfermo. Eso es lo que le dije.

Miro fijamente a mi hermano, atónita ante lo que escucho, y doy dos pasos hasta situarme frente a él.

—Me salvó la vida, Arturo.

—Cualquier persona normal habría ayudado a una mujer necesitada. Pero no habrían intentado esconderla.

Cierro los ojos. Cuando Arturo vino a buscarme, me limité a contarle lo que hizo Robert. Cree que pasé todo el tiempo con Pasha. Esperaba no llegar a esto, no tener que contarle lo que ocurrió durante esos dos primeros meses ni lo que me hizo esa gente. Lo que me obligaron a hacer. Debería haberlo hecho, pero no quería causarle daño.

—Siéntate, Arturo —le digo, y cuando lo hace, comienzo a hablar.

Esta vez se lo cuento todo.

Cuando termino, me está mirando con ojos enrojecidos, las manos agarrándose el pelo mientras se mantiene a duras penas en el borde de la cama. Creo que nunca he visto llorar a mi hermano, ni siquiera cuando nos dijeron que habían matado a nuestros padres.

—¿Por qué no me lo dijiste? —suelta entrecortadamente, luego me agarra y me envuelve en un abrazo, aplastándome contra él—. ¿Por qué, Asya? ¿Por qué? —susurra.

—Estaba muy mal cuando Pasha me encontró —respondo contra su cuello—. Algo se había roto dentro de mí, Arturo, y me sentí como si estuviera atrapada en un agujero negro sin salida. Él me salvó. Y no solo mi vida. También me salvó el alma. Me ayudó a juntar todos mis pedazos rotos y los pegó de nuevo.

—Deberíamos haber sido nosotros —dice contra mi cabello—. Sienna y yo deberíamos haber sido los que te ayudáramos a pasar por eso.

—No pude decírtelo. No quería verte a ti ni a Sienna. Hubiera preferido morir antes que contártelo.

—¿Por qué?





—Porque no estaba preparada. Y porque te quiero y no podía soportar la idea de lo que te causaría. —Levanté la cabeza y tomé el rostro de mi hermano entre mis manos—. Le rogué a Pasha que no te llamara. Le pedí prometer que no te llamaría hasta que estuviera preparada. No fue él quien me alejó de ti. Fui yo. Fue mi decisión.

—Debería haberte mantenido a salvo —insiste Arturo—. Nunca me lo perdonaré.

—Por favor, no lo hagas. No fue culpa tuya.

—Voy a matarlos a todos, Asya. A cada persona que estuvo involucrada de alguna manera.

—Pasha y la Bratva ya se encargaron de ellos —digo, y luego inclino la barbilla hacia arriba para susurrarle al oído—. Y yo maté al tipo que me secuestró.

El cuerpo de Arturo se queda inmóvil.

—¿Tú, personalmente?

—Sí. Después que Pasha acabara con él, puse una pistola entre los ojos del bastardo y apreté el gatillo. —Sonrío—. Fue la mejor sensación de mi vida.

—Bien. —Aprieta mi nuca.

—Necesito saber qué más le dijiste a Pasha. Me ignora, no contesta a mis llamadas desde que me fui.

Arturo aprieta los dientes y mira hacia otro lado.

—Le dije que te mereces algo mejor, y estuvo de acuerdo.

Respiro hondo al tiempo que cierro los ojos y presiono el puente de la nariz.

—No tenías derecho —le digo—. No tenías derecho, Arturo. Es mi vida.

—Tienes dieciocho años, Asya. Tiene quince años más que tú.

—Sí. Y he pasado por momentos difíciles que la mayoría de la gente nunca experimenta —mordí—. Creo que me he ganado el derecho a tomar decisiones por mí misma.







Sí, a veces sigo teniendo problemas para elegir qué ponerme o qué comer, pero no tengo ninguna duda en lo que respecta a Pasha.

—Entonces, ¿qué pasa ahora? —pregunta—. ¿Vas a volver con él?

—Siempre serás mi hermano mayor, Arturo. Sabes que te quiero incondicionalmente. —Lo miro a los ojos—. Pero estoy enamorada de Pasha. Y quiero estar con él.

—¿Estás segura de estar enamorada de él? ¿Quizás es solo un capricho? Tal vez...

Levanto la mano y coloco un dedo sobre sus labios para silenciarlo.

—Cuando Pasha me encontró, estaba destrozada, Arturo. Tanto mi alma como mi mente... estaban fracturadas. Pasha me recompuso. Y mi corazón lo anhela porque él es el pegamento que mantiene todas mis partes rotas unidas. Por favor, intenta entenderme.

Arturo me mira fijamente mientras aprieta la mandíbula.

—Voy a pasarme por tu casa al menos una vez al mes. Sin avisar. Si noto algo, aunque sea lo más mínimo que me haga pensar que no eres feliz, mataré a ese ruso y te arrastraré de vuelta a casa.

—No tendrás que hacerlo. —Sonrío—. Estaré bien, Arturo.

Mi hermano cierra los ojos y asiente de mala gana.





## CAPÍTULO 23

— Asya —

Recojo mi maleta de la cinta transportadora de recogida de equipajes y me dirijo a la zona de llegadas, donde familiares y amigos esperan a los pasajeros. Tardo menos de cinco segundos en localizar a Kostya. Está apoyado en la columna del fondo, mientras varias mujeres lo miran boquiabiertas. Cuando me ve llegar, camina hacia mí al tiempo que me quita la bolsa de la mano.

—¿Vamos directamente a la pelea? —pregunto, fijándome en su cara en lugar de en la gente pululando alrededor.

La mayoría de los hombres que he visto en el aeropuerto llevan ropa informal, pero hay unos cuantos con traje ejecutivo. Ya no me asusto cuando veo hombres trajeados, pero sigo sin sentirme cómoda cerca de ellos. Gracias a Dios, Kostya lleva una sudadera con capucha y vaqueros.

—Sí. —Asiente y se dirige hacia la salida mientras lo sigo—. Pero aún estoy esperando que me den la información sobre la ubicación.

—¿No sabes dónde se celebra?

—Cambian los lugares a menudo para evitar redadas policiales. Y como es el último combate de la temporada, el lugar exacto se enviará solo dos horas antes del comienzo. Solo sé que será en algún lugar al sur de la ciudad.

—¿Por qué? ¿Tiene algo de especial?

Kostya aprieta los labios en una fina línea y señala con un gesto hacia el aparcamiento.







—Estoy aparcado aquí —dice, evitando el contacto visual—. Deberíamos darnos prisa.

—¿Kostya? ¿Me estás ocultando algo?

—Claro que no, cariño. —Se acerca a un sedán negro y me abre la puerta del acompañante.

Espero a que entre y arranque el coche, luego me giro para mirarlo.

—¿Qué tiene de especial el combate de esta noche?

—¿No has visto el último combate en la página web?

—Me dijiste que no lo hiciera —le digo—. Vi los diez primeros, pero me sentí demasiado mal para continuar. Supuse que el último era el más violento.

—Lo fue. —Asiente—. Pero no te dije que te lo saltaras por eso.

—¿Por qué entonces?

Kostya guarda silencio unos instantes, luego respira hondo y sacude la cabeza.

—Creo que deberías verlo antes que lleguemos, Asya. Así estarás preparada.

—¿Preparada para qué?

Como no contesta, saco el móvil de la mochila y abro la página web del club de lucha. Después de entrar en el área privada, escribo el nombre de Pasha y me desplazo hasta el final de la página. Elijo el vídeo que me salté y pulso play. Empieza como todas las demás grabaciones, con la vista aérea, para luego acercarse a los combatientes. Siento un dolor en el pecho cuando la cara de Pasha llena la pantalla. Tiene el ojo izquierdo un poco hinchado y un gran hematoma en la barbilla. Cuando la cámara se aleja de nuevo, me doy cuenta que lleva una férula desde la palma de la mano hasta la mitad del antebrazo derecho.

Me tapo la boca con la mano, ahogando un grito.

—¿Cómo se le permitió luchar si estaba herido?

—No hay reglas en la lucha clandestina —dice Kostya—. Mientras pueda mantenerse en pie, puede luchar.

—¿Qué pasó? —digo ahogándome.





—Se torció la muñeca en la pelea anterior a esta.

—Pasha es diestro. ¿Cómo puede pelear con una muñeca torcida?

—Improvisa.

Veo como Pasha y su oponente se colocan en las esquinas opuestas. Están más o menos emparejados en tamaño, pero el otro tipo no parece tener ninguna lesión importante. Suena la campana y Pasha y el otro luchador se acercan al centro de la jaula. Durante unos instantes, permanecen al margen, dando vueltas, midiéndose el uno al otro. Entonces, de repente, Pasha golpea con su mano izquierda el costado de su oponente. El tipo esquiva el golpe y arremete contra Pasha con el puño, apuntando a la cabeza. Pasha se deja caer y golpea con la pierna justo por encima del suelo, atrapando al tipo por detrás de los tobillos con el pie. Mientras su oponente está en el suelo, le asesta un puñetazo con el codo. Casi tan pronto como el tipo se pliega, Pasha lo golpea en la cabeza con el puño izquierdo y luego le da una patada. Y otra vez. La sangre se esparce por todo el escenario y algunos dientes salpican las manchas rojas.

El público grita y aplaude. Pasha se levanta, agarra al tipo por el tobillo y lo lanza hacia el otro lado de la jaula. El luchador cae de lado y se queda allí. El público enloquece. La cámara enfoca a Pasha, pero aún puedo ver a hombres con bonitos trajes más allá de la jaula, levantándose y aplaudiendo. La vista cambia de los luchadores a la gran pantalla montada sobre la jaula. Es un anuncio para el próximo combate. Al que nos dirigimos ahora. Debajo de las palabras 'Gran Final' hay un gráfico de una calavera roja y las palabras 'Combate a Muerte' también están escritas en rojo. El vídeo termina.

Bajo el teléfono a mi regazo y miro la carretera más allá del parabrisas.

—¿Estás bien, cariño? —pregunta Kostya.

—No —digo, girando la cabeza para mirarlo—. ¿Qué significa 'combate a muerte'?

Él mantiene la mirada fija en la franja de cinta oscura que hay delante y aprieta el volante.







—Significa que el combate solo termina cuando uno de los luchadores muere.

\* \* \*

Pensé que había superado mi problema con los hombres trajeados.  
Me equivoqué.

En el momento en que entramos en la fábrica abandonada donde tendrá lugar el combate, me detengo en seco y rodeo mi cintura con las manos. El escenario del combate, con la jaula metálica, está en el centro y ocupa menos de una décima parte del espacio. Por lo demás, la sala está prácticamente repleta de gente de pie, charlando en grupos. Esta vez no hay sillas. Hay al menos cien personas, la mayoría hombres. Algunos llevan vaqueros, como Kostya y yo, pero la mayoría viste ropa elegante. Un escalofrío recorre mi espina dorsal, el impulso de dar media vuelta y salir corriendo es tan fuerte que necesito reunir toda mi fuerza de voluntad para mantener los pies en su sitio.

—¿Asya? —pregunta Kostya a mi lado—. ¿Estás bien?

Cierro los ojos un segundo.

—Sí.

—No pareces estar bien, tesoro. ¿Quieres...? —Estira la mano y está a punto de ponérmela en el hombro, pero rápidamente doy un paso atrás.

—Por favor, no me toques —murmuro—. Yo ...No puedo soportarlo en este momento. Lo siento.

—¿Quieres irte?

Levanto la vista y lo encuentro mirándome preocupado.

—Me quedo.

—De acuerdo. Nos quedaremos aquí, en la parte de atrás. Si quieres irte, dilo. ¿Te parece bien?

Asiento moviendo la mirada hacia la jaula de combate. Está en la plataforma elevada como en los vídeos. Un hombre vestido con pantalón de vestir negro y camisa de botones sube al interior y anuncia el





comienzo del combate, pero no puedo prestar atención a lo que dice porque estoy mirando horrorizada la montaña de hombre entrando en la jaula. Me cubro la boca con las manos para ahogar un grito.

—Jodido Jesús —maldice Kostya.

Los dos miramos boquiabiertos al oponente de Pasha mientras camina dentro de la jaula, flexionando sus monstruosos músculos para el público. Es más alto que cualquier hombre que haya visto.

—¿No deberían estar igualados los luchadores? —susurro. El tipo pesa más de cuarenta kilos que Pasha.

—No aquí.

—¿Qué posibilidades tiene Pasha?

—¿Antes de la lesión? Cincuenta —cincuenta.

—¿Y ahora? —Me ahogo.

—No muy buenas, Asya —dice y me mira—. Vamos a esperar fuera.

Tengo tantas ganas de decir que sí, maldita sea. Ese monstruo probablemente va a matar a Pasha. Lo he oído en el tono de voz de Kostya y no creo que pueda verlo.

—Me quedo —susurro en el mismo momento en que Pasha entra en la jaula.

En el instante en que mis ojos se posan en él, las lágrimas que he estado conteniendo estallan, nublándome la vista. Me muerdo el dorso de la mano, enterrando los dientes en la piel con todas mis fuerzas, como si el dolor físico pudiera disipar de algún modo la sensación de pavor. Pasha camina hacia el centro de la jaula y se detiene, evaluando a su oponente. No puedo evitar compararlos. Mi Pasha es un tipo alto y muy musculoso, pero ¿comparado con la bestia que tiene delante? Querido Dios, es imposible que Pasha pueda vencerlo.

El árbitro se da la vuelta y sale de la jaula. Suena una campana. El oponente de Pasha balancea su puño, apuntando a la cabeza. Pasha se agacha y le da una patada en el estómago con el pie izquierdo. El monstruo ni siquiera se mueve. Vuelve a golpear, esta vez al pecho de Pasha. Pasha salta a la derecha, pero no lo bastante rápido, recibiendo el golpe en el costado. No puedo respirar al ver cómo el oponente se acerca







a él. Pero antes que el monstruo pueda golpear, Pasha hace un giro de trescientos sesenta, y el talón de su pie alcanza al tipo en el cuello. Sin embargo, el ataque de Pasha se interrumpe cuando un gran puño lo golpea en la barbilla.

Se me escapa un grito al ver cómo Pasha cae de rodillas. Escupe sangre y hace un movimiento para levantarse, pero la bestia le da una patada en la espalda. El golpe es tan fuerte que Pasha acaba tendido boca abajo en la colchoneta.

—Levántate —susurro en mi mano.

Mi corazón se sale del pecho cuando veo a Pasha levantarse, apoyándose en los codos. Puede hacerlo. Sé que puede hacerlo. Está a punto de levantarse cuando su oponente se acerca de nuevo y le da una patada en el riñón. Pasha vuelve a caer, rodando hacia un lado. Su rostro se dirige hacia la jaula metálica, justo delante de nosotros. El público enloquece. Los aplausos, los cánticos y los gritos son ensordecedores. Esa maldita bestia camina alrededor de la jaula, gritando algo al público, riendo.

—¡Acaba con él! —grita alguien del público.

Miro fijamente a Pasha, esperando a que se levante, pero sigue tumbado, inmóvil. Tiene que levantarse o el tipo lo matará. Me dirijo hacia la jaula.

Varias voces más se unen a los vítores.

—¡Acaba con él! ¡Acaba con él!

La gente está demasiado apretada, así que tengo que colarme entre ellos para llegar hasta el frente. Los cuerpos me tocan por todas partes y me dan ganas de vomitar, pero sigo empujando hacia delante.

—¡Acaba con él! ¡Acaba con él! —resuena el coro a mi alrededor.

Finalmente llego a la jaula y mis ojos reencuentran a Pasha. Sigue tirado en el suelo, su rostro está girado hacia mí, pero creo que no me ve.

—¡Pasha! —grito con todas mis fuerzas y salto hacia la jaula.





## *Pasha*

— ¡Pasha! — me llega un grito femenino.

Parpadeo y me centro en la persona aferrada al exterior de la jaula metálica.

— ¡Levántate! — grita, agarrando la estructura de malla con los dedos—. ¡Por favor!

Cierro los ojos. Como si no tuviera bastante con soñar con ella todas las noches, ahora alucino con que realmente está aquí.

— ¡Pasha! Mírame.

Cuando abro los ojos, sigue ahí, a unos metros de mí. Si estiro la mano, podría tocar sus dedos, que están aferrados fuertemente a la malla, sacudiéndola.

— ¡Por favor, cariño! Levántate.

Mi respiración se entrecorta.

— ¿Mishka?

Mientras miro, uno de los agentes de seguridad se acerca a Asya por detrás y, rodeándola por la cintura con el brazo, la aparta de la jaula. Ella se agarra con más fuerza a la malla metálica.

— ¡Ya viene! — gimotea Asya, mirando hacia algún lugar detrás de mí—. ¡Levántate!

El tipo sigue tirando de ella, gritando algo. Los dedos de Asya resbalan de la malla. Mientras el guardia se la lleva, la furia estalla en mi pecho. Se ha atrevido a tocarla. Le ha puesto sus sucias manos encima, ¡y lleva un puto traje!

Ruedo sobre mi estómago y me levanto para mirar a mi oponente. Está de pie en medio de la colchoneta, mirándome, bloqueando mi salida. Me lanzo hacia él. Cuando mi codo golpea su diafragma, el aire sale de sus pulmones y se inclina hacia delante. Agarrándole la cabeza, le doy un rodillazo en la cara. Se tambalea. Mi salto sobre su espalda es rápido. Una







vez que tengo los brazos enroscados alrededor de su cuello, aprieto, aplicando presión en la parte posterior de su cabeza y forzando al mismo tiempo mi antebrazo contra su tráquea. El tipo empieza a agitarse, intentando apartarme. Sin dejar de estrangularlo, le rodeo el torso con las piernas y clavo los talones bajo su caja torácica, apretando aún más el agarre. Se agita unos segundos más antes de arrodillarse y caer de lado conmigo todavía colgado de su espalda. Sigo apretando, escuchando los jadeos que provienen de su garganta. De algún modo, los oigo a pesar del estruendo de la multitud que nos rodea. Su cuerpo se debilita. Y le rompo el cuello. La multitud enloquece. Me levanto y corro hacia la salida de la jaula.

El tipo de seguridad aún tiene a Asya y la lleva hacia la parte de atrás, donde otros tres matones sujetan a Kostya. Un gruñido asesino sale de mi boca mientras corro hacia ellos. El mar de gente se divide, dejándome pasar. En el momento en que alcanzo al gilipollas, maltratando a Asya, rodeo su cuello con los dedos y aprieto. Su agarre sobre Asya se afloja. Apenas se libera, suelto el cuello del hombre, lo agarro por detrás de la chaqueta y lo tiro a un lado.

—Pasha —susurra Asya detrás de mí.

Me giro hacia ella y me quedo mirándola. Creí que no volvería a verla, y tenerla aquí, delante de mí, me destroza por dentro.

—¿Qué haces aquí? —ladro. Me mata volver a estar tan cerca de ella.

Su labio inferior tiembla mientras me mira. Le tiembla la mano que lleva al cuello. Intenta mantener la mirada fija en la mía, pero sus ojos se desvían cada dos por tres. Echo un vistazo a la izquierda, donde ella sigue mirando, y me doy cuenta que algunas personas del público se han acercado y están de pie a pocos metros. La mayoría son hombres elegantemente vestidos. ¡Trajes y jodidas corbatas!

—Mierda, cariño —murmuro y doy un paso adelante, envolviéndola en mis brazos y bloqueando su visión de la multitud—. Vamos fuera. ¿De acuerdo?

Ella levanta la cabeza y, tras un segundo de vacilación, me pone las palmas de las manos en el pecho. Cierro los ojos e inhalo profundamente. Es duro tenerla tocándome, estar tan cerca, saber que tendré que verla





alejarse de nuevo, volver a los brazos de ese elegante hijo de puta al que vi besándola. Pero ya he llegado a la conclusión de ser un cabrón egoísta, y voy a aprovechar esta oportunidad para volver a sentirla entre mis brazos, aunque solo sea por un momento.

Abro los ojos y la miro.

—¿Quieres saltar?

La sonrisa que se dibuja en su rostro mientras desliza las manos por mi pecho es como un cuchillo clavándose en mi corazón. Me agacho y la alzo. Los brazos de Asya rodean mi cuello como tantas otras veces.

—Soldadlo —digo por encima del hombro a los chicos que siguen sujetando a Kostya y saco a Asya fuera.

*Asya*

No me sacio de su aroma. Sí, también hay sudor y sangre, pero debajo de todo eso, está el aroma que asocio con felicidad. Seguridad. Amor. Hogar. Pasha. Aprieto aún más las piernas y los brazos alrededor de él, entierro la cara en el pliegue de su cuello e inhalo. Cuánto lo he echado de menos.

Una puerta se cierra detrás de mí y Pasha sube al asiento trasero del sedán de Kostya. Incluso cuando está sentado, me niego a soltarlo y me pego más a su pecho. Muevo la mano por su nuca, pero en lugar de sus mechones de cabello rubio oscuro, unas cerdas cortas me hacen cosquillas en toda la superficie de mi mano.

—¿Por qué te has rapado el pelo? —pregunto junto a su oreja y rozo con un beso el lateral de su cuello.

—Porque alguien podría haberlo utilizado para hacer palanca durante una pelea —me responde fríamente.







Desenredo mis manos del cuello de Pasha y me inclino hacia atrás para mirarlo. Su mano izquierda está en mi espalda, acariciándome por encima de la tela de mi camiseta.

—¿Por qué estás aquí, Asya? ¿Te ha hecho venir Kostya?

—No —digo y ahueco su rostro en mis manos—. Hice que Kostya me trajera aquí.

—¿Por qué?

Miro sus tristes ojos grises y me inclino hacia delante, apretando los labios contra los suyos. Tiene la boca apretada y no responde.

—Porque te amo —digo contra sus duros labios.

El cuerpo de Pasha se endurece bajo el mío.

—¿Y qué pasa con tu novio?

—¿Qué novio, cariño?

—No hace falta que mientas. Lo sé.

Me enderezo sobre su regazo y lo miro confusa.

—¿De qué estás hablando?

Rechina los dientes.

—Fui a verte el mes pasado. Os vi besaros delante de tu casa, Mishka.

¿Qué mierda? Qué tontería. Hoy es la primera vez que salgo de casa desde que volví a Nueva York. No tenía ganas de ver a nadie ni de ir a ningún sitio. A no ser que...

Sacudo la cabeza, cojo la mochila y saco el móvil.

—¿Es esta la 'yo' que viste besando a un chico? —pregunto y giro la pantalla hacia él.

Pasha inclina la mirada hacia el teléfono, luego me lo quita de la mano y mira más de cerca la foto de la pantalla.

—Aquí tienes el pelo más corto. —Me mira y coge un mechón de mi cabello entre sus dedos—. Y estaba más corto cuando te vi.

—La mujer que viste era Sienna. Mi hermana. —Sonrío—. Somos gemelas idénticas. Pensé que te lo había comentado.





Pasha suelta mi cabello y me sujeta por detrás del cuello.

—¿No eras tú?

—Por supuesto que no era yo. Ni siquiera puedo soportar la idea de tocar a otro hombre que no seas tú.

Aprieta la mandíbula y acerca la frente a la mía.

—Te quedas —muerde—. Sé que soy egoísta. Y sé que te mereces algo mejor. Pero me importa una mierda, Asya. Tú te quedas. Y si alguien intenta alejarte de mí, me lo cargo jodidamente en el acto.

—Si vuelves a ignorar una de mis llamadas, no sabrás qué te golpeó.

Pasha aplasta su boca contra la mía. Su mano se acerca a un lado de mi rostro, rozando mi mejilla con sus dedos callosos. Su brazo alrededor de mi espalda oprime mi cintura, casi aplastándome. Muerdo su labio inferior entre los dientes, luego beso su barbilla hasta el cuello y vuelvo a aspirar su aroma. Cuando estoy saciada, vuelvo a su boca y dejo que sus labios devoren los míos. No se parece a ningún otro beso que hayamos compartido. Amor. Ira. Dolor. Arrepentimiento. Anhelo. Curación. Hay mucho, y al mismo tiempo, no hay suficiente.

—¿A dónde, tortolitos? —Kostya pregunta desde el asiento del conductor.

—A casa. Pasha dice contra mis labios.

—A casa. —Asiento con la cabeza.

\* \* \*

—Puedo andar —digo mientras Pasha me lleva a su edificio. No me dejó moverme de su regazo en todo el trayecto.

—Lo sé. Pero no voy a dejarte escapar —dice mientras se acerca al tipo de seguridad del vestíbulo en busca de una llave de repuesto. El pobre hombre se queda estupefacto al ver a Pasha en pantalón de combate, ensangrentado, totalmente descalzo y conmigo agarrada a él.

Me aferro más a Pasha y entierro mi rostro en su cuello, donde permanezco hasta que llegamos a su apartamento. Me lleva directamente al cuarto de baño de su habitación y me sienta junto al lavabo.







— Necesito ducharme — dice.

— De acuerdo. — Asiento, me quito las gafas y procedo a quitarme la ropa. Pasha se quita el pantalón corto y los bóxers, después empieza a quitarse las vendas de la mano izquierda. Me acerco, haciéndome cargo, revelando los nudillos ensangrentados que hay debajo.

— ¿Vas a seguir luchando? — susurro, rozando la piel herida —. No creo que pueda soportar verte entrar de nuevo en esa jaula, Pasha.

Su mano acaricia mi mejilla y alza mi cabeza.

— Entonces no lo haré.

Asiento mirando la férula de su mano derecha.

— ¿Puedes mojarla?

— No — dice y se la desabrocha.

Cuando se quita la férula, noto algo nuevo tatuado en el dorso de la mano, pero no tengo tiempo de mirarlo con detalle porque me agarra por la cintura y me lleva al interior de la cabina de ducha.

— Déjame verte la cara. — Le hago un gesto con la mano para que se agache. Pasha abre la ducha, pero en lugar de inclinarse, se arrodilla delante de mí. Le llueven pequeños regueros de agua por su cara magullada. Tiene un aspecto terrible.

— ¿Por qué lo has hecho? — pregunto, pasándole la punta de los dedos por los cortes y magulladuras que tiene esparcidos por toda la cara —. ¿Por qué volver a luchar después de tantos años?

— Esperaba que si me machacaba la cabeza suficientes veces, me olvidaría de ti. No funcionó, Mishka.

— Bien. — Cojo el jabón del estante y me enjabono las manos.

Pasha no se mueve de su posición, tan solo me observa con la cabeza inclinada hacia arriba mientras limpio la sangre y suciedad de su cara. Intento ser lo más suave posible, sobre todo con los hematomas de la barbilla y bajo el ojo. Cuando acabo con su cara, paso a su escaso cabello.

— Ahora el resto — le digo.





Se levanta y deja que le lave el pecho y la espalda. Tiene más hematomas, en el costado, el estómago y algunos en la espalda, visibles incluso bajo la tinta.

—Jesús, cariño. —rozo con la palma de la mano una marca morada de aspecto malvado en su estómago.

Sus brazos están un poco mejor. Le lavo el izquierdo y paso al derecho, empezando por el bíceps y bajando hasta la muñeca, ligeramente hinchada. Enjabono la piel con cuidado, luego paso la mano por debajo del rociador y veo cómo el agua elimina la espuma dejando al descubierto el nuevo tatuaje. La imagen es una rama cubierta de espinas, hecha con tinta negra, cuyas afiladas espinas apuntan en todas direcciones. Sobre ella, un pájaro rojo volando con las alas desplegadas. Es hermoso y triste al mismo tiempo. Coloco la punta del dedo sobre el dibujo y trazo la forma del pájaro.

—Eres tú —dice Pasha acariciándome la mejilla con el dorso de la otra mano.

—¿El pájaro?

—Sí.

Levanto la vista del tatuaje y descubro que sus ojos me observan.

—Solo hay un pájaro —digo—. ¿Dónde estás?

—No estoy ahí. Solo tú.

—¿Por qué?

Él inclina la cabeza para susurrarme al oído.

—Porque no quedó nada de mí después que volaras, Mishka.

Aprieto los ojos, pero se me escapan las lágrimas. El agua de la ducha cae en cascada sobre nosotros, recordándome el día en que entró en la cabina completamente vestido. Lo rodeo con los brazos y presiono mi mejilla contra la suya.

—No debiste alejarme.

—Lo sé. —Su brazo me rodea y me aprieta contra él—. Quería algo mejor para ti.







Muevo la mano entre nuestros cuerpos y rodeo su miembro endurecido con mis dedos. Apenas comienzo a acariciarlo, se hincha aún más.

—Ven conmigo —le digo cogiéndole de la mano. Lo saco de la ducha y me sigue hasta el dormitorio. Cuando llegamos a la cama, presiono ligeramente su pecho hasta tumbarlo.

—No hay nada mejor que tú, Pasha —digo mientras me subo a la cama y me siento a horcajadas sobre sus piernas—. Eres el único hombre que deseo.

Cojo su polla en mi mano y la inclino para lamerle la punta. La mano de Pasha se levanta y me agarra del cabello.

Mientras chupo —lentamente al principio, luego más rápido—, su agarre de mis mechones se mantiene firme. Su respiración se vuelve agitada, así que paso a lamérsela. Me encanta esta sensación de euforia que me recorre el pecho cuando veo que se deshace. Nunca habría pensado que disfrutaría chupándosela a un hombre, ni lo mucho que me excitaría. Pero este es mi Pasha. Y quiero hacerlo todo con él. Vuelvo a metérmelo en la boca, hasta el fondo, y gime mientras su cálido semen estalla en mi garganta. Me lo trago todo.

Su pecho sube y baja rápidamente cuando me subo encima de él. Su mano todavía está enredada en mi cabello, agarrándolo como si fuera un salvavidas.

—Te amo —susurro—, muchísimo.

Me mira por unos momentos, luego aprieta los labios con fuerza.

—¿Estás segura, Asya?

—Estoy segura. —Me inclino y presiono mis labios en su frente—. ¿No puedes ver eso por ti mismo?

Suelta mi cabello, deslizando su mano alrededor de mi cuello para ahuecar mi cara e inclinar mi cabeza hacia arriba. Espero verlo sonreír, pero la expresión de su rostro es seria.

—Eres muy joven, cariño —dice mientras acaricia mi mejilla con el pulgar—. ¿Y si conoces a alguien por el camino y decides que esto...





nosotros... no es para ti? No creo que pudiera sobrevivir a verte marchar de nuevo, Mishka.

Lo miro durante un minuto, estudiando sus labios aplastados, su nariz torcida y sus ojos grises metálicos que a veces dicen más que sus palabras.

—¿Qué es para ti el amor, Pasha? —pregunto y deslizo el dorso de mis dedos por su rostro.

—La sensación de no estar nunca lo bastante cerca. —Su otra mano se acerca a mi nuca, apretando ligeramente—. Tengo la necesidad de sumergirte de algún modo en mi pecho, para que siempre estés conmigo. A salvo de cualquier daño. Solo mía. Por siempre.

Abro la boca para decir algo, pero él me silencia pegando sus labios a los míos.

—Te amo hasta la locura, Asya —susurra contra mi boca—, y realmente necesito que estés segura. Te lo ruego.

Muerdo su labio inferior y beso su cuello hasta llegar a su corazón. Lo siento latir con fuerza. Con un último beso justo encima de su corazón, salgo de su cuerpo y me dirijo al vestidor. Abro el cajón y deslizo los dedos por las corbatas cuidadosamente dobladas hasta llegar a la de color burdeos oscuro. No es exactamente roja, pero se acerca bastante. La saco y regreso al dormitorio. Los ojos de Pasha me siguen mientras me acerco a la cama, con la mirada fija en la corbata que llevo.

—¿Mishka? —Se endereza hasta sentarse en el borde de la cama—. ¿Qué haces?

—Quiero enseñarte lo que es el amor para mí.

Me sitúo entre sus piernas, cojo su mano y me la pongo en el pecho, justo sobre el corazón.

—Nunca me preguntaste por qué me asustaban las corbatas. Uno de los primeros clientes utilizó su corbata para estrangularme mientras me follaba. Creí que iba a morir aquella noche —digo y levanto la mano que sujeta la corbata, luego me envuelvo el cuello con la sedosa tela.

—Asya, no. —Pasha intenta coger la corbata, pero sujeto sus dedos entre los míos y vuelvo a poner su mano sobre mi pecho.







—¿Sientes que mi corazón late más deprisa de lo normal? —Muevo su mano un poco hacia arriba y a la izquierda—. No. ¿Se está volviendo errática mi respiración? No.

Con la mano libre, cojo un lado de la corbata que cuelga suelta por delante, me la enrolló dos veces alrededor del cuello y introduzco el extremo en la mano de Pasha, apoyada en mi clavícula.

—La semana pasada intenté ayudar a Arturo con su corbata. Adoro a mi hermano y sé que nunca haría nada para hacerme daño. Me temblaban tanto las manos que le pedí que lo hiciera él. —Levanto los ojos para encontrarme con los de Pasha—. ¿Ves ahora como me tiemblan las manos?

—No, cariño —dice con voz estrangulada.

—Cada parte de mí está enamorada de ti, Pasha. Mi cuerpo. Mi mente. —Enrollo sus dedos alrededor del extremo de la corbata y, manteniendo mi mano sobre la suya, tiro de ella. El sedoso material se tensa alrededor de mi cuello—. Incluso mi subconsciente sabe lo grande e incondicional que es ese amor. Así que sí. Estoy segura.

Libero su mano y sostengo su mirada mientras él desenrolla la corbata de mi cuello. Lo hace despacio, con cuidado de no tirar de la tela, y la arroja al suelo.

—De todas formas, voy a deshacerme de todas esas. —Me coge en brazos y me tira a la cama.

Salto dos veces, riendo. Pasha sube a la cama, pero en vez de abalanzarse sobre mí, me coge del tobillo y se lleva la pierna a su boca, dándome un beso en los dedos de los pies. Suelto una risita e intento soltar la pierna, pero él sigue sujetándome.

—¡Detente!

—No va a pasar nada —murmura y acerca los labios al arco de mi pie.

Cuando sus labios encuentran el punto súper sensible del interior de mi tobillo, apoyo el otro pie en su pecho e intento apartarlo sin éxito.

—Tengo cosquillas. ¡Pasha! ¡No, ahí no!





—En todas partes, Mishka. Pienso cubrirte todo el cuerpo de besos. Todos los días.

Sigue la línea de besos por mi pierna hasta mi coño. Siento su cálido aliento mientras me besa suavemente antes de enterrar su cara entre mis piernas y sorber mi clítoris. Sus manos se deslizan por mis piernas hasta llegar a las nalgas y me elevan el culo. Me atraganto y me agarro al cabecero de la cama mientras él desliza su lengua dentro de mí. Me tiemblan los muslos y los brazos como si tuviera fiebre, y mi mente se queda en blanco, concentrada únicamente en la sensación de su lengua sobre mí. De repente, su boca desaparece pero, un instante después, siento su polla entrando en mí. Ni siquiera la ha penetrado del todo y ya estoy a punto de correrme.

La mano de Pasha me sujeta la nuca. Abro los ojos y veo que se cierne sobre mí, tan grande y feroz con toda esa tinta. Mi rey de la montaña. El hombre más hermoso, por dentro y por fuera.

*Pavel*

No puedo apartar los ojos de los de Asya. Es como si me tuvieran esclavizado. Aún me cuesta creer que sea mía. Lentamente, la saco y vuelvo a penetrarla, lo más profundo posible. Un pequeño gemido sale de sus labios mientras sus delicados brazos se tensan y se agarran al cabecero de la cama. Los sonidos que emite son adictivos. La saco de nuevo, la rodeo con el brazo y la doy la vuelta.

—Ojalá tuviera palabras para explicarte —digo junto a su oído y le beso el lóbulo de la oreja—, lo mucho que te amo.

Dejo que las manos se deslicen por su espalda mientras le doy lentos besos a lo largo de la columna hasta llegar a su trasero. Su piel es tan suave que parece irreal, y siento una ligera punzada de arrepentimiento al clavarle los dientes en la firme nalga. Luego beso ese punto y me sitúo entre sus piernas, penetrando en su coño, absorbiendo







cada uno de sus jadeos y gemidos. Muevo la mano izquierda hacia abajo, entre sus piernas, y acaricio su clítoris. Su cuerpo tiembla bajo mis caricias mientras mi mano derecha recorre su espalda. Ojalá pudiera tocarla por todas partes a la vez. Me balanceo dentro de ella a un ritmo constante durante unas cuantas caricias, y luego aumento el ritmo. Asya baja la cabeza hacia la almohada y levanta el trasero.

—Más fuerte. —grita y vuelve a agarrarse al cabecero.

La sujeto por las caderas y la embisto más profundamente. Sus paredes se estremecen en torno a mi polla y, al oírla gemir cuando se corre, se rompe mi control. El cabecero golpea contra la pared mientras la aporreo como un poseso.

—¿Eres mía, Mishka? —muerdo entre embestidas. La necesidad de oírla decirlo me está volviendo loco.

—Siempre —exhala Asya.

Hay tantas cosas que desearía tener en mi vida, pero nada es comparable a que ella sea mía. Mientras la tenga a ella, no necesito nada más.

—¡Mía! —Me corro con un rugido, vertiendo mi semilla dentro de ella.

\* \* \*

Arrimo a Asya contra mi cuerpo y la cubro con la manta. Hace calor en la habitación, pero siempre me preocupa que se enfríe.

—¿Tu familia sabe que estás aquí?

—Sí —murmura en mi cuello.

—¿Y saben que no vas a volver a tu hogar?

He estado temiendo este momento. No quiero pelearme con su hermano, pero no dejaré que se la lleve nunca más. Y si tengo que darle una paliza para que lo entienda, que así sea. ¿Pero y si no puede soportar estar separada de ellos?

—Solo tengo un hogar. —Alza su rostro hasta mirarme directamente a los ojos y sonrío—. Tú. Tú eres mi hogar ahora.





Algo pasa dentro de mi pecho en ese momento. El corazón me da un vuelco y siento que algo encaja. Los bordes irregulares finalmente encajan.







## CAPÍTULO 24

— Asya —

Estoy sacando los cuencos del armario cuando un beso se posa en mi nuca.

—Tengo algo para ti —dice Pasha.

Me doy la vuelta y miro confusa las cajas que sostiene entre los brazos.

—¿Nuevos sabores de cereales?

—Sí. —Sonríe, aunque parece cauteloso, y coloca las cajas sobre la encimera. Hay cinco en total.

—Um... vale. —Resoplo—. ¿Quieres elegir?

—No. Quiero que elijas tú. —Se asegura que las cajas estén en perfecta fila y me mira—. ¿Cuál?

Me río y miro los paquetes de cereales. Ahora rara vez tengo problemas para tomar decisiones, pero él sigue asegurándose de practicarlo de vez en cuando. La forma en que Pasha sigue ayudándome es increíble. Incluso me convenció para que fuera a ver a la psicóloga que me había recomendado Doc, y ella también ha sido muy buena. Nuestras sesiones son difíciles, pero aprecio su atención y su apoyo.

Alargo la mano y cojo la caja con fresas secas.

—¿Te funciona esto? —Levanto una ceja.

—Sí. —Se inclina y roza mis labios con un beso—. Ahora, ábrelo.

Sacudiendo la cabeza, empiezo a abrir la caja, preguntándome por qué le da tanta importancia a los cereales. Rompo la tapa y meto la mano





para sacar la bolsa cuando mis dedos tocan algo duro y aterciopelado. El corazón me late a mil por hora mientras saco una cajita roja.

—¿Pasha? —digo entrecortadamente, mirando fijamente la cajita—. ¿Qué es esto?

—No lo sé. Veamos —me quita la caja de la mano y la abre.

Lo miro boquiabierta mientras saca un anillo de oro. Un diamante amarillo talla radiante brilla bajo las luces del techo. Mi mano tiembla ligeramente cuando él la levanta para depositar un beso en la punta de mis dedos.

—¿Quieres casarte conmigo, Mishka?

—Sí —susurro.

Pasha sonríe y desliza el anillo en mi dedo. Resoplo y salto a sus brazos, hundiendo mi rostro en el pliegue de su cuello.

—¿Qué habrías hecho si me hubiera equivocado de caja? —pregunto.

—Nunca te equivocarías, cariño.

—Podría haber cogido los cereales crujientes.

Su mano acaricia mi espalda mientras se ríe.

—Odias los cereales crujientes.

—Sí, pero ¿y si decidiera darle otra oportunidad?

Se encoge de hombros.

Me retiro y lo miro fijamente mientras mi cerebro se da cuenta de algo.

—No lo hiciste.

—¿Qué?

Entrecierro los ojos.

—Bájame.

—¿Por qué?

—Necesito comprobar algo.







Cuando mis pies tocan el suelo, me giro hacia el mostrador donde están alineadas las otras cuatro cajas de cereales. Cojo la primera, la de miel, y la abro. Encima de la bolsa de cereales hay una caja de terciopelo rojo. Cuando la abro, encuentro un anillo idéntico al que llevo en el dedo anidado en el cojín de seda blanca. Dejo la caja en la isla y cojo la siguiente caja de cereales. Y la siguiente.

La caja de cereales crujientes la dejo para el final. Nunca habría elegido la crujiente, Pasha lo sabe muy bien, pero cuando la abro, en esa también está la cajita. Lo pongo en la encimera junto a los otros cuatro. Había escondido un anillo en cada una.

Siento que unos brazos me rodean la cintura cuando Pasha se inclina sobre mí por detrás, pero no me vuelvo. No puedo apartar los ojos de los cuatro joyeros adicionales que contienen anillos idénticos.

—¿Por qué? —susurro.

Su abrazo se hace más fuerte.

—Porque necesitaba que lo entendieras.

—¿El qué, Pasha?

—Que por lo que a mí respecta, no puedes tomar una decisión equivocada, cariño. —Un beso aterriza en la parte superior de mi cabeza—. Incluso si es solo elegir el sabor del cereal.

\* \* \*

### *Un mes después*

—¿Y si me vuelvo loca? —pregunto, con la voz estrangulada.

Sienna levanta la vista del zapato que me está ayudando a atar.

—No te asustarás, Asya.

—Sí, lo sé... —Levanto la mano y me muerdo la uña—. ¿Pero y si lo hago? Hay como ...doscientas personas ahí fuera.





Sienna se endereza, retira la mano de mi boca y me sujeta por los hombros.

—No te asustarás. Saldrás ahí fuera, estarás al lado del hombre al que amas y que está loco por ti, y pasarás el mejor día de tu vida.

—Lo sé, pero...

—Sabes, he estado pensando —dice ella—. Cuando tú y Pasha decidáis tener hijos, ¿qué tal si me dejas elegir sus nombres? La tía se asegurará que sean súper especiales.

Miro horrorizada a mi hermana. De ninguna manera la dejaría elegir los nombres de mis hijos. Me arriesgaría a que les pusiera nombres de chocolatinas o algún otro dulce si lo hiciera. O algo peor.

Sienna me mira y sonrío.

—Tranquila. —Suelta una risita—. Es broma. Pero admítelo, salir ahí fuera delante de toda esa gente suena ahora menos aterrador.

—Desde luego que sí. —Resoplo.

—Todo va a salir bien. No te preocupes.

Me aliso el vestido por enésima vez.

—Quizá debería haber elegido un vestido blanco. ¿Y si la gente...?

—Es el día de tu boda. Puedes ponerte lo que te dé la jodida gana, Asya. —Mira mi vestido amarillo de encaje y sonrío—. Me encanta. Pareces salida de un cuento de hadas.

—¿Crees que le gustará a Pasha?

Sienna sostiene mi rostro entre sus manos y se inclina hacia mí.

—Ese hombre está tan ridículamente enamorado de ti que podrías entrar ahí vestida con un trapo de cocina y te comería con los ojos.

Me río.

—No me puedo creer que me vaya a casar.

—Yo tampoco, preciosa. —Ella resopla—. Venga. Arturo está esperando. Y me estoy estropeando el maquillaje.

Sienna me aprieta la mano con fuerza mientras salimos de la habitación y nos apresuramos por el pasillo del hotel hacia la gran puerta







de madera del fondo, donde nos espera Arturo. Dejándome con nuestro hermano, Sienna se desliza dentro del salón de bodas, cerrando la puerta tras de sí. Unos instantes después, los primeros tonos de una melodía llegan a mis oídos.

No es la marcha nupcial.

—¿Lista? —pregunta Arturo.

Asiento tratando de controlar la respiración.

La música sube de volumen mientras la puerta que tenemos delante se abre lentamente. Es 'Sonata Claro de luna'. Entramos en el vestíbulo.

Pasha permanece de pie al final del pasillo, sus ojos pegados a los míos, siguiendo cada uno de nuestros pasos. Mientras Arturo me conduce hacia delante, se me pasa por la cabeza la idea errónea que algo no cuadra. Teniendo en cuenta que soy un manojo de nervios, no es de extrañar que me dé cuenta cuando casi hemos llegado a nuestro destino.

Parpadeo, confundida. Pasha va vestido con unos vaqueros negros y una camiseta negra. Sabe que no me molesta cuando lleva traje, así que ¿por qué ha venido en vaqueros? Giro la cabeza hacia mi hermano, recorriendo con la mirada sus vaqueros y su camiseta Henley hasta llegar a su rostro.

—Tu ruso arregló el código de vestimenta para la boda —dice mientras sigue caminando.

Respiro hondo y miro a los invitados sentados a nuestra izquierda. Mi corazón revolotea en mi pecho. Miro también hacia el lado derecho. Es lo mismo. Todos llevan vaqueros y camisetas de manga corta o larga. Incluso nuestro Don, sentado en primera fila con su esposa. Nunca en mi vida he visto a Salvatore Ajello en camiseta. De hecho, no creo que nadie lo haya visto. Excepto quizá su mujer.

Desvío la mirada hacia Pasha y lo veo sonreír, y ya no puedo contener las lágrimas. Así que dejo que rueden por mis mejillas y sonrío ampliamente mientras mi hermano me entrega a mi futuro marido.

Pasha lleva mi mano a su boca y deposita un beso en mis dedos.

—¿Todo bien, Mishka?

—Sí —digo—, todo perfecto, Pashenka.





\* \* \*

Estamos pasando por la fila del bufé cuando suena el teléfono de Arturo. Me vuelvo hacia un lado y le paso la cuchara de servir al hombre mayor que está a mi lado cuando noto la tensión en la voz de Arturo.

—¿Cómo es que no han encontrado nada? Han pasado meses.

Escucha a la persona al otro lado de la línea durante unos instantes y luego se aprieta las sienes.

—Muy bien.

—¿Qué ha ocurrido?

—Aún no tienen idea de por qué la casa de Rocco se incendió de la manera en que lo hizo, pero el informe mostrará una supuesta fuga de gas. No se encontraron restos porque todo quedó reducido a cenizas y el edificio se derrumbó sobre sí mismo. Según las imágenes de seguridad antes de cortarse la señal, Rocco, Ravenna y Alessandro estaban dentro. Sin más pruebas, cierran la investigación y declaran muertos a los tres. — Se guarda el teléfono en el bolsillo y mira por encima del hombro—. Tengo que decírselo al Jefe.

Miro fijamente a Arturo, que se aleja, cuando oigo unas risitas a mi lado. Miro al tipo canoso que tengo al lado. Está apilando carne en su plato mientras una amplia sonrisa se dibuja en su rostro. ¿Qué demonios le pasa? Han muerto tres personas, ¿y a él le hace gracia?

—¡Joder, Albert! ¿Has acabado? —El tipo grande y rubio situado a su lado le da un codazo. Creo que se llama Sergei—. Muévete ya, que aquí hay más gente que quiere comer. ¿Y por qué te ríes como una maldita hiena?

—Por nada. —El tipo sacude la cabeza y se va, cantando algo en voz baja. Suena como... 'Poker Face' de Lady Gaga.







## EPÍLOGO

— — — — —  Asya  — — — — —

### *Cinco años después*

Uno. Dos. Tres. Cuento mentalmente mientras miro fijamente la barra de plástico que tengo en la mano. Una línea roja aparece en el pequeño visor. Cuatro. Cinco. Seis. Solo una línea.

Me siento en la tapa del inodoro y miro al techo. Después de graduarme en el conservatorio de música, decidí ofrecer clases de piano gratuitas a mujeres que habían sufrido abusos sexuales. Esperaba que la música les ayudara a sanar. Ayer, mientras repasaba las citas que tenía reservadas para la semana siguiente, me di cuenta del retraso de casi un mes en mi periodo. Desde que terminé la escuela, Pasha y yo acordamos que debía dejar de tomar las píldoras anticonceptivas para poder empezar a intentar formar una familia. Sabía que mi ciclo se volvería irregular después de eso, así que no tener la regla no significaba necesariamente que estuviera embarazada. Podía ser simplemente un efecto secundario.

—¿Asya? —La voz de Pasha viene del otro lado de la puerta del baño.

—Es negativo —digo, intentando sonar despreocupada. Para ocultar mi decepción. Secretamente esperaba que fuera positivo. La sola idea de tener un bebé de Pasha me hacía saltar de alegría. Estaba acurrucada junto a Pasha cuando le dije que tenía que hacerme la prueba de embarazo. Su cuerpo se quedó inmóvil por un momento y luego me apretó contra él con tanta fuerza que apenas podía respirar.





La puerta se abre y Pasha entra en el baño.

—Está bien. —Me acaricia la mejilla y me quita la prueba de la mano. La expresión de su rostro parece relajada, pero lo veo en sus ojos, él también lo esperaba.

—Todavía eres joven. Cuando ...—Mira el palito de plástico que tiene en la mano y se tensa—. Mishka. ¿Cuántas líneas debe tener?

—Una. Significa negativo.

—Pero aquí hay dos.

Salto del inodoro y le arrebató la prueba de las manos.

—Pero si solo había una. Dame la caja.

Pasha me pasa la caja y leo rápidamente las instrucciones hasta que llego a la parte en la que dice que hay que esperar al menos cinco minutos. Cuando lo leí la primera vez, pensé que decía cinco segundos.

—Es positivo —digo entrecortadamente mirando a Pasha. Él me mira fijamente—. Vamos a tener un bebé.

Lentamente, su mirada se desliza por mi pecho hasta mi vientre. Respira hondo y se arrodilla frente a mí. Sus grandes manos tiemblan cuando coge el dobladillo de mi camiseta, lo sube y me besa justo por encima del ombligo. Luego me apoya la mejilla en el vientre y, rodeándome con los brazos, empieza a tararear una nana.

*Pavel*

—Ya te he dicho que no hago exámenes gineco obstétricos —suelta doc.

—Mañana tenemos cita con un ginecólogo —ladro y lo empujo lejos de la puerta para que Asya y yo podamos entrar en su consulta—. Pero necesito saber que todo va bien. Ya.

—Estás exagerando.







—Me importa una mierda. —Con las manos agarrando suavemente a Asya por debajo de los brazos, la subo a la camilla—. Puedes empezar.

Doc niega con la cabeza y toma asiento, acercando el ecógrafo hacia él.

Mis ojos se fijan en la escena que tengo delante mientras observo cómo unta el estómago de Asya con una sustancia viscosa y mueve el aparato por encima de la cintura de los leggings. Lo desliza de izquierda a derecha y luego lo gira un poco, sin perder de vista el monitor y pulsando algunos botones de la unidad móvil.

—Yo diría que están en la sexta semana. Los dos parecen estar perfectamente —dice, y luego mira a Asya—. Y tú también pareces estar bien.

Parpadeo confuso.

—¿Las dos? ¿Tanto Asya como el bebé?

—No. Los dos bebés.

Mi cabeza se inclina hacia un lado y miro a Asya, que contempla el monitor con una amplia sonrisa en la cara.

—¿Estás seguro? —susurra.

—Sí —dice el doc al mismo tiempo que yo digo—. ¡No!

Ambos se vuelven mirándome.

—Hazlo otra vez. —Apunto con el dedo al ecógrafo mientras el terror se apodera de mí interiormente.

—¡Estoy bastante seguro que sé contar! —exclama el médico y me golpea el impreso de la ecografía contra el pecho, señalándolo con el otro dedo—. Uno. Dos.

Le agarro de la parte delantera de la camisa y me pongo delante de él.

—¡Otra vez!

—¿Pasha? —Asya me agarra del antebrazo—. ¿Qué está pasando?

Suelto a Doc y ahueco su rostro entre mis manos.

—Esto es peligroso, Mishka. Y tú eres tan pequeña. ¿Y si pasa algo?





Asya pasa un dedo por mis labios.

—Estaré bien. Hay gemelos en casi todas las generaciones de mi familia, y nadie ha tenido nunca ningún problema. Que no cunda el pánico.

—No estoy entrando en pánico. No me asusto. —Le lanzo una mirada por encima del hombro a doc—. ¿Hay que ingresarla en un hospital? Iré directamente allí.

—Pasha. —Asya tira de mi camisa.

—¿Puede andar? —continúo—. No, mejor la llevo yo.

—¡No voy a ir a un jodido hospital! —Asya ruge en mi oído, sujeta mi barbilla y me gira la cabeza para mirarla—. Démosle las gracias a doc y volvamos a casa.

—Mishka...

—No te aconsejaría enfurecer a una mujer embarazada de gemelos, Pasha —interviene doc.

—No lo hará. —Asya se inclina hacia delante y presiona sus labios contra los míos.

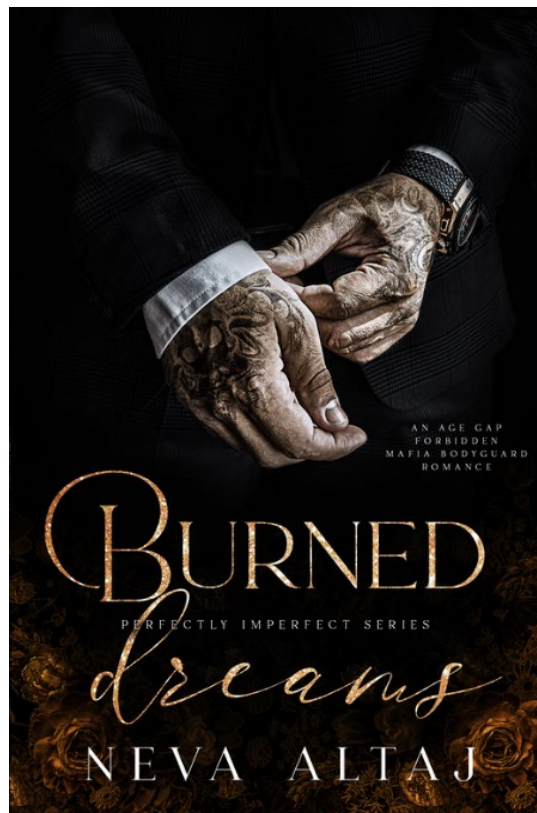
—Relájate. Todo va a salir bien.







## PRÓXIMO LIBRO



### Alessandro

Ocho largos años he estado esperando,  
planeando pacientemente mi venganza.

Ahora, lo he encontrado,  
y voy a hacerle pagar.

Me contrató para vigilar a su esposa,  
Garantizar su seguridad.

Y voy a matar a la misma mujer que juré proteger.





Sufrirá como yo,  
Y cuando termine con él, suplicará piedad,  
Piedad, que no le daré.

### **Ravenna**

Me observa con odio en su oscura mirada,  
Sus ojos tan negros como un abismo,  
Siguiendo cada uno de mis movimientos.  
Esos ojos lo ven todo;  
No puedo escapar de esa mirada silenciosa,  
O esconder los moretones que cubren mi cuerpo,  
Cada señal es prueba de sueños quemados.  
Tampoco puedo negar el anhelo que tengo por un hombre,  
Que nunca será mío.







## SOBRE LA AUTORA



Neva Altaj escribe romances contemporáneos de la mafia sobre antihéroes dañados y heroínas fuertes que se enamoran de ellos. Tiene debilidad por los alfas locos, celosos y posesivos que están dispuestos a quemar el mundo por su mujer. Sus historias están llenas de pasión y de giros inesperados, y siempre está garantizado el 'felices para siempre'.

